

CC

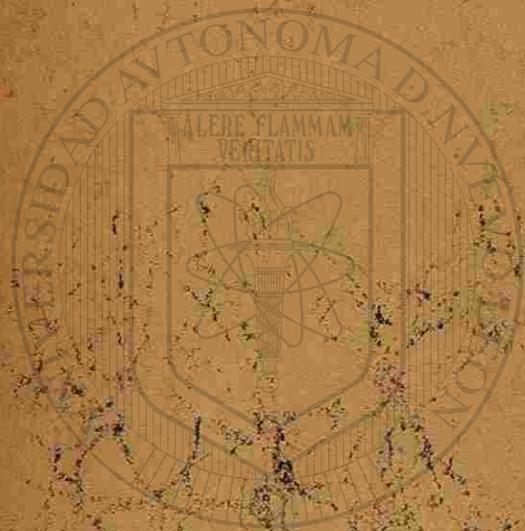
MEROUVEL

EL COLLAR
DEL RAJAE

PQ2625
.E53
068



1020027054



EL COLLAR DEL RAJAH

(LA FILLEULE DE LA DUCHESSE)

UNANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N ®

Núm. Autor M 567c

Núm. Adg. 30575

Procedencia -8-

Precio _____

Fecha _____

Clasificó 29

Almacén _____



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

EL COLLAR DEL RAJÁH

(LA FILLEULE DE LA DUCHESSE)

NOVELA ORIGINAL DE

CHARLES MEROUVEL

VERSIÓN CASTELLANA

DE

«EL COSMOS EDITORIAL»



MADRID

DEL COSMOS EDITORIAL
MORÓN, PASTOR Y COMPAÑÍA.
68, Cardenal Cisneros, 65.

85603[®]

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONDO REYES
COMPTONERES, MEXICO

30575

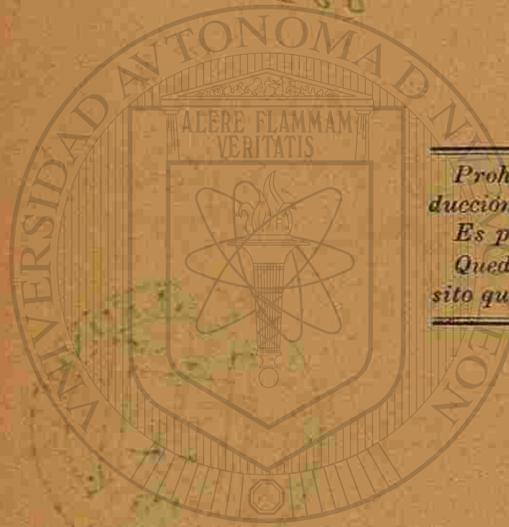
843

M.

PQ 2125

.E53

C68



Prohibida toda traducción y reproducción.

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

EL COLLAR DEL RAJÁH

(LA FILLEULE DE LA DUCHESSE)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1929 MONTENEGRO, 195000

I

Nací en una pequeña ciudad normanda, que no siente la menor vanidad por mi nacimiento. Mis compatriotas piensan, con cierta lucidez de espíritu, que mi prosa ó mis versos no hacen salir á mi país natal de su secular oscuridad. Me consuelo abrigando la esperanza de que su posteridad, más justa, me erigirá alguna estatua ridícula en la plaza de la iglesia, ó en el punto más elevado del campo de la feria.

A pesar de sus desconfianzas respecto á mis méritos, no guardo rencor á mi pueblo, que tiene nombre de pájaro; deseo volver á ver á menudo sus calles pequeñas, poco limpias, conservadas con negligencia por un municipio de

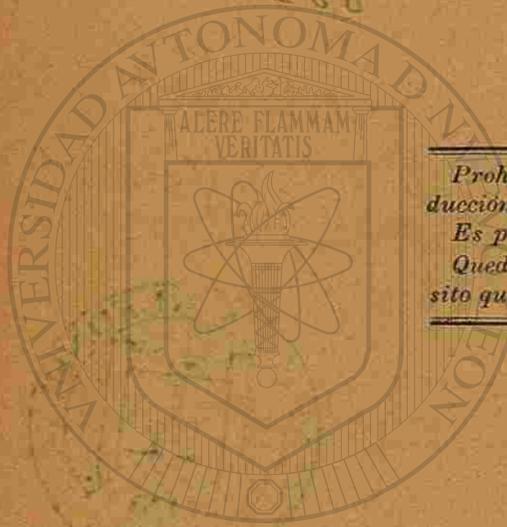
843

M.

PQ 2125

.E53

C68



Prohibida toda traducción y reproducción.

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

EL COLLAR DEL RAJÁH

(LA FILLEULE DE LA DUCHESSE)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1929 MONTESCLAR, BECERRA

I

Nací en una pequeña ciudad normanda, que no siente la menor vanidad por mi nacimiento. Mis compatriotas piensan, con cierta lucidez de espíritu, que mi prosa ó mis versos no hacen salir á mi país natal de su secular oscuridad. Me consuelo abrigando la esperanza de que su posteridad, más justa, me erigirá alguna estatua ridícula en la plaza de la iglesia, ó en el punto más elevado del campo de la feria.

A pesar de sus desconfianzas respecto á mis méritos, no guardo rencor á mi pueblo, que tiene nombre de pájaro; deseo volver á ver á menudo sus calles pequeñas, poco limpias, conservadas con negligencia por un municipio de

opiniones generalmente avanzadas, y su vieja torre, que los ingleses, rudos descendientes de los caballeros de la conquista, tuvieron á bien construir en la época en que Carlos VII era rey de Bourges y se consolaba de la pérdida de sus estados en los blancos brazos de la hermosa Inés de Sorel.

El amor propio no me impedirá recordar con gusto su estrecha cuesta, desde la cual abarca la mirada en la primavera, abundantes prados de un verdor hermoso, y dispuestos con tal arte, que seducirían á los paisajistas más delicados, si éstos no pusieran especial empeño en buscar los sitios más solitarios y desprovistos de atractivos.

Las vacas de todos los colores que en ellos pastan valen tanto como los de Troyon y Rosa Bonheur, y sin embargo nadie se cuida de pintarlas.

Es verdad que no trabajan como las auvernesas ni como las nivernesas, pues su único trabajo es pastar y rumiarse y su único deber el darnos una leche muchísimo mejor que la que llevan en París los coches charolados de blanco y azul de la Lechería de la Infancia ó de otras fábricas más ó menos auténticas.

La campiña que rodea á mi ciudad natal—*arva paterna*—forma un verdadero parque, en el cual no se prohíbe la entrada á nadie. Las calles que la atraviesan son tan llanas, gracias

á la naturaleza del suelo, como los paseos de un jardín, y las hayas y toda clase de plantas campestres, alternando con campos y pastos, coquetamente rodeados de setos, forman bosques naturales.

Es, por decirlo así, una comarca encantadora, y los campesinos que la habitan, no están exentos de bondad ni de educación.

Siempre es preferible el campo á las ciudades. Tal vez lo crea yo así, porque en el campo tengo establecidos mis reales.

Para entrar en la ciudad, paso por delante de la estación, detalle que parecerá ocioso á mis lectores, pero que se tranquilicen; entro en escena por un momento y no pienso permanecer mucho en ella, para hablarles de mis hechos y de mis acciones.

Hace seis ó siete años, llegué á L... y, muy poco atento á lo que ocurría por la calle, llegué hasta el monumento de que ha dotado al país la compañía del Oeste.

Era un día de mercado, el único en la semana en que reina verdadera animación en los alrededores de aquel desembarcadero.

Un tren acababa de dejar á una multitud de viajeros.

Era al medio día. La hora del expreso de París.

Entre el tropel que invadía el camino delante de mí, entre las caras indiferentes, vulgas-

res ó conocidas, apareció una joven hermosísima. Tendría diecisiete ó dieciocho años.

En su traje, muy elegante, se conocía en seguida que era parisiense, pero los detalles de su *toilette*, se eclipsaban ante la soberbia belleza de su persona.

Cabellos castaños, de una abundancia extraordinaria, coronaban una cabeza vigorosa, iluminada por dos grandes y negros ojos, llenos de vivacidad y de fuego. Sus labios rojos y voluptuosos, se entreabrían para mostrar dos líneas de blancos dientes, colocados como los modelos expuestos por los célebres dentistas Preterre y Georges.

El tinte nacarado y sonrosado del cutis, bastante fino y trasparente para dejar adivinar sus azuladas venas, anunciaba una salud á toda prueba, y el cuello, rodeado de un collar á lo Enrique III, probaba, por sus esculturales formas, la perfección de las partes de la estatua, ocultas bajo el vestido de terciopelo de color oscuro que la envolvía en sus pliegues.

Una señora de unos cincuenta años, de exagerada robustez, acompañaba á esta joven.

En la plaza del mercado, entraron en casa de un comerciante de loza, que me honra con su amistad, y que pasa por uno de los cazadores más intrépidos del país.

Se le atribuyen hechos sorprendentes y muy espacialmente una lucha á cuchillo con un ja-

balí ligeramente herido, al cual mató, no sin gran peligro, gracias á la fuerza hercúlea de que le había dotado la naturaleza.

Cuando las dos viajeras salieron del almancen, él las acompañó hasta la puerta, y haciendo un gesto, en el cual se confundían la admiración y el deseo:

—¡Caramba,—me dijo—hermosa chiquilla! ¿Habéis visto nunca cosa igual?

—Confieso que no—le respondí—y desde la estación vengo pensando por qué casualidad ha venido á parar aquí, tan radiante belleza.

—¡Cómo! ¿No la conocéis? Me hablaba de vos hace un momento. ¡Es la señorita Juana!

—¡La señorita Juana! ¿Cómo?

—¡Juana Montaigu! la sobrina del párroco de Saint-Gratien.

—¡Ah! la pequeña que he visto otras veces en casa de su tío, la hija de un farmacéutico del *Jaubourg* Saint-Honoré.

—La misma.

—¡La felicito! ¡Ha cambiado mucho en su favor! Habrá otras tan bonitas, tal vez, pero más es difícil: ¡qué exhuberancia de salud, qué naturaleza más espléndida!

—El asunto es—me dijo el comerciante—que causaría tentaciones á los anacoretas más austeros. ¡Va á volver de arriba abajo la casa del cura de Saint-Gratien!...

No pude por menos de reirme, al pensar en

el azoramiento que probablemente experimentaríais el tío de aquella criatura, á la vista de sus mundanas perfecciones. El honrado cura, está constantemente mortificado por una conciencia de las más escrupulosas del mundo y su natural timorato, debía necesariamente soportar mal los pensamientos que á diario le atribuiría la malicia.

Continué mi camino, olvidando al tío, á la sobrina y al cazador.

Dos días después, tomé por la tarde el expreso para volver á París, sin acordarme para nada de la hermosa.

El tren iba á partir y yo me encontraba solo en mi compartimiento, cuando mis dos viajeros, que volvían á París, se precipitaron en el coche, que se cerró al mismo tiempo que sonaba el silbato dando la señal de salida. ¡y me encontré enfrente de la señorita que el comerciante me había designado con el nombre de Juana Montaigu.

No desmentía de cerca la impresión que producía de lejos.

Es imposible soñar un tipo más acabado de la belleza femenina.

Solo que era más desenvuelta de lo que debiera ser á su edad y su mirada tenía una osadía extraña y resuelta, que me llamó la atención.

No tuve que pensar asunto para entablar

conversación. En cuanto colocó en la red los numerosos paquetes de que iba cargada, me tendió la mano y con voz clara y vibrante de *mezzo-soprano*.

—¿Sabéis—me dijo—que os he visto hace dos días y que estoy enojada; muy enojada, y también mi madre, de que no os hayais dignado saludarnos? ¿Sois muy orgulloso, ó muy tímido, para no saludar á vuestros amigos?

Me excusé, alegando, la verdad, que el cambio que se había producido en ella desde que no había vuelto á Normandía, me había impedido reconocerla.

—En efecto—repuso—hace algunos años que no he hecho ninguna excursión á Saint-Gratien; pero no se han borrado los recuerdos de las buenas veladas que hemos pasado juntos. ¿Seguís tocando el piano?

Confesé con rubor, que tengo para el piano, un talento de los más ínfimos y que nunca llegaría á la altura de *La invitación al vals*, ó de *Violette de Herz*, el trozo de valentía de los pianistas de mi infancia.

Declaré que había renunciado en absoluto á esta cultura ingrata y que no osaría nunca más, herir con mis habilidades los oídos de los habitantes de Saint-Gratien.

—Sois injusto—me dijo la hermosa.—Mi tío os admiraba y lo pasaba muy bien siempre que os veía por su casa.

Yo me incliné.

Como el buen cura era, tan sordo como quisquilloso, el cumplimiento no era á propósito para la consecuencia.

Hablamos de generalidades, tomando parte en la conversación la madre de Juana, quien se absorbió en la lectura de un diario, el cual diario, por gracia del cielo, no tardó en sumirla en un profundo sueño, y pude aventurar por fin esta pregunta, que me quemaba los labios.

—Decid, Juana, ¿qué pensáis hacer, ahora que sois una mujer?

—¿Tenéis curiosidad por saberlo?

—Mucha. Pero no es difícil adivinarlo. No tardaréis en casaros.

Pensé para mí que el feliz esposo de aquella Venus, disfrutaría, por lo menos durante algún tiempo, buen número de satisfacciones de amor propio y de halagos de la vanidad.

Pero, á la suposición expuesta por mí en voz alta, se animó ligeramente, y me contestó con cierta vivacidad:

—¡Casarme! ¡No soñéis! ¡Con quién, Dios mío! ¿Y cómo podría yo hacerlo?

—Como todo el mundo—repuse sonriendo.— En París, ó en sus alrededores, será bien fácil encontrar un joven que se enamore de vuestra juventud, y no creo enseñaros nada de nuevo, si agrego: de vuestra belleza. No sois mujer que pueda pasar inadvertida y...

La viajera me sacó de la confusión en que me había metido :

—¡Bah!—dijo, no sin impaciencia.—No os conozco en esas tonterías. ¡Casarme! ¡Somos cinco hermanos! ¡Una calamidad para una familia, un desastre! Apenas tendría una dote insignificante. Mi padre disfruta de un bienestar relativo. Yo lo aprovecho para adquirir una instrucción completa. Tal como me veis, y siento que no hayáis ido á casa de mi tío para aseguráros de ello, he hecho grandes progresos. Estoy bastante adiestrada en el piano para tocar correctamente toda clase de obras. Canto como cualquiera otra las melodías de Schubert ó de Gounod. Mi voz es bien timbrada, sobre todo en el *medium*, y ya sabéis que es donde se encuentran las notas conmovedoras. Voy á menudo al teatro, al Francés con preferencia, una vez á la semana: es el Conservatorio para mí; ó á la Opera Cómica, de la cual conozco á fondo el repertorio. Y por último, he obtenido un título superior, y no me falta nada, si se me ocurre ser institutriz de alta alcurnia, de *high life*, como se dice en el *sport*. Sé el inglés como una señorita de Kensington, y bastante alemán para hacerme entender en el *Unter den Linden* berlinés, ó en el Prater de Viena. ¡Ya veis que no he perdido el tiempo!

—¿De modo que abrigáis el propósito de po-

neros al frente de algún colegio, ó de dar lecciones á señoritas jóvenes?

—Nada de eso. No me agradan empresas que tienen más de comerciales que de intelectuales.

—Pues entonces, no comprendo para qué os habeis procurado estudios tan completos.

—¡Os creía más listo. Es muy sencillo. Deseo entrar como institutriz en una casa de mucha importancia, francesa ó extranjera, mejor extranjera, si es posible.

—No habeis reflexionado bien, mi querida niña— la dije, sorprendido por su proyecto,— ó teneis muchas ilusiones respecto á lo que son las institutrices y el papel que desempeñan. Ni criadas, ni amas, ocupan un lugar intermedio entre los servidores y sus señores; son á cada momento mortificadas en lo que tienen de sensible y vulnerable, y vos no sufriríais ocho días, con vuestro carácter, que conozco muy bien, los alfilerazos con que seria acibillado vuestro amor propio.

—Por el contrario, lo he pensado muy maduramente y sufriré sin quejarme cuanto deéis.

—Sea; hay otros inconvenientes, otros peligros. Comprendo que para una joven que tenga poco que agradecer á la naturaleza, rica de ciencia y de paciencia, pobre de encantos y desprovista de seducciones, sea tentadora la

plaza; no siendo provocada, no sucumbirá; sin esplendor y sin atractivo, pasará tímida y modesta por entre las demás mujeres, que no se mostrarán celosas de ella y entre hombres que no tendrán tampoco por qué reparar en ella; pero para una joven encantadora, es otra cosa. Vos, sobre todo, á quien el espejo ha debido enseñar cosas que no tengo necesidad de decirlos, ¿cómo escaparíais de los lazos que os tendieran y de las obsesiones de que seríais asaltada? El dueño de la casa sería virtuoso y reservado acerca de vos, consiento en ello, y es una enorme concesión. No querría profanar el fragil depósito—no os ofendais por la palabra—que le fuera confiado, y además, si él no está siempre ocupado, si su mujer, la condesa ó la marquesa de Tres Estrellas, no puede sostener la comparación con su institutriz, le será preciso una gran fuerza de voluntad para resistir á las mil tentaciones de una vida común; pero en fin, hasta ahí puedo llegar, concedo que fuera neutral el dueño de la casa. Pero los hermanos de vuestra discípula, Anatolio ó Raul, que no tendrán las mismas causas materiales ó morales para ser reservados; los primos que van á pasar una temporada al campo; el oficial de coraceros ó el de dragones, con licencia, ó de paso por allí, los invitados á cazar en las posesiones del señor, ¿creéis que no os deslizarán en el oído, de día en los tortuosos paseos y de

noche en los pasillos de la casa, una infinidad de súplicas, que diferirán en la forma, pero que todas se parecerán en el fondo y tenderán al mismo fin? ¿Os suponéis de granito para resistir á esas borrascas, que por lo menos amenazan vuestra tranquilidad? Si os defendéis victoriosamente, ¿no sufriréis alguna vez, hasta el punto de echar de menos el amparo de la casa paterna? Si sucumbís, ¿no perderéis el reposo de la vida, y lo que se ha convenido en llamar en ella, quizás con demasiada solemnidad, el honor. Y, por último, ¿ereéis que vuestros padres no se opondrían á proyectos que, en vuestra inesperienza de las cosas de la vida, habéis podido formar sin pensar en sus consecuencias?

La joven escuchaba con atención y yo veía, en la ironía pintada en su rostro, que había estudiado detenidamente las objeciones que yo la exponía, y que sus meditaciones no la habían presentado los peligros de que la hablaba bajo colores tan sombríos.

—¡Por Dios!—dijo,—que exageráis las sombras de vuestro cuadro. No quiero contestar más que á vuestra última objeción, á lo que se refiere á la voluntad de mis padres. Pienso que se indignarían por mi resolución y que lanzarían sobre su hija los rayos de su ira si yo me permitiese pedirles la autorización que me es indispensable; pero no cometeré esa falta. Me

pasaré sin su consentimiento. Tengo más voluntad de la que me concedéis y esperaré con paciencia á que llegue la época de mi mayoría de edad; entonces, teniendo ya mi independencia legal, seguiré el camino que me he trazado.

—Es bien erizado de espinas y de escabrosidades; espinas y escabrosidades, que han desgarrado más de un vestido, y no ha tenido compostura.

—¿Lo creéis así?

—¿Queréis que os cite ejemplos?

—Lo haré yo en vuestro lugar. ¿Habéis leído *El Marqués de Villemer*? (1).

—Sí, lo he leído.

—¿Qué se hace de la heroína?

—Se casa muy bien, es muy rica y muy feliz.

—¿Pensáis que un marqués de Villemer va á ir á buscarme al establecimiento en que yo vivo?

—No sé; pero, ¿por qué no os había de encontrar allí lo mismo que en cualquier otro lado y, admirándoos, tratar de conoceros y de amaros?

—No; en la botica del faubourg Saint-Honoré soy la hija de un simple farmacéutico de séptimo orden. El medio eleva el prestigio de la mujer. A lo más sería buscada por un aprendiz, que satisfecho de mi dote, muy fácil de llevar,

(1) Véase Catálogo de «El Cosmos Editorial», 63, Cármenal Cisneros, 65, Madrid.

me sepultaría en provincias; institutriz en una gran familia, tengo en mi favor la poesía del sitio, la complacencia de un parque de paseos sombríos y el sol con sus dorados rayos, que harán valer mucho más. — ¿por qué no decirlo? se lo que quiero y lo que valgo, — por el contraste de mi modesta condición, los esplendores de mi persona y los méritos de mi inteligencia.

La alegre sonrisa conque hacia esta confesión, atenuaba lo que las palabras, pronunciadas con incisiva y vibrante voz, podían tener de vanidosas y de repulsivas en boca de una niña de diez y siete años.

—Vais á ver hasta qué punto soy franca— continuó. —No os oculto mi propósito. Está fijado y nada me hará cambiar de voluntad. Soy una barra de hierro y no conozco forjador bastante robusto que me doblegue. Si os lo revelo á vos, es porque tenéis en vuestro favor la simpatía de un alma que comprende la vuestra; no trateis de cambiar mi determinación. Perderiais el tiempo. Sin que sea orgullo, puedo deciros que he estudiado la cuestión en todos sus aspectos y qué he previsto todos los peligros.

—Pero, ¿y si vos misma os apresais en el lazo que tendéis á los demás, y si menos fuerte de lo que os suponéis en el juego del amor perdéis la partida?

—No tengo el más pequeño temor.

Me dió esta repuesta con tono tan decidido, que me obligó á hacer un gesto de duda, que notó, apresurándose á decirme:

—Me juzgais muy presentuosa, ¿no es verdad?

—No; me llenais de admiración, y eso es todo.

—Si fuese un hombre quien hablase de ese modo, eso os parecería natural; no tendría nada de particular el que escogiese su modo de vivir; es la costumbre. El hombre crea su posición; la mujer la sufre... He ahí vuestra regla de división. Yo no quiero aceptar esta obligación; me sublevo contra esa estúpida ley que no he hecho yo. Tendré que luchar contra grandes dificultades... No me desanimarán: seré de hielo, tenaz y perseverante. No me inquieto por el resultado; llegaré á él. Necesitaré tiempo, pero llegaré... ¡os lo juro! Las mujeres valen lo que ellas se estiman.

Guardé silencio.

Reflexionaba que sería digna de ser compadecida la señora que introdujera en su casa á aquella obra maestra de la civilización.

La madre, que dormía aún, mecida por la trepidación del tren, se despertó de pronto.

Llegábamos á la estación de Versalles.

La señorita Montaigu me hizo seña de que no hablara.

La contesté con otra, imperceptible.

Llegué á París, saludé á las señoras, y entré en mi casa, piensan lo involuntariamente en el drama de Praslin, y en la energía que debía tener para el mal ó para el bien, sobre todo para el mal, una naturaleza tan fuertemente templada como la de aquella niña de diez y siete años, que razonaba con la lógica de un Maquiavelo sin preocupaciones, y que tenía por arma una de esas formas soberbias, y casi fatales, que paralizan el vigor ó la virtud de los hombres más sólidamente acorazados contra las tentaciones.

Después la olvidé, y no había vuelto a ver ni al párroco de Saint-Gratien ni á su sobrina, cuando recorriendo con la vista un periódico, en el mes de noviembre último, leí la noticia siguiente:

«Un suceso misterioso acaba de ocurrir en uno de los castillos más grandiosos y pintorescos de Escocia. Por discrecion reservamos los detalles que se nos han transmitido, hasta el momento en que se haya puesto en claro esta pasmosa aventura. Diremos tan solo que la heroína del drama es una joven institutriz, parisiense, de una belleza y una seducción tan notables como peligrosas; tanto que deben producir á menudo catástrofes de la naturaleza de la que nos reservamos.»

¿Qué relación había entre esta noticia tenebrosa y Juana Montaigu?

Evidentemente, ninguna.

En todos los tiempos, las institutrices, cuando son elegantes y bonitas, han turbado el corazón y los sentidos de los jóvenes ó viejos que viven en su vecindad y han ocasionado desórdenes, que la dueña de la casa no había previsto al tomarlas para la educación de sus hijas.

¿Qué probabilidad había de que precisamente mi compañera de viaje estuviese mezclada en este asunto?

Fué en vano que quisiese desechar de mi espíritu la duda que le invadía. El nombre de Juana Montaigu brillaba ante mis ojos como los fuegos fátuos.

Salí y, maquinalmente, como llevado por una fuerza irresistible, me dirigí hacia el faubourg Saint-Honoré.

Al cabo de algunos minutos, las redomas de variados colores, azules, amarillas, rojas ó violáceas, del boticario, llamaron mi atención.

La gruesa señora Montaigu estaba sentada en el escritorio de encina tallada, y contemplaba melancólicamente su botica, vacía de compradores.

Entré.

En cuanto me vió, se sonrió y me tendió la mano. Después me hizo un sin fin de preguntas acerca del país en que había nacido, de su hermano el cura y del estado de la recolección en la verde Normandía.

Contesté con el mayor gusto.

—No se os ve hace mucho tiempo—me dijo.

—La última vez, si no recuerdo mal, fué hace cinco años, cuando fuimos á visitar Saint-Gratien.

—En efecto—la respondí.—La señorita Juana os acompañaba. ¿Qué es de ella?

—¡Renováis mis penas! ¡No habléis aquí de esa niña terrible! Tenía ganas de vagabundear, de dejarnos, de correr mundo. A pesar de su padre, á pesar mío, se ha mareado y apenas si de mucho en mucho tiempo, recibimos noticias suyas.

—¿Dónde está ahora?

—Lo ignoro. Está de institutriz de una inglesa en una familia poderosa y rica, que posee propiedades en todas partes; de manera que no sabemos dónde estará esa desgraciada Juana.

—¿Conoceréis por lo menos el nombre de la familia con quienes está?

—Sin duda. Creo que se llaman los Steward,

—¡Los Steward de Albany! ¡Demonio! ¡la niña ha elegido bien su nido!

—Sí; Juana quería vivir en la alta sociedad. ¿De qué sirve eso cuando no se pertenece á ella? ¿No podía estar tranquilamente con nosotros? Hubiese podido encontrar con facilidad un muchacho honrado de su clase que se hubiese casado con ella. ¡Estamos desolados por sus caprichos! ¡Si tiene ahora criados que la sirvan

y cochero á sus órdenes, no por eso deja de ser ella una sirvienta! ¡No sabe que la espera un porvenir odioso; pero no ha querido escuchar ni á su padre, ni á su tío, ni á mí, ni á nadie!

La buena señora exhaló un profundo suspiro, que me sumergió en un verdadero enternecimiento.

Ya sabía lo que tenía deseos de saber.

No me parecía tan inverosímil que Juana estuviese mezclada en la historia que me había intrigado.

Guardé silencio acerca de la revelación del periódico; consolé á la señora Montaigu con algunas frases de amistad, y me alejé.

Insensiblemente fuí adquiriendo un gran deseo de saber lo que había pasado. El carácter de la señorita Montaigu me interesaba, á pesar mío. Su enérgica y sorprendente belleza y su extraña organización, me inspiraban una curiosidad semejante á la que siente un matemático ante un problema raro, ó un astrónomo que observa en el movimiento de los astros una agitación anormal y nueva.

Quise descifrar la clave del enigma, y después de buscar noticias inútilmente, acabé por conseguir saber muy claramente lo que me interesaba.

Esto es la narración que sigue, narración completamente verdadera, hasta en sus más pequeños detalles.

II

En el condado de Perth, hecho célebre por la novela de Walter Scott, en medio de las montañas escocesas, se levanta el muy antiguo castillo de Glenmore. Pocos señoríos de Francia pueden ser comparados con las grandes residencias de la nobleza inglesa.

Más de doscientos caseríos de esta tierra señorial, con los rebaños de carneros y de vacas que la pueblan, coquetamente levantados en los valles que baña el lago; dominados por montañas cubiertas de abetos y de bosques dispersos en las desnudas laldas; rodeados de un verdor abundante y sombrío, despiertan ideas de tranquilidad y de abundancia, que sólo se encuentra en el mismo grado en los ricos departamentos de Dinamarca.

El castillo, inmensa construcción que se remonta al siglo de la conquista, mezcla de granito y de ladrillo, puede desafiar á los siglos y esperar sobre su asiento inquebrantable la extinción de la raza de sus señores y dueños. Sus torres amuralladas, de doce pies de espesor, sus cuerpos de habitaciones almenadas, como si hubiesen de resistir los ataques de montañeses belicosos y salteadores, sus torres y tejados agudos, sus puentes echados sobre los fosos de

agua estancada, de entre los cuales surge como un peñasco con sus extrañas aristas, formando un conjunto imponente y no desprovisto de gracia, que da una idea elevada del poderío de su propietario.

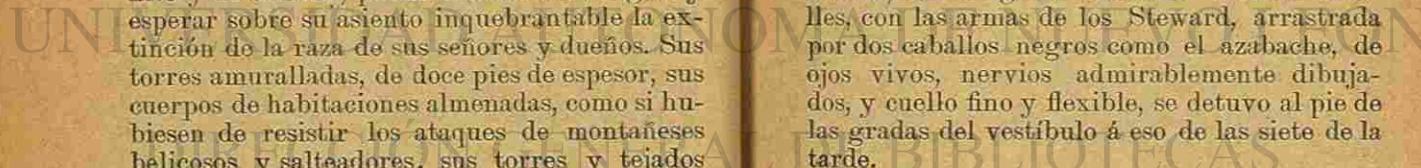
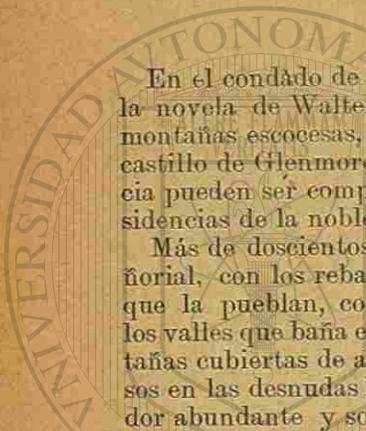
Si se franquea el puente más grande, adornado por los dos lados con una balaustrada de piedra primerosamente labrada, y si se pasa bajo una bóveda con molduras finas y elegantes, se llega á una plaza de forma irregular, llena de flores, y en la cual los paseos están cubiertos de dorada arena.

Grandes ventanas dan á esta plaza y dejan ver suntuosas habitaciones, adornadas con artísticos muebles, estatuas, tapices y cuadros.

Los criados, con calzón corto y medias de seda, esperan en el vestíbulo á los visitantes y á los dueños. Lebreles de pelo largo duermen sobre alfombras, con el hocico sobre las patas, semejantes á esfinges, al pie de la gran escalera.

El 20 de junio de 1866, con un sol deslumbrador, una elegante carretela de ocho muelles, con las armas de los Steward, arrastrada por dos caballos negros como el azabache, de ojos vivos, nervios admirablemente dibujados, y cuello fino y flexible, se detuvo al pie de las gradas del vestíbulo á eso de las siete de la tarde.

Uno de los lacayos del vestíbulo, buen mozo



de unos veinticinco años, muellemente recostado sobre un diván, se levantó á medias sobre el brazo, y sin molestarse, dijo á su compañero:

—¡He ahí á la nueva institutriz de la señorita, es una francesa! ¡Si es tan fea como la Prusiana que la ha precedido, podía haberse quedado en su país!

—¿Qué te importa á tí que sea bonita ó fea, Job—contestó el otro.—Esa caza no es para tus perros. Antes de ocuparte de sus méritos, vé pronto á recibirla y á conducirla á las habitaciones de la señorita.

Job se levantó perezosamente y se decidió á abrir la puerta, justamente en el momento en que la viajera bajaba del coche.

Llevaba un vestido sencillo de lana negra, con larga cola, muy ajustado de talle, y *plaid* escocés arrollado al brazo. Un sombrero de paja oscura, graciosamente colocado sobre sus abundantes cabellos, y un velo de gasa azul, defendían su rostro de los rayos del sol y del polvo.

Se apeó en el primer escalón del vestíbulo.

Job, que debía ser gran admirador del bello sexo, quedó deslumbrado, con la boca abierta, y la mano sobre la dorada manivela de la puerta.

Ella, con gran calma, reposada, impassible, esperó á que volviese de su estupefacción y con voz melodiosa:

—¿Queréis preguntar á la señora de Steward si puede recibirme?

—¿A quién debo anunciar?—preguntó respetuosamente el lacayo?

—A la señorita Juana MONTAIGN.

—Su Gracia os espera, señorita; tened la bondad de seguirme. Atravesó la gran galería del castillo, tan alta como la bóveda de una iglesia y espaciosa como un lado de Saint-Paul y abriendo la puerta del salón, anunció á la institutriz.

III

Una mujer pequeña, gruesa y rubia, joven aun, muy envuelta en un vestido de terciopelo, guarnecido de pieles, á pesar del calor de la estación, con el rostro apenado y ligeramente surcado de arrugas alrededor de sus azules ojos, rodeados de una aureola oscura, se volvió lentamente hacia la recién llegada, dejando caer la cabeza sobre el respaldo del sillón, y la dijo, con voz tan débil como el soplo de la brisa en los grandes árboles del parque:

—¿Sois la señorita Juana Montaigu?

—Sí, señora.

—¿La protegida de la duquesa de Roche-
maure?

—Sí, señora.

—La duquesa, que es una antigua amiga de nuestra familia, os ha recomendado muy calurosamente. Creo que es vuestra madrina....

—Sí, señora.

—Parece quererlos mucho....

—La señora de Roche-maure tiene, en efecto, esa bondad.

La castellana la miró de soslayo, en un segundo, con su apagada mirada, y añadió:

—Pero no me había advertido que fuésteis tan bonita....

—No sé si lo soy, en tanto no me lo hagáis comprender, señora.

—Sí—repuso la señora Steward, mirándola con curiosidad:—¡Sois muy bonita!... Es un grave defecto para una institutriz.

—En todo caso, señora, es un defecto involuntario.

—Pero real... Acaso sea reparable por una gran fortaleza de carácter. Por lo demás, yo vivo aquí casi sola y los peligros serán menos frecuentes para vos y para los demás. Lord Steward está de viaje. Actualmente creo que está en la India, aunque no puedo asegurarlo, pero lo supongo. De sus dos hijos, el mayor, James, es agregado en la embajada de París... Tal vez le habréis visto en casa de vuestra madrina alguna vez; sé que os recibía con frecuencia.

Juana enrojeció.

—Una ó dos veces por semana, señora—balbució Juana.

—El otro, Harry, el pequeño, está en Kensington, á menos que no esté en el Senegal ó en Birmania. Se aconseja de su padre... Así, pues, éramos dos mujeres en esta soledad, seremos tres. Hé ahí todo.

Extendió indolentemente la mano y la apoyó sobre un timbre puesto á su alcance.

Una doncella, roja como las espigas maduras, entró al momento.

—Ketty—dijo la señora Steward,—conducid á la señorita á su habitación.

Y dirigiéndose á Juana:

—Debéis tener necesidad de descansar. Id. Os presentaré á vuestra discípula mañana por la mañana. Buenas tardes, señorita.

Y con un gesto fatigoso la despidió.

La doncella, que acompañó á la institutriz á través de los interminables corredores abovedados del castillo, era una escocesa alta y fuerte, con los cabellos relucientes como el oro, y el cutis de un blanco rosado, que un inteligente admiraría con gran gusto, sino hubiese sido por la multitud de pequeñas manchas rojas que la adornaban, como las margaritas á las praderas. Cuando llegaron al extremo Norte del castillo, abrió una puerta de encina maciza, ennegrecida por los siglos, y se retiró para dejar pasar á Juana.

La habitación destinada á la joven era inmensa y estaba amueblada como debía estarlo la de la víctima de Elisabeth en sus moradas reales tres siglos antes.

Se veía en primer término una cama de columnas torneadas, con colgaduras de gruesa tela bordada á mano, obra de los castellanos antecesores de los dueños del castillo; en el centro una chimenea con blasones á los costados y morillos de hierro bruñidos, cargados de enormes leños.

Magníficos tapices con extraños personajes, animando paisajes fantásticos, estaban aprisionados en marcos de maderas oscuras, —ébano ó maciza encina.—No había alfombra alguna sobre el entarimado, que era de un trabajo admirable. Unicamente había á lo largo de la cama una piel de oso gris.

Una señora anciana, cuya cabeza asomaba por una gorguera de medio pie de altura, con la mirada dura y altiva, casi amenazadora, viéndolo en su cuadro de oro, como una ilusión, parecía estar allí para vigilar los actos de la nueva huésped de la habitación.

Grandes sillones, mesas y armarios antiguos, guarnecían esta sala, severa y propicia á las meditaciones acerca de la vanidad de las grandezas humanas.

Una sola ventana, con vidrios de colores encajados en sus redes de plomo, difundía una luz mística sobre aquellos recuerdos de las edades pasadas.

Juana, humillada por el recibimiento de que había sido objeto, durante el cual había notado la más altiva indiferencia en la duquesa de Albany, se ahogaba bajo las bóvedas de aquel castillo severo y glacial.

Corrió á la ventana y la abrió con mano febril.

Como Margarita estuvo á punto de gritar: ¡aire! ¡aire!...

El espectáculo que se ofreció á su vista, en la tarde templada y deliciosa, la calmó y la hizo volver en sí.

A sus pies, el agua de los fosos, ó más bien, del estanque, en cuyo centro se levantaba el castillo, dormía bajo sus adornos de florecillas de agua y de plantas en flor.

Una treintena de cisnes blancos y negros se paseaba con lentitud en su dominio acuático, en el cual reinaban sin contiendas. Carpas, que debían ser seculares, á juzgar por sus dimensiones, erraban por la superficie, produciendo ruidos semejantes á los de los besos! A lo lejos, las plateadas aguas del lago de Aberfull, grande como un mar, brillaban en el horizonte, siendo cruzadas por bandos de patos y de ocas salvajes, y limitadas por las azuladas cumbres de las montañas cubiertas de árboles.

Y á la derecha, entre los macizos de los grandes árboles del parque, tan lejos que apenas se veían, rebaños de vacas agitaban entre la hierba de los prados.

La joven respiró con avidez á la vista de este paisaje tan grandioso y encantador. Aquel era el esplendor que había soñado, la vivienda de príncipe que había construido en sus sueños ambiciosos; pero el palacio no tenía suñicipes encantados para poderlos subyugar.

Se olvidó de todo en la contemplación de

esta naturaleza soberbia y escuchaba los sonidos lejanos de las zamponas, que llegaban hasta allí desde el fondo del bosque, cuando fué llamada á la realidad por la voz de la doncella.

—¿Tiene alguna orden que darne la señorita?

Juana se volvió.

El sol, penetrando en la habitación, había iluminado con matices diversos á los personajes de los tapices y extendido su luz alegre á las esculturas de los muebles.

La anciana del cuadro había tomado una apariencia más simpática.

Lo que parecía una celda de triste austeridad, fué transformado en un lugar agradable, en donde los espíritus más intransigentes hubieran podido acomodarse.

Juana se sonrió y mostró en su alegría, á la escocesa, todas las perlas de su sonrisa en sus blancos dientes.

—No—contestó—no tengo órdenes que daros ni á vos ni á nadie; pero si voy á rogaros que me digais lo que ignoro. ¿Os llamáis Ketty?

—Sí, señorita, y estoy encargada particularmente de vuestro servicio. Esta parte del castillo es la que se os ha destinado. Se compone de esta habitación y del salón que comunica con ella. Si la señorita quiere visitar...

—Con mucho gusto.

Un gabineté, confortablemente instalado, te-

nía comunicación con el dormitorio. Estaba tapizado de damasco color rosa y era tan claro como la otra habitación ó quizás más. Una mesa escritorio de ébano, con esquinas de dorado bronce, y un piano de cola, de Erard, formaban lo principal del mobiliario. Una biblioteca de madera negra, con filetes dorados, contenía las obras destinadas especialmente á la educación de las niñas y una colección de novelas de Dickens y de otros escritores ingleses, conocidos por la verdad de sus narraciones.

—Cuando la señorita quiera ser servida en sus habitaciones—dijo Ketty,—tiene tambien un comedoreito inmediato, pero su cubierto estará siempre puesto en la mesa de Su Gracia. Además, la señorita tendrá especialmente para ella un coche con dos caballos. Es la costumbre de la casa.

—Os agradezco esos detalles, mi buena Ketty.

—Si la señorita teme el frío de la noche, debe encargarse que enciendan la chimenea. Las noches son frías en Escocia, aun en esta estación. Cuando me necesite llamará y me tendrá á su disposición. ¿La señorita tiene algo que mandarme ahora?

—No. Me siento fatigada y deseo descansar.

La escocesa iba á retirarse, cuando la institutriz la detuvo con una seña.

—¿Quereis decirme Ketty, á fin de no come-

ter alguna indiscreción, quién habita el castillo?

—La señora duquesa, á quien habeis visto y á la cual conocereis en poco tiempo, y su hija miss Lucy, de quien os habrán hablado.

—Muy poco. Sé tan solo que tiene dieciseis años. ¿Es bonita?

—Es el retrato de la señora.

—¿Es buena?

—Como la señora.

Juana comprendió que la escocesa no quería dar abiertamente su opinión. Cambió de táctica y repuso:

—Entonces el castillo está mal guardado, puesto que no hay en él más que mujeres. ¿Lord Steward no viene alguna vez?

—No se le ve jamás. La salud de la duquesa la obliga á quedarse en nuestras montañas; pero el duque tiene pasión por los viajes y consagra á ellos todo su tiempo.

Juana creyó el momento propicio para aventurar una pregunta que la quemaba los labios:

—¿Y—dijo con negligencia—sus hijos le imitan?

La escocesa lanzó una mirada de desconfianza sobre la joven; pero no pudo leer en el rostro impasible de Juana más que una especie de fría indiferencia, que no la informó respecto á sus pensamientos.

—Casi, casi—respondió.—Sin embargo, vienen alguna vez á visitar á su madre; pero por pocos días, y á veces por algunas horas tan solo, á menos que no vengan con sus amigos para alguna excursión de placer. Hay mucha caza en Glenmore, muchos ciervos, corzos, liebres, faisanes y gallos silvestres, y nuestros jóvenes lores se divierten cazándolos; pero esto no ocurre hasta el mes de setiembre ó después. En verano no se corre más que la zorra, y esto son los arrendatarios y la gente del país los que se permiten esa diversión. ¿La señorita no quiere otra cosa?

—No, Kitty. Os doy las gracias por vuestros detalles. Si tengo alguna cosa que pedir, llamaré.

—Buenas noches, señorita—dijo la escocesa, y se fué ahogando el ruido de sus pasos, que se perdió bien pronto en la inmensidad de los corredores.

IV

Cuando Juana se quedó sola, recorrió sus habitaciones, y no se mostró descontenta. El sol, que desaparecía rápidamente, iluminaba con sus irisados resplandores lejanos horizontes: la zampoña, cuyos sonidos habían herido el oído de la joven, seguía entonando en el fondo de los bosques sus melancólicos aires. En las avenidas del parque, se sentía el galopar de los *poneys* de los guardas que regresaban de su servicio.

Los majestuosos cisnes seguían su paseo por las verdes aguas de los fosos.

Aquel era un lugar que convidaba á la meditación.

Juana se quedó pensativa y pareció reflexionar:

La belleza de los lugares tenía poco de sorprendente para aquella naturaleza agobiada por los cálculos de una ambición desmedida.

Sin embargo, permaneció un instante bajo el encanto del espectáculo que tenía ante sí. Aquel era el reino de que hubiera querido ser soberana, y al pensarlo, una lágrima rodó por sus mejillas, coloreadas por la fiebre de la ambición.

Pero bien pronto un esfuerzo brusco la

arrancó á la admiración que se iba apoderando de ella y se preguntó qué es lo que iba á hacer en aquella casa vacía.

La buena duquesa de Rochemaure, que la protegía y la trataba desde su infancia con cariñosa familiaridad, después de haber procurado en vano hacerla desistir de sus proyectos, la había descrito, á fin de prevenirla contra los peligros que la esperaban en su nueva posición, el carácter de las personas entre quienes iba á vivir.

Lord Steward era célebre por sus desórdenes. Tenía verdadera pasión por los caballos y por las mujeres, pero había que descontar á éste, puesto que no habitaba jamás en casa de la duquesa.

Sus dos hijos diferían por completo de carácter y de aspecto.

El mayor, James, era gracioso, alegre y muy sociable, era mas parisiense que inglés. Hermoso, con una de esas hermosuras masculinas que tanto agradan á las mujeres, formaba vivo contraste con Harry, su hermano.

Harry era frio, pequeño y débil; de rasgos irregulares y desagradables, era, además, poco expansivo, disimulado y silencioso y estaba siempre descontento de todo y de todos.

La buena duquesa, añadía con cierta malicia, que debía desconfiarse de esas naturalezas reservadas y semejantes á una caja con cerra-

dura de seguridad; que nada es más peligroso que esos caracteres impenetrales que por mucho que se estudien no se conocen jamás.

Y añadiendo otras mil recomendaciones que su conocimiento de la sociedad la sugería, puso en guardia á su protegida—al menos así lo creyó ella—contra las miserias de la vida á que quería lanzarse.

Pero Juana no creía tener que huir de los peligros que aterraban á la duquesa. Por el contrario creía poder librarse de todos y no tener nada por qué sufrir.

Había sufrido, pues, una atroz decepción al encontrarse en el castillo únicamente con lady Steward, cuyo tono glacial y palabra indolentemente altanera, habían producido en su corazón una herida, á la cual debían sucederse otras muchas.

Meditándolo bien, tomó su decisión y se prometió aprovechar aquella soledad para estudiar el terreno que había elegido como teatro de la lucha de que dependía su porvenir. Necesitaba colocarse, acerca de la duquesa y de su discípula, en una situación inatacable para el día en que se iniciase el combate. Pensó que se estaba ya en el mes de junio y que llegaría bien pronto el otoño, y esto la dió un valor que ninguna circunstancia, por molesta que fuese, debía abatir.

Tomada su resolución, abrió las grandes ven-

tanas de su cuarto y comenzó á inspeccionar minuciosamente todo lo que había en él. Abrió el piano y despertó las sonoridades de las viejas murallas de Glenmore, con un preludio que revelaba una ciencia de la armonía más profunda, que suelen poseerla de ordinario las mujeres. Poco á poco fué animándose y tocó con una maestría incomparable el *vals de las flores*, de Ketterer, y todas las mazurcas y polkas *di bravura* que se le ocurrieron y que se esparcieron en armoniosas ondas en la atmósfera, ordinariamente silenciosa, de los corredores de la antigua casa señorial. La vida había entrado allí con ella.

Por fin, cansada por las fatigas del viaje, en cuarenta y ocho horas de vapor, ferrocarril y coche, se durmió.

En un delicioso sueño se vió dueña del dominio en que se la recibía y de otros veinte, más importantes y más valiosos aun. A una seña suya, centenares de ricos arrendatarios se apresuraban á entregarla gruesas sumas, acompañadas de toda suerte de homenajes. Lacayos en traje de ceremonia, abrían las portezuelas con las armas de Albany de las carrozas de gala, y por último—y esto era una novedad que tenía gran encanto para ella—un lord joven y hermoso como el día le ofrecía su mano con mil amorosas súplicas y compraba sus favores arrojando á sus pies su nombre, su título

de Par de Inglaterra, sus dominios y los honores diez veces seculares de una raza aliada á la casa real, para la cual existen iguales, pero no superiores.

Y, en una somnolencia vaga y sonriente, se acordaba de palabras rápidamente cambiadas en el salón de la duquesa de Rochemaure, de sonrisas furtivas, de sus manos, ó su talle, tiernamente estrechados en el torbellino de un vals.

—¡Tres meses!—pensó—¡es una eternidad! ¡No tendrán paciencia para esperar tanto! ¡Ketty se ha equivocado de medio á medio!

ANL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA DE FORTALEZA

1910 (REVISTA)

1910 TUES MONTECARY, MEXICO

30575

V

La luz del día penetraba á través de los cristales de la alcoba de Juana, cuando se despertó. Se envolvió á toda prisa en un peñador de lana color gris y corrió á la ventana.

Una joven, delgaducha y pálida, de cara maliciosa y cabellos de color de ceniza, galopaba por las ayenidas del parque sobre un caballo alazán, de piernas secas y nerviosas como las de un ciervo.

Aquella joven era su discípula.

Los dos grandes lebreles de que hemos hablado, la seguían, dando saltos, y ella les arrojaba de tiempo en tiempo el látigo, que se apresuraban á traerla, adelantando en dos saltos el cadencioso galope del caballo, que su ama montaba con admirable descuido.

Aparte de este detalle, se notaba el mismo silencio en el castillo. El silencio es uno de los caracteres distintivos de las grandes residencias inglesas. Los ruidos y las agitaciones de nuestras casas de campo, les son desconocidos, y sobre todo en las familias de la aristocracia es donde más se manifiesta la gravedad británica.

En Glenmore este silencio era casi aterrador y predisponía al *spleen*. Con un poco de com-

placencia, podía uno creerse en el castillo de la Bella Durmiente, ó en un palacio momificado de los Faraones.

La institutriz se vistió llena de tristeza, acordóse de pronto de la charlatana de su doncella y experimentando vivo deseo de oír alguna voz humana, llamó.

La escocesa se presentó en seguida.

—¿Me necesita la señorita?

—No; sólo que, si he de seros franca, mi buena Kitty—dijo Juana con el más insinuante tono;—mi aislamiento me aterra y deseo ver un rostro simpático para desechar el fastidio que experimento y que me agobia.

—¡Fastidiarse en Glenmore!—Eso es una blasfemia. ¿Dónde habéis visto un parque más agradable y un castillo más rico? El mismísimo duque de Sutherland, no tiene nada que se parezca á esto.

—Dispensadme Kitty—replicó la institutriz, que quería conquistar á la escocesa.—Comprenderéis que es siempre duro alejarse de su país. Vos amais al vuestro, como es natural; yo le admiro, pero me acuerdo de aquel de donde vengo y lo paso mal.

—Estad tranquila—exclamó la doncella, seducida por la humildad de Juana,—nada os faltará aquí y seréis tan libre y tan feliz como nosotros. Milady da poco que hacer, sale rara vez de su cuarto y yo no cambiaría el gé-

nero de vida que llevo por el que ella hace.

—Se conoce que es todo á lo que ella aspira. La duquesa es independiente y no tiene más que formular un deseo para verlo realizado. Nosotras no podemos decir otro tanto, mi pobre Ketty.

—A mí me importa poco. He nacido en Glenmore y con tal de poder contemplar mi lago y los montes que desde aquí se divisan, estoy contenta.

—¿Es miss Steward la amazona que paseaba por el parque hace un momento?

—Sí, es miss Lucy en efecto; miss sale todas las mañanas á caballo por los alrededores y no vuelve hasta la hora de almorzar.

—¿A?...

—A las once.

Un reloj parecido á los de las grandes iglesias, colocado en una torrecilla, dió ocho golpes con un timbre claro y argentino.

Faltaban, pues, tres horas para el almuerzo.

Juana empleó estas tres horas en colocar en los cajones de los muebles, los objetos que había llevado consigo y en completar su instalación en aquellas habitaciones, que eran su casa, y en donde gozaría al menos de la libertad que le había de faltar fuera de ellas.

Cuando terminó dijo á la escocesa que le había ayudado:

—Mi buena Ketty, os ruego que digais á

milady que bajaré á la hora de almorzar; pero que hasta entonces me tiene aquí á sus órdenes.

Cuando se quedó sola, como la coquetería no pierde jamás sus derechos, sobre criaturas tan hermosas, se ocupó de su *toilette*.

Anudó con calculado desorden sus admirables cabellos, se bañó en agua fría, tomó una camisa de batista, adornada con elegantes encajes, y sin recurrir á la ayuda de un corsé de satén, negro ó azul, se puso un traje de cachemir color gris, adornado con sencillos lazos de seda negra. A pesar de que su traje era tan sencillo, tenía el aspecto de una reina.

Había nacido, en verdad, para vivir en el medio en que vivía. Se contempló en un gran espejo de Venecia, que ocupaba el fondo del tocador y mostró su satisfacción con una sonrisa.

Después, sentándose al piano, tocó como para sí sola los melancólicos valeses de Chopin, tratando al mismo tiempo de sondear vagamente con su penetrante mirada las misteriosas oscuridades del porvenir.

Pero no pudo ver nada, y sus discretas notas no consiguieron otra cosa que despertar los dormidos ecos de los corredores impasibles y desiertos.

Entraba en campaña admirablemente armada; pero por el momento no tenía adversarios á quienes vencer.

VI

En el extremo opuesto del castillo, en una habitación verdaderamente digna de quien la ocupaba, la duquesa, aún acostada, con la cabeza sostenida por los afilados dedos de su mano, arrugaba con despecho una carta que acababa de leer y que era de una sequedad desesperante.

«Mi querida Herminia:

He estado á punto de ser devorado por uno de los tigres más hermosos que han apagado jamás su sed en las aguas del Ganges. Una bala explosiva, lanzada á tiempo, me libró de tan terrible animal. Os envío su piel, verdaderamente notable, por el *Reina Victoria*, que va directamente á Londres. No tengo noticias de James ni de Harry. Presumo que estarán buenos. Que Dios os guarde, para ellos y para mí.

R. STEWARD.»

—¡Señora, hace mucho viento y he matado seis lobos! ¡Esa es la eterna historia de las reinas y de las mujeres abandonadas—suspiró la duquesa.

Y animándose:

—¡Qué me importan ese tigre y esas aventuras!—dijo, arrojando la carta de su marido.—¿Vale la pena de hacer atravesar los mares á ese pedazo de papel, para enviar palabras tan consoladoras á un corazón herido?... ¡Para qué tener fortuna si no nos sirve más que para pasar los océanos con más comodidad y separarnos á los unos de los otros!... ¡Que ha matado un tigre!... Está en las Indias. ¡Agradable pasatiempo! Ha ensayado las balas explosivas... ¡Vaya una sorpresa que me preparaba!... En fin, cuando la losa del panteón de los Steward caiga sobre mis frios restos, no estará mi corazón más helado que lo está hoy. Lo que he sufrido antes de llegar á este estado no lo sabe nadie... ¡y llevaré conmigo el secreto á la tumba!... ¡Mañana experimentará lord Steward sus proyectiles sobre algún elefante de los desiertos de Lahore, me enviará los colmillos del animal por el primer vapor, y se creará que ha cumplido conmigo!... ¡Con la conciencia tranquila, celebrará sus larguezas bebiendo champagne con lord Campbell, mi primo, ó con sir Melton, su competidor en el gran premio del tiro de pichón!... ¡Así somos los ingleses!... ¡Los miembros de una familia se dispersan por las cuatro partes del mundo y se dirigen cartas de amor parecidas á las que acabo de arrojar al suelo!... ¡Cuanto más ilustre es el rango, más cortas son las cartas!

Se había sentado en el lecho, y recibiendo la luz del sol, velada por los cortinajes, parecía aún hermosa.

Dejó caer de nuevo sobre las almohadas su pálido rostro y cerró los ojos.

De tiempo en tiempo suspiraba, pero nadie la oía.

¿Y quién en Glenmore, se hubiera atrevido á interpretar los suspiros de lady Staward, duquesa de Albany?

Algunos instante después, se alzó un portier y Kitty mostró su reluciente cabellera bajo los grandes pliegues del terciopelo azul con franja de oro.

Por ligeros que hubiesen sido sus movimientos, la duquesa la oyó, ó más bien la adivinó.

—¿Qué hay, Kitty?—preguntó.

—El reverendo Kimdale quisiera presentar sus respetos á vuestra Gracia.

—¡Sea bienvenido! Que pase.

El reverendo Augusto Kimdale era el vicario de Glenmore. Había sido preceptor del más jóven de los hijos de la duquesa. Su risueño rostro, atestiguaba un buen humor y carencia de todo disgusto. Se notaba al verle de cerca, que era un hombre dotado de extrema bondad, (de la bondad de las gentes felices) y á quien la opulencia de su beneficio, duplicada por la munificencia de los castellanos de Glenmore, evitaba las privaciones de la vida.

No se advertía en el nada que indicase al asceta, amigo de inútiles flagelaciones. Era un Pastor bienhechor y satisfecho, rodeado de ovejas que no lo estaban menos que él.

Los labradores de Glenmore gozaban de un bienestar relativo.

El vicario era adorado por sus feligreses. Su cocina estaba siempre llena de frutas y de aves de todo género.

Su comedor, que la castellana había amueblado con todas las delicadezas del *comfort* y á donde iba á menudo á distraerse con su hija—eran las únicas horas de libertad que tenía la pobre mujer—acogía con perfumadas y exquisitas salsas y ricos *puddings*, debidos al talento de mistress Kimdale, hija de un rico labrador del dominio, á los numerosos amigos del jovial clérigo. El reverendo entró en la alcoba de la duquesa, con el paso de un hombre de iglesia habituado á sentarse á la cabecera de los enfermos, no sin haber acariciado antes las mejillas de Kitty y haberla dirigido un cumplimiento acerca de su alegre cara.

—Señora duquesa—dijo aproximándose al lecho—pláceme sobre manera tener el gusto de ver á vuestra señoría; confío en que sólo la indolencia os retiene en el lecho y que no os encontráis enferma para permanecer aún en la cama, haciendo un hermoso día, cosa tan rara en nuestra pobre Escocia.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
MEXICO, D.F.
1950

La duquesa se encogió de hombros y tendió la mano al vicario.

—No—respondió.—No estoy enferma, al menos enferma como vos creéis. Es mi alma la que tiene fiebre, una fiebre incurable cuya causa no ignoráis vos que sois mi amigo.

—Sí; vuestro amigo, señora duquesa—dijo Kimdale conservando entre sus manos la que lady Steward le había tendido.—Vuestro amigo y el de toda la familia; mi deber y mi dicha es quererlos. No os pregunto por miss Lucy; la he visto galopar camino de la montaña. Está admirable con su traje de amazona; pero las mujeres que deseen lecciones de gran imprudencia pueden dirigirse á ella. Salta los arroyos, franquea las rocas y considera los fosos como vanos obstáculos, y barreras de frivolidades de que no hay que hacer caso. Se estrellará el mejor día y, francamente, sería una lástima.

—Qué queréis, amigo mío—murmuró la duquesa,—es la sangre de su padre; los consejos serían inútiles y he renunciado á dárselos. En la familia de los Albany, nadie obedece más que á su capricho. Ninguno tenemos nada que echar en cara á los demás...

—Hablemos, pues, de otra cosa, milady; tengo una buena noticia que daros. Vuestro hijo Harry ha estado atacado de una fiebre maligna, que le ha molestado mucho.

—¿Y á eso llamais una buena noticia?

—No, pero ya está un poco mejor, y esa es la buena noticia.

—¿Qué más?

—Los médicos le han prescrito un reposo absoluto y el aire embalsamado de nuestras montañas.

—¿Entonces va á llegar? ¿Quien os lo ha dicho?

El mismo. Me ha escrito rogándome que os anuncie á la vez su enfermedad y su convalecencia.

—Gracias. ¡Es preciso que la fiebre les ataque para que podamos ver á nuestros hijos! ¿Y cuándo llega?

—De un momento á otro, milady.

—¿Os quedais á almorzar con nosotros?

—Sí, milady. He prevenido á mistress Kimdale que no volvería á casa hasta la hora de la siesta. Hablaremos de Harry, es mi discípulo y le guardo un lugar en lo más profundo de mi corazón. Está dotado de nobles cualidades y sus sentimientos son tan elevados que estoy orgulloso y muy contento de él, sin atribuirme por eso el honor de haberselos inspirado, porque los debe á su raza y sobre todo á su noble madre.

Una lágrima asomó á los ojos de la duquesa, que tendió de nuevo la mano al reverendo augusto, al propio tiempo que éste se levantaba.

—Cedo el puesto, señora duquesa—dijo,—á la alegre Ketty, otra de mis discípulas, á fin de que os ponga en disposición de presidir el almuerzo, que trataremos de alegrar cuanto sea posible.

Entretanto voy á dar una vuelta por el parque y á respirar el perfume de vuestros jardines.

—Id, mi buen amigo. Acaso encontréis en el parque á nuestra nueva institutriz. A decir verdad, me parece de una belleza un tanto peligrosa. Os ruego que os fijéis en ella. La señora de Rochemaure, á quien habéis visto aquí, me la ha recomendado calurosamente. ¡Tengo gran confianza en ella, pero hubiera deseado que su recomendada no fuera tan hermosa!...

—Ser hermosa no es un crimen, milady, y hasta en los paisajes, los árboles hermosos son de mejor efecto que las añosas y arrugadas encinas. Para ser virtuoso no es preciso ser deforme ni feo, y la perfección de los rasgos es á menudo indicio de la perfección del alma. En fin, milady, voy á respirar el aire para que se me abra el apetito y poder hacer honor á los talentos de vuestro cocinero.

El digno Kimdale dejó á la duquesa entregada á los cuidados de la doncella.

VII

Durante algunos minutos, paseó por los alrededores del castillo, deteniéndose cerca de las *corbeilles* de geránios de rosa, ó de verbenas, rodeadas de florecillas azules, haciendo crugir la arena de los paseos bajo sus anchos zapatos con hebillas de plata.

No pasaba á su lado individuo alguno de la servidumbre del castillo que no le saludase afectuosamente.

El contestaba á los hombres con un saludo amistoso, daba un golpecito en las redondas mejillas de las muchachas y proseguía su camino, pensando en que Dios le había destinado días dignos de envidia.

Vagaba al azar, deleitándose en estos pensamientos, cuando al dar la vuelta de uno de los paseos, detrás de un bosquecillo, oyó el galope de un caballo que se aproximaba. Al mismo tiempo dos grandes lebreles se lanzaban sobre él, acariciándole con ahullidos de alegría. Decididamente era el mimado de todos los habitantes de Glenmore.

En el mismo instante, apareció la amazona, y saltando en tierra con ligereza, arrojó la brida sobre el cuello del caballo, que se fué solo á la cuadra, haciendo cabriolas y atesti-

guando con ellas que la carrera que acababa de hacer con su dueña, no había conseguido otra cosa que llenarle de regocijo.

Mis Steward no era lo que se llama una muchacha hermosa, pero tenía una gracia sin igual, una vivacidad asombrosa y ojos azules de singular encanto. Era todo *sprit* y malicia. Tenía demasiada voluntad y decisión en todas sus acciones, y no debía ser nada agradable el contrariarla en sus deseos.

Sus cabellos, de un color rubio, más pálido que el del oro, adornaban con arte su blanca y espaciosa frente. Era todavía una niña, pero una niña terrible, y se comprendía que estaba dotada de todas las aspiraciones y casi de todas las experiencias de la mujer.

Había llevado con entera libertad una vida medio civilizada, medio salvaje; civilizada en el castillo de los Albany, á la vista de su madre y de sus institutrices; salvaje en sus carreras desordenadas por los campos de Glanmore y en los bosques del dominio. Allí lo había oído todo, visto todo, examinado todo, meditado todo y comprendido todo.

Pasó familiarmente el brazo por el del vicario, é inclinando la cabeza con coquetería sobre el pecho del pastor, ancho como un fuelle de fragua:

—¿Cómo os va, bello Adonis? —le preguntó riéndose á carcajadas.

—Mejor que á cierta adolescente á quien conozco —respondió el vicario— y á la cual traerán el día menos pensado sobre unas angarillas, al lado de su desconsolada madre.

—¡Oh! —replicó miss Lucy con desdenosa mueca.— Eso es jugar el vocablo. ¡Un sacerdote respetable que se dedica á emplear palabras equívocas dignas de un académico de la lengua! Os pregunto por vuestra salud y os ocupáis de mi caballo.

—Es preciso estar rematadamente loca, hija mía —dijo el reverendo con prolongada sonrisa,— para hacer lo que vos haceis. Saltar como heroína de novela las empalizadas y los arroyos; ver á los pastores batir las manos en ejercicios dignos, no de un académico de la lengua, sino de un clown de cualquier circo ambulante, y... cuando menos se piensa, ¡patapum!, el caballo que cae en un foso, que rueda sobre las peñas, ó que desaparece en un abismo y miss Lucy, que quiere seguir siendo bonita, porque es coqueta, se vé desfigurada para el resto de su vida; tiene algun miembro indispensable á su locomoción fracturado, ó la pasa alguna cosa peor. Ya me conocéis, mi querida niña, y sabéis que no soy un rigorista, que no soy de esos pedantes que proscriben los placeres honestos; pero sí que aconsejo el que se use de ellos con moderación,

—Bien, muy bien, amigo mio. Esperad á de-

cir todo eso desde el púlpito y estad seguro de que os oiré religiosamente.

—¿Con el deliberado propósito de hacer todo lo contrario?

—¡Acaso!

—¿De dónde venís?

—Sois curioso y debéis saber que eso es un vicio.

—No, es sencillamente un defecto.

—Como os quiero bien, no os diré donde he estado.

—Entonces lo adivinaré yo. Habéis dado la vuelta al lago; habéis entrado al galope en el bosque, y veinte minutos después llegabais á la cima de los montes Killiams.

—¡Sois brujo!—dijo Lucy sin bajar los ojos y jugueteando con una rosa que tenía en la mano.

—La vista es hermosa—replicó el pastor—desde aquella admirable altura: se vé á dos leguas las aguas del lago, y á lo lejos, entre el verde follaje del parque, las azuladas tejas del castillo y sus torrecillas, cuyas doradas veletas brillaban al sol. ¿No es verdad, miss?

—¡Admirablemente descrito!

—¿Es eso lo que os lleva á esas soledades y á esos senderos, al borde de los precipicios, en donde un mal paso de vuestra cabalgadura os puede hacer rodar á cien pies de profundidad, sin encontrar una rama ni una planta adonde cogeros?

Lucy enrojeció ligeramente; pero volviendo bien pronto á su burlona serenidad:

—¿Por qué no?—preguntó.

—Os creía más sincera con vuestro viejo amigo, hija mía—dijo el sacerdote, cuya frente se nubló;—puesto que sois tan reservada, os diré yo el objeto de vuestras peligrosas excursiones á los montes Killiams. Hacia las cimas más abruptas y á la extremidad del bosque, se eleva entre la maleza una casa señorial abandonada, ó poco menos, puesto que es Dick Rowen, el viejo guarda de Aberfull, un fiel servidor de Albany quien la habita. Vive allí, como un buho, en la aislada torre, *quasi nycticorax in domicilio*. (¡Perdonad! la costumbre me lleva á hablar en latin á una señorita, y eso es una tontería tan grande como un elefante) y no es para contar las piedras caídas, ó las flores de enredaderas, para lo que os imponeis esas excursiones. Sed franca; ¡hay otro atractivo en las cimas de esas rocas!

—¿Y qué atractivo es ese?

—Dick Rowen tiene un compañero más joven que él, su hijo Guy Rowen, una especie de soñador melancólico, que en lugar de llevar con gallardía la escopeta al hombro y de cumplir con su obligación como guarda, pierde el tiempo en contemplar los astros, sentado sobre un guijarro, entre los líquenes y los musgos, y que ritma baladas á la luna. Es un loco que no

tiene decisión para estudiar matemáticas, á fin de llegar á ser un marino útil, ó el derecho y las Pandectas para hacerse un abogado práctico, y se cree un genio incomprendido y desgraciado; un medio doctor que podría gozar tranquilamente del sano placer de la caza y llevar á las cocinas magníficos venados, de los cuales comería su parte en alegre compañía de la servidumbre; succulentas perdices que abundan en aquellas inaccesibles alturas y á las cuales haríais honor al verlas aparecer suntuosas y doradas en la mesa de vuestra madre; es un extravagante que podría beber y dormir sin cuidados, como sus semejantes, y que prefiere vivir en el aislamiento con su orgullo y su tontería. Ese es el personaje extraño y curioso que os hace ir allí y con cuyas conversaciones os entreteneis.

—Y aun suponiendo que eso fuera cierto— replicó la joven ¿os atreveríais á censurarme por ello? ¿En qué halláis el mal?

—¡El mal, el mal! ¡Eso salta á la vista! Llegará un día, miss, en que volveréis el juicio á ese pobre muchacho, que no lo tiene muy sólido, y en que vuestras atenciones le harán formar un juicio muy equivocado de su capacidad y de su mérito, y pensará entonces: «Puesto que miss Lucy, que es una señorita bien educada, de gran casa, y que tiene todos los medios necesarios para su instrucción y estudio,

prefiere mi conversación á la de sus institutrices; puesto que abandona la casa paterna para venir aquí, es que soy un genio superior y que mi talento eclipsa el de todos los demás.» Eso ocurrirá, y sin embargo vos no queréis mal á ese pobre muchacho.

—¡Dios me es testigo de ello. Le aprecio demasiado para desearle ningún mal.

—A pesar de todo eso que decís, le perjudicáis con vuestras asiduidades.

El reverendo Kindale se detuvo y miró fijamente á miss Lucy.

La joven sostuvo su mirada con imperturbable aplomo, sin que se moviera ni uno de los músculos de su fisonomía, en la cual se reflejaba la malicia.

El Vicario no pareció mostrarse muy convencido, después de este examen, y continuó andando en silencio en dirección del castillo.

Cuando acercaban á los fosos de Glenmore, los últimos compases de un vals llegaron á sus oídos, partiendo del primer piso, y una admirable cabeza de muchacha apareció en una de las ventanas, destacándose de ella como un retrato de su marco.

El vicario, deslumbrado, se inclinó ligeramente hacia miss Lucy, que exclamaba al propio tiempo.

—¡Calla! ¡mi nueva institutriz! Me agrada mucho más que la otra, que era fea y mala.

Dirigió á Juana una de sus más agradables sonrisas y la hizo seña de que bajara.

El sacerdote no dijo nada. La aparición de la institutriz le había dejado como aturdido. Pensaba en las palabras de la duquesa.

—«Hubiera deseado que no fuera tan hermosa.»

Aquella belleza en todo su esplendor, le asustaba; no por él, sino vagamente y sin que tratase de desechar la impresión que le había causado, preveía que aquella hermosura podría traer algún mal á las gentes del castillo.

Esta impresión se avivó cuando la institutriz estuvo cerca de él. Los cabellos de la joven, agitados por ligera brisa, dejaban al descubierto un cuello escultural.

—¡Soberbia personal!—murmuró el reverendo Kimdale.

Y dirigiéndose á la joven la dijo:

—Acabais de hacer un largo viaje señorita y el cansancio ha debido influir en vos para juzgar nuestras montañas.

—No caballero—repitió graciosamente Juana, que reconoció en seguida al vicario, recordando la descripción que la duquesa Roche-maure la había hecho del Pastor de Glenmore.—Desde que llegué, me causó la más viva admiración y me es ya tan simpático este magnífico país, como las personas que han tenido la bondad de recibirme en él.

—Cuando nos conozcais mejor—observó con su atractiva bondad—nos querreis aun más.

Juana le dió las gracias con una mirada y acarició con una sonrisa á su discípula, que permanecía callada.

—¿Y que diriais, caballero,—replicó la institutriz—si os afirmase que conocía antes de mi salida de París el castillo de Glenmore, á sus dueños y á los amigos de sus dueños, como si los hubiera visto? A vos, por ejemplo, no os he encontrado jamás en mi camino y, sin embargo, os he conocido inmediatamente.

—Me asombráis, señorita, y á ménos de un milagro...

—Tranquilizáos, no hay nada de sobrenatural en esto. Mi madrina, que ha venido á menudo á Escocia y que tiene la bondad de ocuparse de mí, me lo ha descrito todo con tan agradables colores, que no he vacilado en venir á conocerlo. El aislamiento de Glenmore cuadra tanto á mi carácter, que lo he encontrado admirable y estoy muy contenta por haber venido.

Miss Lucy, que había guardado silencio hasta entonces, cautivada por la dulzura de su institutriz, cuyas miradas la aseguraban una indulgencia sin límites, se apresuró á decir tendiendo la mano á Juana:

—Sed bienvenida, señorita. Gozareis de una gran libertad. Aquí hay libertad para todo el

mundo. Montareis á caballo para recorrer nuestros bosques, haremos un poco de música y me hablareis en francés de las cosas de Paris, de ese Paris que nos atrae y nos seduce á nosotras pobres extranjeras ¿Quién os ha hecho ese traje tan lindo?

Se había roto el hielo...

Se habló de Francia y Juana, con una destreza consumada, supo dar á sus interlocutores excelente opinión de su sencillez y de sus méritos. Tanto el vicario como su discípula se mostraron muy contentos de ella.

En el almuerzo, hasta la misma duquesa quedó impresionada por el encanto de aquella voz dulce, de una melodía penetrante y una ternura infinita. Olvidaron todos la provocativa y funesta belleza de la joven, perdonándola á cambio de su humildad y de sus dignas maneras.

Creyeron comprender que soportaba esta superioridad de la forma, como los ascetas el cilicio, y que hubiera querido desprenderse de ella como de una cosa que molesta, ó de un defecto, si el sacrificio no hubiese dependido más que de su voluntad.

La duquesa, miss Luey y el vicario, no eran, ni unos ni otros, ignorantes novicios, y sin embargo fueron engañados por la comedia representada por la institutriz que honraba á los modelos del Teatro Francés.

A partir de aquel momento, que fué un triunfo para Juana, lady Steward y su hija, olvidando la belleza de la joven, no se fijaron más que en sus gracias, en sus habilidades de todo género y en las complacencias sin fin que tenía para con ellas.

Cuando el vicario se alejaba del castillo iba siempre murmurando á lo largo del lago y por los senderos de la montaña, una infinidad de objeciones, contra la introducción en las familias de esas muchachas: hermosas, instruidas, elegantes y espirituales, que teniendo la desgracia de ser pobres, deben, á menos de poseer una virtud sobrehumana, ser devoradas por una envidia feroz y estar poseídas por la más ardiente ambición.

Un vago presentimiento de desdichas lejanas iba tomando cuerpo en su elevado espíritu. Pero en cuanto llegaba á Glenmore, un saludo de Juana, casi siempre suplicante y triste cuando se dirigía á él, disipaba sus prevenciones; se vituperaba á sí mismo la manera de pensar, se golpeaba el pecho con la contrición de un juez que hubiese enviado á la horca á un inocente, y trataba de espiar sus injuriosas dudas, deshaciéndose en elogios de la joven.

VIII

En la cima de los montes de Aberfull, en el lugar más inaccesible del bosque, que tiene una gran extensión, se eleva una torre, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos.

Según la versión más autorizada, su existencia se remonta al siglo VIII y, gracias á considerables reparaciones, no ha perdido nada de su característico estilo ni de su primitiva solidez.

El viento puede desencadenarse en el otoño con violencia, rugir en marzo y lanzar sobre ella sus terribles ráfagas, sin conseguir que se mueva otra cosa que sus veletas, que chirrían por la noche, produciendo extraño ruido que asusta á los supersticiosos.

Sus murallas se sostienen con firmeza sobre sus cimientos, como un gladiador que espera el choque de su adversario.

Con ligeras reparaciones, este viejo edificio subsistirá hasta la consumación de los siglos, con gran satisfacción de los buhos y de las lechuzas que anidan en sus huecos.

En el piso bajo no tiene más que una gran sala, y lo mismo en los pisos superiores, á los cuales se llega por una escalera en forma de espiral, situada en un torreón, cuyo principal

cuerpo es coquetamente flanqueado por ella.

Chimeneas de granito, góticas, con escudos en que figuran armas esculpidas; muros revestidos de madera de encina, ennegrecida por el humo, y el suelo cubierto por enormes y relucientes losas, es todo lo que puede admirarse en el interior de esta reliquia de los pasados tiempos.

En la habitación más elevada de este edificio, cerca de una ventana estrecha y alargada, desde la cual se descubre el admirable paisaje que se extiende desde la montaña hasta el parque de Glenmore, con los codos apoyados sobre una mesa de encina—cargada de papeles y de libros—y la cabeza entre las manos, un joven de veintidos años, delgado, pálido y delicado como una niña, estaba absorto en ansiosa meditación, á juzgar por la tristeza que velaba su fisonomía de gran movilidad.

—¡Decididamente—pensaba—me ha olvidado y no vendrá hoy!

De pronto levantó la cabeza y se estremeció.

Guy Rowen, pues era él, había oído, ó mejor dicho su corazón había adivinado, que miss Steward se aproximaba.

Se lanzó á la escalera y corrió á su encuentro.

Guy Rowen era hijo de Dick, uno de los escoceses más enérgico de los tiempos pasados, presentes y futuros.

El viejo guarda, con su escopeta á la espalda y sobre su caballo, veloz como una gacela, vivía en los bosques desde el amanecer hasta la noche, y muy frecuentemente durante la noche también.

Respiraba á sus anchas el sano olor de las maderas resinosas y de los perfumados brezos.

Más fuerte que un joven, soportaba con gran salud y agilidad sus setenta años; no era raro verle volver por la noche cargado con un corzo, seguido de sus perrillos, después de una jornada de tres ó cuatro leguas, cargado con el glorioso fardo, que atestiguaba una nueva proeza.

Tenía para los Steward la fidelidad de un perro; se hubiera dejado matar por ellos sin vacilar.

Viudo hacía diez años de una mujer más joven que él, á la cual había amado con la ardiente y loca pasión de los viejos, no tenía más que una debilidad: su hijo.

Desde hacía muchos años, le servía de habitación la torre de Aberfull, y su ambición hubiera sido transmitírsela á Guy con su empleo, que constituía en las montañas de Escocia una especie de seminobleza; pero sus cálculos habían sido destruidos por las aspiraciones del joven y por su carácter meditabundo.

Guy, poeta de nacimiento, del género romántico, el más deplorable y taciturno de todos,

después de haber pasado algunos años en la Universidad de Edimburgo, adonde la duquesa le había mandado con recomendaciones del cura de Glenmore, que había observado su talento, había vuelto enfermo del cuerpo y del alma.

Con nada se le podía comparar mejor que con la pálida figura de Chatterton, disgustado y triste, con sus envidiados amores, sus enervadas debilidades y sus estremecimientos de sensitiva.

Pasaba su vida acariciando una idea extraña, nacida en su cerebro, abrasado por la fiebre, y escribiendo versos relativos á Osian, tan incomprendibles como las disertaciones alemanas.

Se notaba siempre en sus composiciones cierto voluptuoso sentimentalismo, una ansiosa codicia melancólica, inflamada de mundanos placeres, reservados tan solo á los favoritos de la fortuna.

Frecuentemente, del oscuro fondo de estas poesías de los veinte años, se destacaba un amor vivo y piadoso.

En estas vagas armonías se notaba algunas veces un acento vibrante y apasionado que interesaba el corazón como una frase musical en un trío de Beethoven.

El vicario, que conocía algunas de las odas de Guy—que éste le daba á leer—había adi-

vinado, con su buen criterio, la musa que le inspiraba; con sus afectuosas atenciones había tratado de atraer al poeta á ideas más prácticas y le había demostrado el peligro de los sueños que le arrastraban fuera de la esfera en que debía vivir.

Guy se había contentado con sonreír amargamente, exagerando la gravedad del mal en que había caído y se había empeñado en representarla como una enfermedad que no espera más que la caída de las últimas hojas para exhalar un alma duramente combatida por los azares de la vida.

La verdad es que un poderoso encanto le retenía en Aberfull. Si no abandonaba la ventana, era porque todas las mañanas aparecía en el sendero, galopando sobre un caballo infatigable, una joven con el vestido flotando y el pelo elegantemente peinado bajo un sombrero de fieltro, adornado con una pluma de faisán.

¿Había tomado cariño miss Lucy al sentimental soñador, ó era un simple capricho lo que la conducía hacia el desierto de Aberfull? A nadie se lo decía y nadie la preguntaba nada respecto á este particular; la gran libertad de que gozan las jóvenes inglesas, hacía que ni su misma madre la preguntase nada acerca del empleo de su tiempo ni del objeto de sus excursiones.

Ella llegaba con un vestido de terciopelo

azul, sombrero coquetamente puesto sobre sus cabellos de oro, con su hermosa pluma al viento y con la cara animada por su paseo matinal.

Detuvo con prontitud el caballo á la entrada de la casa.

Guy la ayudó á apearse, ató el caballo á un árbol y aproximándose respetuosamente á la joven:

—Temblaba creyendo que no vendriais hoy, miss—dijo.—Los minutos me parecían siglos.

—¿Es verdad! ¡Me haceis pensar! ¡He tardado! ¡No basta querer! ¡Tiene la culpa mi nueva institutriz! ¡No puede una separarse de su lado!

—Vais á hacer que la odie. Si me priva del solo placer que tengo, que es el de vuestras visitas, que son mis rayos de sol, la odiaré mortalmente.

—Cometeríais una injusticia. Es la mujer más encantadora del mundo y más hermosa... No os la presentaré porque entonces no querriais verme más.

—Os engañais, miss. Bien sabeis que hay ojos para los cuales nada hay tan hermoso como vos.

Ella disimuló una conmoción muy extraña.

—¿Cuáles?... ¡Oh... poeta!

El joven vaciló; pero ante un gesto que le animó:

—Los de Guy Rowen—dijo.

—¡Qué niñada!—replicó ella.

Y notando la repentina palidez de Guy, agregó con más seriedad:

—Si os agrado es porque vivís en un desierto y las comparaciones os son difíciles.

En seguida cambió de conversación.

—Veamos, mi poeta—dijo—contadme lo que habéis hecho desde ayer. Es indiscutible que llegaréis á ser célebre, pero es preciso trabajar. ¡Trabajemos!

Ella le tendió la mano y le condujo por la escalera á la habitación que le servía de retiro.

Allí se instaló resueltamente en un sillón de grandes brazos, cuyo respaldo cuadrado tenía extraordinaria altura, y dando un pequeño golpe sobre la mesa con su enguantada mano:

—¿Dónde estábamos de nuestra balada?

Guy se sentó junto á ella, suspirando, y cogiendo un cuaderno de papel satinado, en el cual había algunas hojas escritas:

—No lo recuerdo—dijo.

—¡No lo recuerda y se atreve á confesarlo!... —repuso plazeramente mis Steward.—¡Oh, poeta desmemoriado!... ¿En qué pensais?

Rowen, con las manos juntas y en silencio, la dirigió una mirada que valia un poema:

Ella aparentó no notar su turbación, y continuó:

—¿Qué hay más interesante para vos que las aventuras de nuestro héroe, hijo de un montañés, con la señora del lago de Aberfull, con esa hada rubia y bienhechora que le transforma de repente en un hermoso príncipe, joven, rico y poderoso?

Y cogiendo el cuaderno azul:

—He aquí vuestros últimos versos—dijo la joven.—Estamos en el momento en que Sylvia, evocada por Edgardo, se le aparece.

Y leyó, midiendo los versos, una magnífica composición que el joven montañés dedicaba á la dama del lago de Aberfull, y que pintaba semejante á miss Lucy en un todo.

—¡Eso está muy bien!—replicó Lucy muy satisfecha y sin fijarse en la estética actitud de su compañero.—¿Pero qué añadirá ahora?—dijo para sí.—E inclinándose hacia el joven, hasta embriagarle con el perfume de violetas que exhalaban sus rojos labios, le preguntó:

—¿De qué puede hablar un aldeano á una hada deslumbradora y bondadosa?

Rowen tembló de emoción:

—¡De amor!—murmuró.—¿No es una mujer, y las mujeres no han sido creadas para oír ese lenguaje?

El tentador demonio replicó inclinándose, más cerca de él aun:

—¿Todas?...

Rowen vaciló en contestar, sin embargo, reponiéndose, balbució:

—Todas, miss, todas las que son hermosas, agradables y buenas!

Sus ojos lanzaron un relámpago sombrío y Lucy retrocedió:

—¿Cómo! —dijo esforzándose por sonreír;— ¡sin preparación! ¡Notad que vuestro Edgardo no lo ha visto aún!...

—¿Sí, si la ha visto!

—¿Dónde?

—En sueños!

—¡Ah! ¡sí, puede ser! Eso es posible,— exclamó la joven distraídamente, como si su pensamiento estuviese en otra parte.—Hablemos, pues, de amor,—añadió y poéticamente si es posible.—Estoy segura de que habreis escrito ya la apasionada declaración que vuestro héroe la va á hacer. La habreis compuesto hace mucho tiempo, á vuestro gusto...

Y, continuó después de una pausa:

—¿En vuestros sueños!

Guy se cubrió el rostro con las manos para disimular su palidez.

Miss Steward, que habia ido más allá de donde debía, se levantó y poniendole una mano sobre el hombro:

—Sois muy susceptible —le dijo cariñosamente. ¡Qué niñería! ¡leed, leed!

La mirada de Rowen al elevarse, se encon-

tró con la de Lucy y se puso colorado como un pavo; pero permaneció silencioso.

Hojeó con cierta perplegidad los papeles y llegó á descubrir, no sin cierta dificultad aparente, el pasaje que quería someter á la joven.

Con voz muy conmovida, murmuró, más bien que leyó, unos versos, teniendo muy buen cuidado de hacer constar que se dirigían á la dama del lago de Aberfull, en los cuales, sin embargo, figuraba el nombre de Lucy, nombre que por descuido leyó al final.

La joven escuchaba atentamente, mecida por el monótono ritmo de los versos, la voz de Rowen, que se animaba por momentos, á medida que se aproximaba al fin.

De pronto brilló una maliciosa sonrisa en el rostro de Lucy, que se levantó con ligereza y arrancó el papel de las manos del lector

—¿Qué decís, ¡oh! poeta?—exclamó con tono burlón.—La sílfide de Aberfull se llama Sylvia y no Lucy. ¡Vaya unas distracciones!...

—Os juro que yo no he dicho Lucy—replicó el joven.—Habéis entendido mal.

—No, no he entendido mal. Además, está escrito. De ese modo podré guardar estos versos que me están dedicados.

—Os juro, miss...

—¡No juréis, mi querido Guy! Dejadme seguir creyendo que os he inspirado.

Su rostro no expresaba el menor disgusto.

El joven iba á arrojarse á sus pies, cuando se hizo oír la ruda voz de Dick Rowen, que decía:

—¿Dónde estás holgazán?

—Aquí estoy, padre—dijo asomándose á la ventana.—Estoy estudiando con miss Lucy.

Y volviéndose hacia ella:

—¡Decidme que me perdonáis mi distracción!—dijo con voz suplicante.

—¡Vuestra distracción, vuestros sueños, todo!...—contestó ella.

—Entonces devolvedme esos versos ridículos.

—No, los conservaré. ¿No queréis que me quede con ellos?

—¡Si así lo deseáis!...

—Serán para mí un recuerdo: No tenéis necesidad de copiarlos. Estoy segura de que os los sabéis de memoria.

—¡Oh! sí...

—Solo que es preciso corregirlos; será más melodioso:

¡Sylvia, tú á quien amo y por quien respiro!...

¡Hasta la vista! Trabajad y el porvenir es vuestro.

—¡Pero se va mi inspiración!

—Volverá. El día de mañana no está lejos.

—¿Vendréis mañana?

—Sí. ¿He dejado de venir alguna vez?

Guy la besó la mano con trasporte y ella no la retiró.

—¡Sois mi ángel guardián!—murmuró le joven...

Lucy bajó precipitadamente al patio.

El guarda se separó para dejarla pasar, y apartó con enérgico gesto á una banda de perros que ladraban alrededor de la señorita.

—¡Es nuestra señorita—dijo saludando—y Guy no tocó la trompa de Albany! ¡Dispensadle, señorita; no entiende nuestros usos y me temo que no sirva jamás para nada.

—Mi buen Dick—dijo la joven miss—con el tono más cariñoso, pasando su delicada mano por la rugosa piel del viejo Rowen, es preciso ser indulgente para con los que pensamos en otras cosas que en los ciervos y en las liebres. Nosotros queremos ilustrarnos, y gracias á eso, el apellido de Rowen brillará de una manera sobre natural y divina. No gruñáis á ese pobre Guy. Si se pasa la vida encorvado sobre sus papelotes, es con un objeto loable y vos llegaréis á estar orgulloso de él.

—No pretendo la gloria, miss—replicó el guarda fijándose en la señorita Albany con humilde y paternal sonrisa. Lo que yo quiero que posea, es salud y que se sepa ser útil. Guy, en vez de tener buena sangre colorada en las venas, tiene un licor descolorido y sin virtud.

Un viento un poco fuerte le arrojaría al suelo. Sus manos no saben manejar, ni el hacha ni la escopeta. Es un muchacho debil y sin alientos.

No conozco más que un ejercicio sano para él, correr por los bosques, montar á caballo como vos y andar como yo; pasear á los fieles perros y limpiar los bosques de alimañas.

Eso es lo que nosotros hemos hecho desde hace siglos al servicio de la casa Albany, y no comprendo por qué ha de buscar otro oficio un Rowen.

—Vamos, Guy,—añadió volviéndose hacia su hijo—desata el caballo de miss Steward y ten el estribo.

—Padre—murmuró el soñador—¡no sois indulgente para con vuestro hijo!

Dick se encogió de hombros, pero una lágrima rodó por sus rudas mejillas al contemplar la cara de sufrimiento del joven.

Le cogió por el cuello y le besó sin responder.

Guy reunió las bridas y se las entregó á miss Steward.

Lucy se apoyó ligeramente sobre uno de sus hombros y se colocó en la silla.

Después le envió, con el extremo de su látigo con puño de oro, un saludo que se semejaba á un beso.

El poeta, oprimiendo con ambas manos su corazón, próximo á estallar, subió á la azotea de la torrecilla.

Desde allí siguió con la vista á la joven, que galopaba, desapareciendo por intervalos, para reaparecer á los pocos instantes entre las sinuosidades del terreno.

Cuando dejó de verla, se entró en su cuarto; un torrente de lágrimas se desbordó de sus ojos que abrasaban, y arrojándose sobre el sillón en que había estado sentada la joven, se cubrió el rostro con las manos:

—¡Oh, Dios mio! ¡cuanto la amo!—murmuró.

IX

Daban las once cuando Lucy llegó al patio del castillo.

Una victoria acababa de detenerse en él y el primer rostro que vió la señorita de Albany, fué el de su hermano que entraba en Glenmore.

—¡Al fin!—exclamó la joven arrojándose en sus brazos—¡Hete aquí, en donde todo el mundo se había! ¿Traeras tu la alegría?

—No me atrevo á prométerselo, hermanita,—respondió él cariñosamente.—Si tu tienes alguna alegría que proporcionarme, te lo agradeceré con toda mi alma.

—¡Oh! ¡oh!—exclamó Lucy, haciendo una mueca, siempre sombrío y taciturno.—¡Lord Harry se disfraza de caballero de las tinieblas! ¿Tenemos, pues, serios disgustos?

—Quizás.

—¿De amor?

—¿Sabes tú acaso siquiera el sentido de esa palabra?

—¿Por qué no? Contempladme, querido señor, y decid si me consideráis como una niña que aun va á la escuela.

—En verdad que estás muy crecida y que olvidaba que has cumplido ya los diez y seis años.

En el momento en que se paseaba con su hermana, que cogida de su brazo, le había llevado hacia el borde del agua, se oyó una campana del castillo anunciando el almuerzo.

La joven se esquivó ligera como una cierva.
—Me voy—le dijo;—aprovecharé los cinco minutos de cortesía para cambiar de traje.

Harry permaneció un instante apoyado sobre la balaustrada, sondando con sus claros ojos las espesas murallas, como si hubiese querido descubrir un objeto que le ocultaran.

De pronto su rostro se iluminó.

En la habitación situada enfrente de él, y cuyas ventanas estaban abiertas, una voz de un timbre magnífico, suspiraba la apasionada melodía de Gounod

*Dans un baiser, dans un sourire,
J'ai reconnu mon bien-aimé...*

Las perlas de esta aria se engranaban en el aire embalsamado de los *parterres*.

—¡Es ella!—murmuró conmovido hasta el fondo de su alma.

La voz continuó:

*Et près de lui mon cœur soupire
D'un ardent amour consumé.*

Inmóvil como una estatua escuchaba como en éxtasis el acompañamiento de piano, que

parecía conmoverse por las frases del canto, que se adivinaban más bien que se oían.

Harry Steward tenía veintiséis años.

Como ya hemos dicho, era pequeño, bastante desgraciado y de aspecto antipático y glacial.

El principal carácter de su fisonomía, consistía en cierta altiva rigidez, favorable á los hábitos de disimulo que había adquirido desde la infancia.

De alma agitada por violentas pasiones y dominada por sorda envidia, no había encontrado, y esto pudiera ser una excusa para él, la íntima y completa afección que buscaba en vano, y que hubiera convertido en oro puro el bronce de aquella alma vengativa y sombría.

Tal como era al presente, no merecía en manera alguna la excelente opinión que el reverendo Kindale, su preceptor, tenía de sus méritos.

Su regreso á Glenmore, que no tenía nada de triunfal, porque, aparte de que todo en él demostraba la más profunda apatía, las gentes del servicio no le profesaban el mayor cariño y le acogían con respeto, no con alegría.

Su imberbe cara, coronada de cabellos de ese color rubio típico de los ingleses, mostraba huellas de cansancio, ó, mejor dicho, de tristeza; pero no anunciaba la convalecencia de un enfermo que acababa de escapar á un peligro cierto.

Harry, sin salir por eso de su habitual reserva, se había mostrado más cariñoso con su hermana que acostumbraba á hacerlo con su hermano James.

La semejanza de su situación acercaba á este desheredado á Lucy; pero ésta era tan joven aún que no podía tratarla más que como á una niña caprichosa y mimada.

Los Stewards están evidentemente en el periodo de la decadencia. Conservan aún el encanto, pero han perdido la fuerza. El único representante de esta raza, digno de sus abuelos, era James, el mayor, el diplomático.

De gran estatura y bien conformado, de rostro franco y alegre, habitualmente, parecía haber acaparado el resto de vitalidad que ocho siglos de duración han dejado á los descendientes de aquellos cuya procedencia se pierde en las tinieblas de los siglos.

James era la alegría de la casa, la primavera de Glenmore. Cuando se presentaba en el castillo, la vieja residencia se metamorfoseaba; á su llegada se notaba siempre inusitada agitación. Los criados se agitaban como abejas á quienes un visitante importuno ha turbado en su reposo. Los caballos piafaban; los coches salían de sus fundas, y toda una multitud de servidores, marmitones, palafreneros y lacayos con peluca empolvada, daban al castillo la vida de que carecía.

Además, James no llegaba jamás solo á Glenmore; se hacía acompañar de amigos pertenecientes á la flor y nata de la aristocracia ó de la banca.

Tenía el prestigio, que da tanto poder en Inglaterra, de ser el mayorazgo; es decir, el título, la riqueza y el poder de un gran nombre y de una gran fortuna.

Harry no tenía ninguna de estas ventajas.
¿Sufrió por ello?

La duda no era posible; sufría cruelmente, pero se sostenía impenetrable y nadie podía sorprender sus impresiones.

Era la esfinge del odio y de la envidia.

Si odiaba á James á causa de sus privilegios, no tenía iguales razones de animosidad contra Lucy, tan desprovista, como él, de fortuna, puesto que James la había acaparado toda, en detrimento de ambos.

Por otra parte, había entre Harry y Lucy un gran parecido. Tenían iguales los labios, igual el color de los ojos, muy semejante la forma de la cara. A primera vista se conocía que tenían un mismo origen, solo que si los rasgos del rostro de Harry no eran la caricatura de los de Lucy, exageraban al menos sus defectos, atenuando sus buenas cualidades.

Durante sus viajes, no sostenía correspondencia más que con ella y con su preceptor.

Las demás personas de su familia, incluso

su misma madre, recibían alguna vez carta suya, pero jamás sus confidencias.

Permaneció algunos minutos absorto en el encanto que le producía la armoniosa voz que vibraba en sus oídos, reanimando al propio tiempo recuerdos que llenaban su alma.

Se abrió bruscamente una ventana frente á él, en el piso bajo del castillo, y la maliciosa fisonomía de su hermana apareció en ella.

—¿Qué amor á los jardines y á la bella naturaleza te retiene al borde de esas verduscas aguas?—preguntó.—¡Llega pronto al salón del banquete! ¡Jamás llegáis á tiempo, ni tú ni mi hermosa institutriz!

—¡Ah!—dijo con indiferente tono.—¡Tienes una nueva institutriz!

—Sí.

—¿Desde hace mucho tiempo?

—No.

—¿De dónde ha venido?

—De Francia.

—¿Es parisiense?

—Sí.

—¿Se llama?

—Juana.

—¡Bonito nombre! ¿No tiene otro?

—Juana Montaigu.

—¿Cómo has dicho?

—Juana Montaigu.

—¿Qué cosa más extraña! Me parece haber

oído ese nombre antes de ahora. ¿No es protegida de nuestra amiga la duquesa de Roche-maure?

—La misma. Es su ahijada.

—Eso es. La he visto en su casa. Es bastante guapa, si mal no recuerdo.

—Admirable.

—Eso es mucho decir.

—No, es que tú exageras tus exigencias.

—He oído decir que es muy altiva.

—Por el contrario, es muy complaciente y muy buena.

—¡Ah, tanto mejor para tí! ¡A mí me es completamente lo mismo que se llame Juana, Teresa ó Fanny! ¡Que venga de París ó de Berlín! ¡Que sea una hermosura ó que sea un horror, como tu antigua miss Catalina Krugerstein! ¡Ea, vamos á almorzar! ¡El aire libre me ha abierto el apetito!

Y silbando un aire de caza, subió las gradas del vestíbulo y se reunió á su hermana en el comedor.

La duquesa entraba en él al mismo tiempo.

Las comidas de Glenmore tienen tanto de *comfort* como de solemnidad, pero rara vez son animadas.

Lady Steward no perdía allí su tristeza, y Lucy daba poco curso á sus alegrías de muchacha emancipada, delante de su madre.

La institutriz se mostraba digna y silencio-

sa á la vez, como cuadra á las jóvenes de su condición en presencia de sus dueños.

El reverendo Kindale era el único que hablaba con alguna expansión y que se permitía bromear.

De ningún modo hubiera faltado á la primera comida, que señalaba el regreso de su discípulo al asilo hereditario de Albany.

Estaba, pues, en su puesto, y todos los demás tomaban asiento en el suyo, cuando la institutriz entró en el comedor.

A la vista del joven reprimió un imperceptible movimiento de sorpresa; pero por fugitivo que fué, no escapó al ojo avizor del reverendo.

—¿Conocéis á esta señorita, Harry?—preguntó.

—Sí: he tenido el honor de ver á la señorita Montagu, si mal no recuerdo, el último invierno, en París.

—¿En donde?

—En casa de su madrina la duquesa de Roche-maure.

—¿Ignorabais su presencia en Glenmore?

—En absoluto.

—¿No os lo había dicho la duquesa?

—No la he visto desde este invierno. He viajado mucho.

—He sido yo—interrumpió Lucy—quien ha hablado hace un momento á mi hermano de la señorita Juana.

—Si es preciso decirlo todo, diré que hubiera sabido que estaba en el castillo aun sin verla. Hace un rato que la señorita Juana cantaba teniendo las ventanas abiertas, y es una voz la suya que difícilmente se olvida.

—Eso es un verdadero madrigal!—gruñó el vicario entre dientes.—¡No conviene aproximar a pólvora al fuego!...

Cambió de conversación y trató de dar á esta un tono agradable y ligero, pero no lo consiguió.

Lucy estaba aburrida. Harry mal á gusto y la duquesa envuelta en su impasible y melancólica serenidad.

Tan solo la institutriz parecía indiferente á todo lo que pasaba á su alrededor y conservaba su frialdad.

Cuando se levantó de la mesa, el reverendo Kindale, que observaba atentamente y quería penetrar el misterio del regreso imprevisto de Harry, vió á su discípulo aproximarse á Juana y deslizarla al oído, rápidamente, una frase.

No oyó lo que la decía, pero lo adivinó.

El joven había dicho á la institutriz.

—Es preciso que os hable.

Juana se había contentado con responder secamente.

—Está bien.

X

En el salón, Lucy y su hermano hablaban en voz baja, cuando miss Steward, volviéndose bruscamente hacia la señorita Montaigu, que bordaba en uno de los extremos del salón, la preguntó:

—Vos que sabeis tantas cosas ¿sabeis montar á caballo?

—¿Por qué esa pregunta?—contestó Juana sorprendida.

—¡Por nada! En Escocia hasta la más sencilla aldeana sabe dirigir un *poney* y seguir, si el caso llega, á un ciervo en una cacería. Vosotras las francesas despreciáis el noble arte de la equitación y os gusta más pasar el tiempo bordando ó tocando un wals de Métra ó de Strauss, que correr por los campos y respirar el aire puro de la campiña.

—Os equivocáis, miss,—replicó Harry.—Esta señorita os oculta por modestia sus talentos; pero monta admirablemente á caballo. Ha recibido excelentes lecciones y yo la he conocido profesores de gran mérito.

Juana se mordió los labios, pero su rostro permaneció impasible.

—¿Y quiénes son esos profesores?—preguntó.

—Si es preciso decirlo todo, diré que hubiera sabido que estaba en el castillo aun sin verla. Hace un rato que la señorita Juana cantaba teniendo las ventanas abiertas, y es una voz la suya que difícilmente se olvida.

—Eso es un verdadero madrigal!—gruñó el vicario entre dientes.—¡No conviene aproximar a pólvora al fuego!...

Cambió de conversación y trató de dar á esta un tono agradable y ligero, pero no lo consiguió.

Lucy estaba aburrida. Harry mal á gusto y la duquesa envuelta en su impasible y melancólica serenidad.

Tan solo la institutriz parecía indiferente á todo lo que pasaba á su alrededor y conservaba su frialdad.

Cuando se levantó de la mesa, el reverendo Kindale, que observaba atentamente y quería penetrar el misterio del regreso imprevisto de Harry, vió á su discípulo aproximarse á Juana y deslizarla al oído, rápidamente, una frase.

No oyó lo que la decía, pero lo adivinó.

El joven había dicho á la institutriz.

—Es preciso que os hable.

Juana se había contentado con responder secamente.

—Está bien.

X

En el salón, Lucy y su hermano hablaban en voz baja, cuando miss Steward, volviéndose bruscamente hacia la señorita Montaigu, que bordaba en uno de los extremos del salón, la preguntó:

—Vos que sabeis tantas cosas ¿sabeis montar á caballo?

—¿Por qué esa pregunta?—contestó Juana sorprendida.

—¡Por nada! En Escocia hasta la más sencilla aldeana sabe dirigir un *poney* y seguir, si el caso llega, á un ciervo en una cacería. Vosotras las francesas despreciáis el noble arte de la equitación y os gusta más pasar el tiempo bordando ó tocando un wals de Métra ó de Strauss, que correr por los campos y respirar el aire puro de la campiña.

—Os equivocáis, miss,—replicó Harry.—Esta señorita os oculta por modestia sus talentos; pero monta admirablemente á caballo. Ha recibido excelentes lecciones y yo la he conocido profesores de gran mérito.

Juana se mordió los labios, pero su rostro permaneció impasible.

—¿Y quiénes son esos profesores?—preguntó.

—Los más íntimos y elegantes de los salones de la señora de Rochemaure, que recibe todo lo que hay de más eminente en París; á mi hermano James, al marqués de Riozarés y á uno de los caballeros más renombrados del Jockey, el conde de Mortcerf.

La envidia de Harry se notaba en la ironía de sus palabras, pero la institutriz no pareció fijarse en ella.

—Es verdad—contestó sencillamente,—cuando se decidió mi partida, esos caballeros, preveyendo que tendría en Escocia, en Rusia ó en otra parte, frecuente ocasión de montar á caballo, tuvieron la amabilidad de darme algunas lecciones de ese arte, indispensable en el extranjero; pero no pudieron darme la costumbre que me falta.

—Es preciso probar—dijo la duquesa,—el aire libre os sentará bien y os prestará fuerzas, aunque afortunadamente no teneis gran necesidad de ellas.

—Sí—dijo Lucy,—comenzaremos por un paseo en el cual sir Harry será nuestro caballero, nuestro *palito*; ¿no es así como se dice en Florencia? ¿Quieres?—preguntó en voz baja á su hermano.

Harry la dió las gracias en una mirada.

—¡Toby!—llamó miss Steward.

Un lacayo, derecho como una alabarda, entró en el salón y esperó.

—Que ensillen para esta señorita—dijo Lucy mostrando á la institutriz—el *poney* más dócil, y para mi hermano y para mí un caballo cualquiera, y que los traigan al pie del vestíbulo.

El lacayo desapareció.

—Me daréis la lección de francés bajo los árboles del bosque—replicó miss Steward,—y yo os la pagaré en consejos, si acaso tenéis necesidad de ellos.

—Como gustéis, miss—dijo Juana con indiferencia.

Y salió, á fin de prepararse para aquella partida improvisada, sin dignarse mirar á Harry, que la devoraba con los ojos.

—No será jamás mía—pensó—si no la domino por un esfuerzo violento.

Y se fué á las caballerizas.

Una yegua alazana, de piernas secas y nerviosas y cabeza inteligente, sacudía sus cadenas de acero, mordiendo con frenesí el mármol del pesebre.

—¿Perla sigue siendo tan caprichosa?—preguntó á un palafrenero que trataba de calmarla con palabras breves y cariñosas.

—Siempre, milord; siempre violenta y soberbia; pero es una yegua excelente.

—Ensílladla para la parisiense, para esa señorita Montaigu, que se atreve á montar á caballo.

El palafrenero miró con sorpresa á su amo.

Aquella mirada significaba: «¿Por qué la queréis tan mal á esa señorita?» Pero el respeto le impedía decirselo tal como lo pensaba. Se calló, pues, y se dispuso á limpiar á la yegua, que relinchaba ruidosamente.

—Yo llevaré á *Cyclope*—prosiguió Harry.
—Es un viejo amigo. Para mí hermana ya conoceréis sus preferencias.

—Su yegua está dispuesta, milord. Tom acaba de ponerla la brida.

Cinco minutos después, los tres magníficos caballos estaban al pie de la escalera del vestíbulo, tenidos por los palafreneros, escarbando con impaciencia la arena.

Perla se distinguía de los otros por una especie de agitación febril.

Cyclope estaba casi inmóvil. Se hubiera podido fotografiarle, sin perder ni una de sus líneas, ni un solo pelo de su crin.

Harry, con el latiguillo en la mano y el cigarro en la boca, se paseaba pálido y preocupado, esperando á las dos jóvenes.

Lucy fué la primera que se presentó.

Saltó con ligereza sobre la silla, arregló los pliegues de su negra amazona, aseguró el sombrero sobre sus cabellos, y notando que *Perla* lanzaba al aire la arena:

—¿Vas á montar tú esa yegua?—preguntó á su hermano.

—No; es para la institutriz.

—¿Y has sido tú quien la ha elegido?

—Sí.

—Entonces quieres matar á esa pobre señorita—replicó Lucy fijando sus acerados ojos en los de Harry.

—¿Por qué?

—Porque si *Perla* es peligrosa para el más excelente jinete, tiene que serlo con muchísima más razón para una novicia.

—¡Te bromeas! Te aseguro que no se quedará atrás de *Cyclope* ni un pie inglés; además, la señorita Montaigu ha montado en caballos más temibles. Te fías de su candor y de sus modales, pero se burla de tí. Monta á caballo como Pratt ó Greinthal, y de seguro podría darte ventaja en una carrera. Puedes estar, pues, tranquila.

Lucy se encogió de hombros.

—Allá tú—le dijo;—yo cumplo con advertírtelo.

Juana se presentó en aquel momento.

Iba vestida de larga amazona carmelita, que dibujaba hasta en sus menores detalles su admirable busto. Llevaba un sombrero á la Rembrandt, del mismo color, sobre su magnífico pelo, que había dispuesto en trenzas. Con una de sus enguantadas manos, llevaba recogida la cola de la amazona, y en la otra un precioso latiguillo con puño de oro.

Tenéis un hermoso látigo, señorita—dijo

Harry con sonrisa burlona.—¿No es el que os regaló mi hermano James?

La joven enrojeció ligeramente. Sin responder examinó con rápida mirada la cabalgadura que le habían destinado, é hizo seña á un palafrero de que la tuviese el estribo, rechazando la mano que Harry la ofrecía.

El grupo formado por los tres jinetes, era digno del pincel de un maestro, y hubiera ocupado honrosamente su lugar en la galería de un *sportman*.

La duquesa, asomada á una de las ventanas del salón, decía al reverendo Kindale:

—Verdaderamente, no hay como las parisienses para saberse vestir. Se presentan bien con cualquier cosa. ¿Os habéis fijado en la suprema elegancia de la señorita de Montaigu?

El vicario no respondió, pero dijo para sí:

—Miss Catalina Krugerstein era más modesta en sus costumbres.

Cuando la cabalgata hubo desaparecido en una las sinuosidades del terreno, la duquesa se sumergió de nuevo en sus eternos ensueños, mientras que el excelente Kindale se adormecía, dominado por el sopor de una digestión laboriosa.

Los jinetes atravesaron al salir del parque campos soberbios, en que los trigos y las avenas ondulaban, mecidos por una brisa tibia; pastos en que las vacas dormían la siesta sobre

una hierba de un verde opulento. Y á lo lejos las aguas de Aberfull formaban complicados espejismos, esmaltados de luminosas pajitas de oro y plata, bajo un sol de julio, que de seguro no alumbraba paisaje más hermoso.

Nubes de aves acuáticas pasaban con sus extraños cánticos por encima de las cabezas de los paseantes.

Tan solo Escocia ofrece á la mirada horizontes de tan pintoresca riqueza, y de una simetría tal, que podría jurarse que después de la creación, la mano de los grandes artistas humanos había ido allí á completar y perfeccionar la obra de Dios.

Hay en este privilegio una razon fácil de comprender.

En ninguna parte han permanecido sin división tan vastos dominios en las naciones civilizadas.

Suiza no posee ninguno. Francia no ha conservado más que algunos adonde el hacha de los demolidores y leñadores no tardará en llevar su devastación legal.

Tan solo Inglaterra, con su derecho inamovible y estable ha dividido su suelo en territorios espaciosos, que cada uno forma un Estado completo, con su capital de distrito, sus alquerías, sus aldeas y sus bosques, ricamente fomentados para mayor provecho de sus poseedores y en la forma artística que los

grandes señores se complacen en dar á sus residencias.

En medio de estos espléndidos aspectos, se habla poco, se curioseá poco; el silencio es impuesto por la admiración.

Juana y Harry se callaban. Tenían otras razones que la contemplación de la naturaleza para mostrarse reservados.

De tiempo en tiempo, Lucy trataba de dirigir algún cumplimiento á la destreza de la institutriz, que manejaba su cabalgadura con una facilidad y una libertad admirables;

Después, hastiándose en una sociedad tan taciturna, a provechó la proximidad de una alquería semejante á una fortaleza, con torrecillas y palomar góticos, penetró bajo su arcada de granito, y haciendo seña á su hermano de que se reuniría á ellos en el bosque, desapareció.

Harry respiró.

XI

Tomó á la carrera el camino del bosque, y Perla, acostumbrada á seguir á su compañero de cuadra, le siguió sin que la joven pudiera contenerla.

Juana comprendía que era necesaria una explicación, y la prefería clara é inmediata. La gustaban las situaciones definidas y no era mujer que huyese de las dificultades.

Harry, inquieto é indeciso, no se atrevía á mirarla de frente.

Reflexionó un momento, atravesó senderos que se perdían en el bosque, pareció complacerse en perderse en un laberinto en que se hermana no pudiera encontrarles, y cuando creyó estar seguro de haberla despistado lo suficiente, volviéndose á la señorita Montaigu, cuyo rostro no revelaba ni temor ni emoción:

—Juana—la dijo,—¿cómo habéis consentido en venir á Glenmore?

—¿Qué razón hay que pudiera impedírmelo?

—Hay una muy suficiente para ello.

—¿Tendrías la bondad de decirme cuál es?

—Os la diré, aunque no creo que sea necesario.

—Nebuloso os mostrais!...

—Es que hay cosas que un caballero vacila

en decir aún á la mujer que ha merecido oirlas.

—No os violentéis; yo acepto siempre la responsabilidad de mis actos.

Y adoptando un tono altivo que la sentaba admirablemente:

—Yo soy de aquellas—dijo—con quienes puede permitirse todo...

—¿Convenís en ello?

—...Porque tienen las suficientes energías para defenderse.

Esta alusión hirió á Harry, que contestó sin vacilar y con amargura:

—¿Y os dedicáis á completar la educación de las señoritas? ¿Las enseñáis también cómo deben conducirse con sus amantes?

—Ignoro lo que quereis decir.

—Quiero decir que tenéis un amante en París...

—Exacto. Uno solo.

A esta respuesta, dada con gran tranquilidad, Harry, por un movimiento irreflexivo, detuvo bruscamente su caballo.

Esperaba una negativa, y esta confesión le intimidó. O Juana era de una audacia y de una perversidad poco comunes, ó se burlaba de él. La joven no ocultaba su ironía y quería excitar su cólera.

—Esta confesión, clara y terminante, os asombra—repuso la joven—y sin embargo es

muy natural. ¿A qué disimular una verdad de que vos estais más seguro que nadie?

—¿Por qué?

—Porque conoceis al amante de que hablais tanto mejor cuanto que...

—Terminad.

—Que ese amante sois vos.

Harry sonrió amargamente.

—Es verdad—dijo—si por amante se entiende al hombre neciamente enamorado de una coqueta que le desdenna, le tortura y le muestra á cada momento familiaridades con rivales más dichosos que él. ¡Os he amado con ardor, con locura, lo confieso! ¡Y he sufrido mucho por ese sentimiento que vuestros desprecios han matado!

—Mis faltas han sido ligeras—replicó Juana—y no me impedirán por lo tanto llevar la frente alta. Si os hubiera escuchado, ¿tendría el mismo derecho?

—No es de mí de quien os quería hablar.

—¿De quién, pues?

—De otros veinte á quienes es inútil nombrar.

—Muchos son; por qué no decís que eran mis amantes todos los que asistían á las reuniones de mi madrina?

—¿Y quién sabe si me equivocaría?

—Callad—dijo la institutriz encogiéndose de hombros;—me inspiráis lástima. La envidia

y los celos os ciegan, aquí como en París. La verdad es que no han sido las proposiciones de los demás las que me han hecho rechazar las vuestras.

—¿En qué os habéis fundado entonces para rechazarlas?

—En mi voluntad. Yo no me guió más que por ella. La sociedad no se ocupa por mucho tiempo de la caída de las jóvenes sin nombre y sin fortuna, y la mía hubiera pasado, si no inadvertida, al menos sin gran resonancia y sin escándalo. La duquesa de Rochemaure me hubiera borrado del número de sus protegidas, y todo hubiera concluido. ¿Y os hubiera agrada-
do que todo eso ocurriese por vos?

La voz de Juana había tomado una entonación provocativa y una dureza burlona. Parecía que experimentaba profunda alegría en la lucha que comenzaba y que quería excitar á su adversario y despojarle de la flema, más aparente que real, bajo la cual ocultaba su pasión.

Como se anima un caballo de batalla, atado lejos del lugar en que se combate, al son de la trompetá que toca á la carga, así parecía animarse ella. Como el duelista de los tiempos pasados, la joven arrojaba su guante al rostro del adversario que había elegido.

Se veía claramente que existía entre ambos una animosidad antigua, animosidad que esta-

haba en el instante en que la casualidad les había puesto frente á frente.

Harry permanecía aturdido por aquel ataque directo que le derrotaba. De acusador se había convertido en acusado.

Tuvo, pues, que limitarse á una prudente defensiva.

—Exageráis mis sentimientos—dijo.— Que me hayáis parecido linda y hasta maravillosamente bella, lo concedo; pero no os diría nada de nuevo si os afirmara que mi opinión es la de todos aquellos que se han aproximado á vos. Que estábais muy bien rodeada en casa de la duquesa, debéis de acordaros. Que yo os haya dejado entrever mi admiración, es posible. Que os haya dirigido cumplimientos sin límites, dicho algunas de esas mil insulseces que se dicen en las reuniones de sociedad y que son moneda corriente, con la cual se salda el placer que nos causa admirar la belleza, no lo niego. Y acaso también he tenido aspiraciones más prácticas que vos habréis rechazado. ¿Por qué no habéis hecho lo mismo con los demás adoradores vuestros?

—Os suplico—dijo Juana con tono glacial,—que preciséis, y que si tenéis alguna prueba, la presentéis.

—¡Pruebas! ¿Hay necesidad de pruebas entre nosotros? El señor de Mortcerf posee más que yo

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
MEXICO, D.F.
1927

Juana levantó los ojos sobre el joven y una carcajada nerviosa agitó su pecho.

—El conde de Mortcerf no se tomaría el trabajo de contestaros—replicó.—¿Por qué no nombráis al marqués de Riozará, á Courcelles y á James Steward, vuestro hermano, y á todos los demás que asistían á la avenida de Friedland? Según vos, todos ellos han sido mis amantes. Pues bien, yo os digo que entre todos esos jóvenes, ricos, de gran nombre y de gran fortuna, que me han considerado como amiga y tratado con las atenciones y delicadezas que les sugería su carácter y mi posición, tan sólo uno me ha faltado al respeto, tan sólo uno se ha acercado á murmurar á mi oído palabras que me avergonzaría repetir y de las cuales no quiero ni acordarme. Sus vergonzosas proposiciones sublevaban mi corazón y ponían en mi frente una nube de vergüenza; pero aun sublevándome contra tanta audacia, casi le perdonaba, al pensar que existía algo de amor en sus instancias y de pasión en su tímida bestialidad. Le creía celoso...

—Y teníais razón—murmuró Harry, bajando la cabeza.

—Tened, pues, el orgullo de la franqueza—continuó la institutriz.—Quien dice celoso, dice desgraciado, y yo he estado tentada á compadecerme del dolor del hombre que sufría por mí. Cuando se trata de asuntos del corazón, las

mujeres ven más claro que vos creéis. Nada escapa á su penetración: leen la pasión de un amante, á través de los disimulos de su rostro, con igual facilidad que los carteles puestos en las esquinas en medio del día. Conocía, pues, vuestros sentimientos, Harry, mejor que si vos me los hubieseis manifestado con toda sinceridad. En lugar de tener en cuenta mi reserva, de perdonarme y de defenderme, puesto que no tenía quien me protegiera, me habéis tomado aversión, me odiáis. Estáis en vuestro derecho. Usad de él, si os place; ¡pero... por Dios, sed noble, y no me calumniéis!...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

XII

Las mujeres cuya alma está templada como la de la señorita Montaigu, tienen una penetración tal, que es imposible engañarlas.

Harry, tímido, desconfiando de todos y hasta de sí mismo, disgustado por la superioridad de los demás, envidioso de aquellos á quienes la naturaleza había tratado con mayor liberalidad que á él, concediéndoles más seducciones, había encontrado á Juana Montaigu en casa de la duquesa de Rochemaure, en uno de sus frecuentes viajes á París.

Desde el primer día había sido fascinado por aquella exuberante belleza rodeada de adulaciones mundanas, realzada por los cumplimientos demasiado vivos, de los ociosos concurrentes al salón de la anciana duquesa, cumplimientos que acogía con una sonrisa ó encogiéndose de hombros, y sin provocarlos ni mostrarse descontenta ó satisfecha de ellos.

Entre aquellos aduladores, sin ardor y sin sinceridad, desnaturalizados por las aventuras de la vida de París, Juana había comprendido en seguida la diferencia que existía entre sus frivolidades y la pasión muda y casi salvaje de aquel extranjero, que la devoraba con los ojos, se apoyaba en el piano cuando ella cantaba y

permanecía allí, absorto, bebiendo las palabras, siguiéndola con la mirada y aplicando el oído á las galanterías de sus adoradores y aun más á las respuestas que ella les daba.

Aquel era el amor tal como ella había deseado inspirarlo.

Por desgracia del enamorado, siguiendo su programa, le inspiraba una invencible antipatía.

Instintivamente se huía de aquel alma que la buscaba y de aquel amor que llegaba á ella casi vergonzosamente y en silencio.

Le colocaba en sus ligeras comparaciones á cien codos por debajo de aquellos que estaban en paralelo con él.

El elegante Mortceff, el hermoso Steward, sobre todo, constelado, por decirlo así, por condecoraciones recibidas en las Cortes extranjeras; el hermano que había acaparado todas las ventajas y todos los privilegios; poseía fácil y elegante palabra, tenía agradables formas y relegaba en la sombra al desheredado, que mendigaba furtivamente, con la mano entrecubierta, lo que no se atrevía á disputarle frente á frente.

Juana, fiel á sus hábitos de prudencia y á sus cálculos ambiciosos, sabiendo que existía en él una naturaleza de la cual dispondría á su gusto llegado el momento oportuno, comprendiendo lo profundo de su pasión, no le recha-

zaba y seguía sin equivocarse los progresos de la pasión en aquel alma enferma y secretamente ulcerada.

Con una sonrisa ó una mirada equívocas, y á veces con una burla medio compasiva, animaba á aquel esclavo, á quien la violencia de su amor quitaba la calma necesaria para una confesión categórica; y cuando un día, armándose, por fin, de un valor inusitado en él, se acercó á ella ofreciéndola acompañarla en el momento en que dejaba el salón de la avenida de Friedland, después de un triunfo de música y de belleza, la joven le acogió con un rigor que no tenía más que un objeto: el de exhalar un sentimiento que ella se reservaba como un recurso, si el porvenir defraudaba las esperanzas que había concebido por otra parte, y que conservaba en su corazón, con el cuidado que las sacerdotisas de Vesta conservaban el fuego sagrado sobre los altares de la diosa.

—A la hora que es—le dijo la joven, con un acento que heló la audacia del pobre enamorado—tengo más necesidad de un ómnibus que de una declaración.

Era más de media noche y la avenida estaba desierta.

A esta burla, un sudor frío brotó de las sienes de Harry.

—Os suplico que me escuchéis—la dijo.—Este momento decidirá quizás de mi vida.

Desgraciadamente no logró otra cosa que hacerse más odioso, á aquella cuya amistad quería conquistar.

—Hablad pronto—dijo—no estoy acostumbrada á escuchar proposiciones á estas horas y en medio de la acera.

La voz de Harry se ahogaba en su garganta.

—Sois implacable, señorita,—dijo por fin.— Comprendo hasta qué punto soy ridículo y grotesco; pero el secreto me ahoga y no puedo por menos de confesaros que os amo.

—Eso es demasiado honor para mí, querido sir; pero es un poco tarde para continuar escuchándoos y os ruego que me dejéis. Nos veremos otro día.

—Juana—dijo entonces el inglés, encontrando al fin el acento con que pretendía haberla hablado desde luego.—No puedo vivir sin vos y todas las fuerzas de mi ser me arrojan á vuestros pies.

Su voz temblaba al pronunciar estas palabras. A pesar de su frialdad aparente, Juana se turbó.

Aquel grito de desesperación llegaba á su alma, como la voz de un náufrago pidiendo auxilio; pero se rehizo contra la tentación, tan natural en las mujeres, de mostrarse compasivas y buenas, y dejó caer de sus labios esta frase glacial:

—¿Con qué derecho me confiais todas esas cosas?

Harry no había previsto esta pregunta.

—¿No me respondéis?—replicó Juana,—eso significa que no os atrevéis á explicarme vuestro pensamiento. Voy á ahorraros ese trabajo, á fin de poner coto á vuestras pretensiones, que perdono—dijo, tratando de hacer resaltar la mayor dulzura en estas últimas palabras,—os diré vuestros proyectos y voy á explicaros los míos.

—Me habéis encontrado en una sociedad á que no pertenezco y de la cual mi nacimiento debía alejarme; me habéis dispensado el favor de verme tal como soy—dejemos á un lado vanas modestias—es decir, capaz de inspirar á otros los mismos propósitos que á vos, y suponiendo que os sería fácil vencerme, habéis querido escribir en el álbum de vuestras conquistas un nombre más.

Harry la seguía en silencio, aturdido por aquella declaración incisiva y demasiado cierta para ser contestada.

—Os juro...—balbució.

—¡No juréis! ¿A qué intentar engañarme? Confesad que habéis creído que era una muchacha ligera, porque no me incomodaba al oír vuestras tonterías y porque no acostumbro á contestar jamás á una impertinencia con un bofetón. No teniais razón, pero os dispenseo.

Ahora bien, quiero que conste que es inútil el que insistáis en vuestros propósitos.

No soy ni romántica ni extravagante.

Comprendo la vida tal como es, y considero á los hombres como son; es decir, egoistas é implacables para con nosotras.

Buscaré alguna gran casa para entrar en ella en la condición subalterna de institutriz, única que me conviene.

Nadie se ocupará de mí, y con tal de que yo enseñe pacientemente á una discípula, más ó menos lista, lo poco que yo misma sé, se me permitirá vivir en mi obscuridad. Además, se tendrá la bondad de entregarme cada trimestre lo que se da, poco más ó menos, á una doncella mediana que sabe peinar y vestir á su señora.

No me casaré, porque soy demasiado altiva ó demasiado orgullosa, si queréis, para aceptar por marido á uno de mi clase, y porque no tengo la dote necesaria para poder elegir esposo.

No sé si amaré jamás.

Creo que no. En todo caso, el objeto de mis preferencias, si es que existe algún día, las ignorará siempre.

Tengo una cabeza bastante sólida que me defenderá de las debilidades del corazón, y bastante corazón para no enrojecer ante nadie.

Os he tratado como amigo. Habéis recibido

mis confidencias, y, para que veáis si soy discreta, renuncio á oír las vuestras.

He querido sencillamente haceros conocer mi carácter, que no juzgábais con acierto. Adiós.

Y dejó al menor de los Steward, que no encontró palabras que replicarla, ni fuerzas suficientes para detener á la encantadora institutriz, cuya voz vibrando en sus oídos, le causaba doloroso arrobamiento.

Desde aquel día, la pasión del amante rechazado se complicó con unos celos, que Juana parecía tener empeño en exasperar con sus coquetterías.

En cuanto la joven se presentaba en casa de su madrina, el hermoso Ríozarés, que se alababa de no encontrarla muy cruel, no se separaba un instante de ella y la agobiaba con sus galanterías, tan atrevidas como espirituales, galanterías que se le dispensaban á causa de la prodigalidad con que las empleaba en sociedad.

Lo que no se atrevía á decir, lo cantaba.

Su maravillosa voz le facilitaba las alusiones.

Juana le daba la réplica y se prestaba de buen grado á la ejecución á cuatro manos de obras españolas. Acogía sus atrevimientos con carcajadas que hacían descubrir todas las perlas de su boca, cuando cantaba con él duos muy

melódicamente concebidos y coreados en seguida por los concurrentes.

Era costumbre, ya adquirida por todos el excusar las audacias de aquel capitalista, del espíritu, semi-Figaro semi-Almaviva, más, á pesar de todas sus ventajas, no era el más peligroso de entre los aduladores de la seductora plebeya.

Se semejava á los regimientos que para sorprender mejor al enemigo van precedidos de tambores y cornetas, ó atizan el fuego del vivac en las proximidades del lugar en que están sus adversarios.

De muy distinta manera se conducía el conde de Mortcerf (Adhemar-Nathaniel) uno de los miembros más escuchados del Jockey.

Serio, astuto, empleando la diplomacia hasta en sus menores empresas, había concebido, no una pasión—el noble conde se hubiera condenado á diez años de matrimonio si hubiera tenido esta deplorable debilidad—sinó una inclinación muy viva hacia Juana, y seguro, ó creyendo estarlo, de vencer sus resistencias algún día, había sitiado la plaza; pero sin precipitación, á la manera de los generales que quieren apoderarse de un sitio por el bloqueo. Había rodeado á la joven de toda suerte de atenciones. A él debía sus conocimientos en equitación. La había tratado como á una amiga, describiéndola con su estilo incisivo y pre-

eiso, la sociedad en que pretendía vivir, poniéndola en guardia contra las tentativas de los demás y tratando de colocarse él en el mejor lugar; pero Juana le había conocido perfectamente y desconfiaba de él.

La presencia de otro pretendiente, perjudicaba mucho al conde de Mortcerf, y nada hay más difícil de conquistar que un corazón absorto en la idea de otro objeto.

Juana no amaba aún; pero había allí, en el salón de su madrina, un hombre á quien se complacía en ver y en oír y que, ausente ó presente, ocupaba su pensamiento y acerca del cual había concebido sus proyectos.

James Steward, el brillante, el dichoso, el irresistible, realizaba el tipo acariciado por la imaginación de Juana.

El contraste entre ellos era notable; pero la naturaleza se complace en estas combinaciones cuyo secreto íntimo escapa á la razón humana.

El diplomático no tenía, en apariencia, atención alguna particular con la joven; pero en ciertos signos imperceptibles comprendía Juana que una corriente poderosa, por la cual se dejaba llevar, le arrastraba hacia ella.

Sentían mutuamente conmociones eléctricas, que son quizás el misterio del amor, por quien todo se vivifica, y cuando en la penumbra de una ventana ó de un vestíbulo, James fijaba, como distraído, sus ojos en los de la joven, brillaba

en ellos una de esas miradas, cuyo significado no se oculta jamás á las mujeres.

Juana se defendía de la mejor manera posible contra aquella instintiva atracción. No estaba enamorada, pero pensaba que el futuro duque de Albany reunía las cualidades de que ella había dotado al elegido de sus sueños; alimentaba, aunque sublevándose contra la vanidad de sus ilusiones, una vaga esperanza de llevarle á sus pies y de imponerle un día tales condiciones, que su fortuna y su posición serían objeto de envidia para las demás mujeres.

¡Llegar á ser una Steward duquesa de Albany! ¡Qué triunfo! No se atrevía á confesarse á sí misma estas pretensiones; pero era el porvenir que ambicionaba.

Y el hombre no desaparecía para ella entre los millones y los títulos.

Gracias á la impenetrabilidad del diplomático y á la precoz astucia de Juana, nadie había adivinado el secreto que ambos guardaban con el mayor cuidado; tan solo Harry, cuyos crecientes celos poblaban su imaginación de incesantes fantasmas, había concebido sospechas, que flotaban como sombras en su espíritu, presa de todas las miserias de la duda.

Cuando la joven manifestó su intención de entrar como institutriz en Glenmore, estas sospechas crecieron y se prometió esclarecerlas.

Además, este propósito le acercaría á Juana,

que había llegado á ser para él una verdadera monomanía, muy próxima á la locura.

¿No es el amor, muy á menudo, la más terrible de todas las locuras?

Tal era el estado de su alma á su llegada á Glenmore.

Había buscado una explicación; había confiado en que Juana, lejos de sus admiradores, sería más accesible á sus súplicas, y veía que se mostraba más altiva que nunca.

XIII

Ante la respuesta fría y acerada, «Sed noble y no me calumniéis!», que atravesó su pecho como un hierro candente, una lágrima de rabia abrasó sus ojos, y para ocultarla se pasó varias veces la mano por la frente.

Juana le dominaba por su gran sangre fría. Esta extraña muchacha calculaba los efectos con la misma calma y la misma paciencia que un matemático.

El, impotente para contenerse ante la joven, siempre dispuesto á arrojarse á sus pies, ó á ahogarla si para ello hubiera tenido fuerzas, no sabía ocultar la pasión sin freno que le inspiraba.

Los caballos marchaban al paso, el uno al lado del otro, alargando sus cuellos y acariciándose, indiferentes á las querellas de sus jinetes.

Por encima de ellos se elevaban las copas de una avenida de olmos, formando con sus entrelazadas ramas, á gran altura, una vasta nave ojival.

Más bajo, en el horizonte, á la distancia de una milla y á una gran profundidad, se distinguían las brillantes aguas del lago, al cual ha-

que había llegado á ser para él una verdadera monomanía, muy próxima a la locura.

¿No es el amor, muy á menudo, la más terrible de todas las locuras?

Tal era el estado de su alma á su llegada á Glenmore.

Había buscado una explicación; había confiado en que Juana, lejos de sus admiradores, sería más accesible á sus súplicas, y veía que se mostraba más altiva que nunca.

XIII

Ante la respuesta fría y acerada, «Sed noble y no me calumniéis!», que atravesó su pecho como un hierro candente, una lágrima de rabia abrasó sus ojos, y para ocultarla se pasó varias veces la mano por la frente.

Juana le dominaba por su gran sangre fría. Esta extraña muchacha calculaba los efectos con la misma calma y la misma paciencia que un matemático.

El, impotente para contenerse ante la joven, siempre dispuesto á arrojarse á sus pies, ó á ahogarla si para ello hubiera tenido fuerzas, no sabía ocultar la pasión sin freno que le inspiraba.

Los caballos marchaban al paso, el uno al lado del otro, alargando sus cuellos y acariciándose, indiferentes á las querellas de sus jinetes.

Por encima de ellos se elevaban las copas de una avenida de olmos, formando con sus entrelazadas ramas, á gran altura, una vasta nave ojival.

Más bajo, en el horizonte, á la distancia de una milla y á una gran profundidad, se distinguían las brillantes aguas del lago, al cual ha-

bían dado la vuelta los paseantes á su entrada en el bosque.

Bajaban entonces por una pendiente de una inclinación capaz de producir vértigos.

Después de un silencio de algunos instantes, Harry, volviéndose hacia la institutriz, que cortaba distraídamente con el látigo la extremidad de las ramas que cogía á su paso, la preguntó con voz cuyo temblor no podía reprimir:

—Juana, ¿creéis que os odio? Si lo creéis estáis equivocada; á menos que el amor excesivo, cuando es contrariado por la resistencia de la mujer amada, no se acerque á lo que en nuestro idioma llamamos odio; pero vos, decidmelo con sinceridad, me odiáis?

—¿Por qué os he de odiar?—respondió la joven.—¡Apenas si me acordaba de vuestras declaraciones de la avenida Friedland cuando os habéis tomado el trabajo de recordármelas!

—¿Es decir, que sois implacable y me condenáis á una indiferencia peor que la aversión?

—Esa es una pregunta cuya respuesta no sé cómo daros. A decir verdad, yo trataría de concebir amistad por vos, si os agradara no abrigar más que ese sentimiento.

La voz de Juana había adquirido inflexiones casi acariciadoras.

Pero el inglés movió la cabeza, y una expresión amarga se dibujó en sus delgados labios.

—¡Gracias!—respondió.—Pero no sabría qué hacer de eso que os dignáis ofrecerme. La amistad de una mujer es un manantial de disgustos para el hombre que la ama. Es la renovación del suplicio de Tántalo, y no creo ser lo bastante criminal para tener que someterme á él. ¡Vuestra amistad! ¿Para qué me serviría vuestra amistad? ¿Para veros á cada instante, para oiros hablarme de vulgaridades ó de cosas indiferentes, mientras que reservabais vuestras confidencias y vuestras familiaridades para otros más favorecidos que yo! ¡Aproximarme á vos sin cesar para luchar siempre con lo imposible! Gracias. No quiero vuestra amistad. ¡Otros acaso la aceptarán con agradecimiento; yo no quiero un presente que me mataría!

—Entonces, ¿qué es lo que exigís de mí?

—No me atrevo á preguntármelo á mí mismo. Me causa miedo lo que me contestaría.

Harry se calló después de pronunciar estas palabras.

Juana fijó los ojos en él, y observó que su rostro estaba contraído por extraña impresión; otra se hubiera asustado de la expresión dura y casi amenazadora del rostro de Harry; pero aquella ambiciosa muchacha, tenía al menos la virtud del valor.

—¡Tened cuidado!—dijo tranquilamente.—¡Volvéis á lo trágico y á lo misterioso! ¡Eso es melodrama, y en estos tiempos de positivismo

los melodramas son en su mayor parte silbados sin piedad!

—¿Creéis eso, Juana? —dijo el joven con acento en que se notaban á la vez cólera y compasión.

—A menos que sean una novedad realmente extraordinaria y que conmuevan, hasta en las más íntimas fibras, el corazón del espectador. Pero ya no existen términos medios. Es preciso reír ó llorar, y yo no veo la catástrofe final.

—¡Es porque estáis ciega! —dijo Harry, deteniéndose bruscamente y cogiendo las bridas de *Perla*, que se encabritó.

El rostro del inglés estaba descompuesto por un acceso de rabia violenta. La calma irónica de la institutriz le había puesto fuera de sí.

Juana tuvo un estremecimiento de terror; pero no duró más que un segundo. Su orgullo se rehizo contra aquella debilidad pasajera.

—¿Qué queréis? —le dijo con sequedad.

—Quiero que os caséis conmigo.

La institutriz se estremeció, y como vacilase en responder, el más pequeño de los Steward dejó la brida de *Perla*, y un pliegue de sus labios expresó altiva sorpresa.

Juana, al ver que podía manejar libremente la cabalgadura, pensó en huir; pero el orgullo la clavó en su puesto. Permaneció sin moverse.

—Si es ese el objeto que perseguís—dijo el

joven—es preciso que seáis sincera. En París estaba tan loco por vos, que me hubiera encadenado por una eternidad, con tal de ocultaros á vuestros admiradores, como un avaro oculta su tesoro á la rapacidad de los ladrones. Ahora os conozco demasiado, y os hablo como á una coqueta vulgar. No soy más que un segundón, no tengo ni las ventajas ni las superioridades de mi hermano; pero aun tengo lo suficiente para haceros mi esclava.

Al oír estas frases, la institutriz pensó en vengarse en el momento y cruzar el rostro de su interlocutor con su látigo; pero el fuego, que había iluminado su mirada, se extinguió súbitamente.

—¿Creéis hablar á alguna de vuestras negras de las Indias, querido señor?—dijo subrayando estas palabras con una inflexión que envenenaba la herida.—Acaso os sirva eso para aprisionarlas. Por desgracia, nosotras las francesas estamos acostumbradas á otras atenciones, que sin duda han olvidado enseñaros. Os equivocáis en absoluto. Por muy Steward que seáis, me hubiérais ofrecido en París, ó en otra parte vuestro nombre y vuestra mano y los hubiera rechazado de igual modo que vuestras riquezas, sin reflexionar ni un segundo en el esplendor de tales proposiciones. Una broma de mal gusto, como lo es la amenaza, rompe para en adelante toda relación entre

nosotros, y hace tan grande el abismo que nos separa, como el lago que brilla á nuestros pies.

—¡Sea!...—murmuró Harry.—¡Que nos traque á ambos!

Y con un movimiento, más rápido que el pensamiento, se colocó delante de Juana cerrándola la retirada.

A derecha é izquierda de la avenida de los olmos, había una gran extensión de árboles, colocados como soldados en columna de batalla, que impedían por completo el paso á todo ser humano.

Frente á ambos jinetes, la estrecha avenida descendía casi á pico hasta las verdes aguas del lago, que dormían limitadas por una cintura de rocas.

Un caballo lanzado al galope sobre aquella vertiente abrupta, debía infaliblemente quedar destrozado y aplastar al jinete en su caída, ó si por casualidad llegaba al lago, perderse jinete y caballo en sus profundidades.

El inglés tuvo una maligna sonrisa.

—¿Me comprendéis al fin—dijo,—vos, á quien el Creador ha dado tanta inteligencia? No me costaría mucho trabajo morir, á mí, que no soy, después de todo, más que un desheredado de la naturaleza, de la familia y del amor.

Al decir esto, tendía el brazo hacia el lago; pero Juana no hizo un movimiento; ni un

músculo de su cara acusó la más ligera emoción.

—Tenéis valor—replicó;—esa es, sin duda, una de las razones por las cuales os amo tanto. Acaso hubiérais hecho agradable mi existencia. Hace mucho tiempo que la tengo aversión sin saber por qué. Porque, después de todo, mi condición es preferible á la de los cocheros de la Cité. Es, sin duda, el *spleen*, esa enfermedad británica engendrada por las tristes nieblas del Támesis, lo que me hace tal como soy.

¡No fui lo suficientemente loco, cuando os ví por primera vez, para imaginarme que el horizonte, que me parecía tan obscuro y tan desprovisto de todo atractivo, iba á iluminarse de alegres tintes de color de rosa!

Tuve algunos días de satisfacción que hubieran sido lo bastante á alegrar mis sueños de otro mundo, si, por el contrario de lo que afirman una multitud de materialistas, toda alegría no tuviera su sombra oscura en esta vida terrestre.

Cuando me atreví á hablaros, ví que la influencia de mi mala estrella persistía. Vuestras burlas crueles, vuestras frialdades desesperantes, contuvieron en mis labios la confesión del amor sin límites que vuestra presencia me había inspirado. Mis palabras desnaturalizaban el sentimiento de que mi alma estaba llena. Hubiera querido que ellas fuesen verdaderas caricias,

y, sin embargo, eran burlonas y llegaban hasta el insulto. Yo iba á vos soñando en una unión inefable, en la cual os lo hubiera sacrificado todo, entregado todo, y por misera irrisión, á vos, por quien yo sentía verdadero culto, á quien en mis largas noches de insomnio elevaba un altar en mi corazón, os hablaba como á una cortesana.

Efecto de vuestros desdenes, de los cuales me vengaba sin vanidad, sin reflexión, estúpidamente, elevando entre dos seres, nacidos para comprenderse, una barrera infranqueable, que lamento.

Juana iba á detenerle con un gesto, y acaso á protestar; pero Harry movió la cabeza, añadiendo:

—Os engañaríais á vos misma sin engañarme á mí. Deberíais, en lugar de perdonarme, cruzarme el rostro con el látigo. Sé hacerme justicia. Pero puesto que se ha perdido toda esperanza y que vuestra alma está para mí irrevocablemente cerrada, no quiero que pertenezcáis á otro. Esa es mi voluntad, clara y sencillamente expresada, y la única idea que veo clara en el desorden de mi cerebro. No he venido á Glenmore más que para que esa voluntad se cumpla.

Elegid, pues, ó me perteneceréis desde hoy, ó no perteneceréis á nadie; ¡aun estais á tiempo de decidir!

Se aproximó á Juana y cogiéndola por una de las muñecas, se la oprimió, mirándola al mismo tiempo con ojos en que brillaba la cólera y el deseo:

—Yo no sé si te odio ó si te amo—la dijo,—pero prométeme que no serás de otro, que sentirás algo de amor por mí, como recompensa á la idolatría de que serás objeto; olvida las palabras pronunciadas en la exaltación de mis celos, para no pensar más que en la existencia de cariño y de cuidados que yo te consagraría arrojándome á tus piés y jurándote amor eterno.

Si decides otra cosa, nadie podrá reparar el mal que tú hayas querido acarrearle, y los guardas de mi madre extraerán del lago, reunidos en la muerte, aquellos á quienes tu orgullo habrá separado en la vida.

La institutriz había permanecido un instante turbada por la violencia de las confesiones de Harry, é invadida por la vacilación; pero frente al peligro, su indomable orgullo y la aversión que sentía hacia el hermano de James Steward, triunfaron de la compasión que ante un dolor verdadero acaba siempre por sentir el alma de la mujer.

—¡Tragediante! —murmuró la joven, repitiendo la palabra histórica del Papa á Napoleón I.—No creo ni en vuestra sinceridad, ni en vuestras promesas. Desprecio vuestras ame-

nazas, no tengo nada de qué arrepentirme. He cumplido con los deberes que mi condición me impone, y no me inquieto por las pasiones verdaderas ó falsas que provoquen á mi alrededor.

—¡Tener cuidado, Juana!—dijo Harry, cuya cólera se exaltaba hasta el delirio.—¡Nuestra vida no pende más que de un hilo; no lo corteis.

—¡Habeis elegido bien el cuadro escénico—replicó con frialdad la institutriz.—El cuadro produciría el efecto de un drama en Covent-Garden ó en Drury Lane. Si os acomoda cometer un crimen, estais en libertad de hacerlo. Os juro que no haré ni un movimiento para impedirlo. ¡Dios os juzgará!

Estaba verdaderamente admirable, por su sangre fría y su soberbia resignación.

Ante aquel gran precipicio, á cuyo pie estaban, ni un pliegue de su rostro mostró la angustia que en los peligros inminentes oprime el corazón de los más temerarios; sus ojos conservaban en su mirada, la seguridad y la limpidez ordinarias.

Esta extraña muchacha, sabía que con una sola palabra que pronunciase, arrojaria á sus piés aquel amante exasperado y ni siquiera se la pasó por la imaginación el pronunciarla.

La vida era para ella un espectáculo que se había prometido hacer conmovedor y, actriz en aquel drama de amor, parecía ser tan solo espectadora indiferente.

Desdeñosa y provocativa, divinamente hermosa en su temible situación, acariciaba el flexible cuello de su yegua con el latiguillo y paseaba una mirada tranquila por el horizonte, que parecía prestarle pleito homenaje.

Harry, dirigiéndola una última y muda súplica, quiso apoderarse de una de sus manos, que ella, retiró con viveza.

—¡Me habéis tendido un lazo—le dijo.—¡Os tengo lástima! ¡Seriais un cobarde, sino estuvierais loco!

Se hubiera dicho que experimentaba gran placer en fustigar á su amante con sus sarcasmos, á fin de convencerse hasta que extremo podía llevarle.

No tuvo mucho que esperar para saberlo.

Harry rugió de cólera como un tigre herido y, pasando bruscamente el brazo por las riendas de la cabalgadura de Juana, hundió las espuelas en el vientre de su caballo y con la mano que le quedaba libre, castigó con vigor á la yegua que montaba Juana.

Ambos animales saltaron con rabia al sentir un castigo á que no estaban habituados y se lanzaron con la velocidad de una bala en la pendiente, que duplicó bien pronto su rapidez.

Su precipitado galope, franqueó enormes espacios con una seguridad que hubiera causado el asombro de un *sportman* habituado á los obstáculos de *Steeple*s.

Juana, inclinada hacia atrás, pálida y fría ante el terrible peligro, que era impotente para conjurar, se dejaba llevar como una de esas heroínas de las baladas de Escandinavia, con los cabellos flotando al aire y el corazón oprimido por la proximidad de la catástrofe final.

De repente, medio ahogada por la rapidez de la carrera, se tambaleó en su silla, y hubiera caído al suelo si Harry no la hubiera enlazado con su brazo derecho.

Ambos caballos se tocaron, siguiendo con una velocidad igual, arrastrados como una avalancha viviente sobre la vertiente cada vez más recta.

Llegaban á la explanada estrecha de rocas que domina el lago, cuyas claras aguas brillaban á treinta pies por bajo de la mole de granito.

Llegados allí, vacilaron, sin poderse detener, y emplearon sus fuerzas en un supremo esfuerzo.

Harry, que había abandonado las riendas de Perla para sostener á la joven, no pudo fustigar á la valiente yegua, cuyo pie se escurrió sobre la roca.

Dió un paso en falso y se destrozó la cabeza contra el granito; pero Harry, por un milagro de voluntad, sobreescitado por la rabia del amor que centuplicaba sus fuerzas, arrancó á

la institutriz de su silla en el momento en que Perla se abatía y, lanzado por un último esfuerzo de su caballo, saltó con ella en el abismo.

El agua se abrió produciendo un ruido siniestro al recibirle y les cubrió instantáneamente, sin que pudiera percibirse ni el menor resto de ellos.

El caballo había muerto como la yegua, rompiéndose el cráneo sobre una piedra á flor de agua, en tanto que el jinete y la joven, lanzados á gran distancia, habían desaparecido en el agua.

XIV.

Por una casualidad providencial, no habían recibido en su terrible caída herida alguna, ni el uno ni el otro.

El lago les había sido leve y el destino elemento.

Harry había querido morir y arrastrar consigo á la mujer á quien amaba y odiaba con igual ardor, á fin de no dejarla en el mundo para que fuera de otro más dichoso que él.

Pero cuando tuvo entre sus brazos aquel hermoso cuerpo inerte, cuyo calor le producía vértigos; cuando fijó su mirada en aquel admirable rostro de líneas puras y de piel tan transparente, que se veía correr la sangre por sus azules venas; cuando creyó oír, aplicando el oído al pecho de la institutriz, los más secretos latidos de su corazón, pensó que su vida le pertenecía si reparaba su obra salvándola: la idea de un crimen, en el cual no había pensado hasta entonces, germinó en su cerebro, en donde la lava de las malas pasiones hervía como la de un volcán en erupción.

Nadaba, desde hacía algunos minutos, sosteniendo fuera del agua la cabeza de la joven; sus fuerzas comenzaban á desfallecer. Lanzaba

miradas de desesperación á su alrededor, buscando un refugio que no veía.

El lago estaba bordeado, de la parte del bosque, por una verdadera rampa, á cuyo pie iba á estrellarse el agua.

Una imprecación de agonía se escapaba de sus labios, cuando, por fin, descubrió lo que deseaba.

A alguna distancia del sitio de la caída, una ensenada se descubría en la roca, cubierta por algunas plantas raquífticas que habían echado raíces en los intersticios de las piedras.

Harry, sin fuerzas, medio muerto por el cansancio, depositó en la ensenada su inerte carga, preguntándose con terror si no era demasiado tarde para arrepentirse.

Tendida Juana sobre el suelo tapizado de musgo, se arrodilló Harry á su lado, y con solicitud de amante, separó los cabellos de la joven, que estaban pegados á sus sienes. Su ropa, impregnada de agua, modelaba los contornos de aquel cuerpo de adorable perfección.

La asfixia había reclamado su parte en el accidente; el aire no penetraba en los pulmones de la joven.

Ella creyó, pues, perdida y colocando la cabeza sobre sus rodillas, la llamó con los más cariñosos nombres, tratando de volverla á la vida.

Juana, siempre inmóvil y helada, no volvía

en sí. Sus sueltos cabellos barrían el suelo.

Harry se irguió de pronto.

Una respiración semejante á la de un niño dormido pasó á través de los descoloridos labios de Juana. Poco á poco se agitó su seno y una especie de vapor rosáceo cubrió su rostro.

Harry, seguro ya de que estaba salvada, la dejó suavemente en tierra, y con los ojos fijos y convulso por el interior combate que libraba, se pasó varias veces ambas manos por la frente, como para lanzar de ella el pensamiento que persistía como una obsesión.

De pronto se estremeció; los ojos de su víctima estaban fijos en los suyos, y con voz débil como un suspiro, murmuró:

—¿Sois vos, Harry?

El inglés retrocedió como si la tumba hubiera hablado.

En aquel mismo instante una voz muy conocida para él, gritó desde la explanada de rocas que le dominaba.

Era miss Lucy, cuyo caballo se negaba á avanzar. Acababa de chocar con el cadáver de la yegua que obstruía el camino.

La voz de Harry respondió al grito de su hermana.

E inclinándose por encima de la balastrada gigantesca que impedía la aproximación al lago:

—Harry... ¡en nombre del cielo!—exclamó la joven.—¿Qué es lo que os ha sucedido?

En dos palabras puso á Lucy al corriente de lo que había pasado, refiriéndola lo ocurrido, sin manifestar las causas.

—Vuelve al castillo—dijo—y dí que nos envíen un coche, ó caballos. No necesitamos nada más.

—¡Dios sea loado!—dijo la joven miss—puesto que no hay que lamentar más que la pérdida de esos pobres animales.

Tomó al galope un sendero que seguía el borde de las aguas, y se dirigió á Glenmore, saludando con el látigo á los magníficos animales que habían pagado con su vida los furros de un Steward.

XV

Juana había vuelto en sí y recordando todo lo ocurrido se asombró de no encontrarse herida. Apenas si antes de precipitarse en el agua había tenido tiempo de aterrarse.

Ahora que el peligro estaba lejano, su corazón se sublevaba á la idea de que en un segundo hubieran podido destruirse todas sus esperanzas del porvenir, si ya que no había muerto hubiese perdido la belleza de que estaba tan orgullosa y en la cual fundaba su fortuna futura.

Miró á su alrededor y se dió cuenta de la escena que acababa de desarrollarse.

Estaba sola con Harry, pero ya no temía nada de él,

Su cólera debía haberse apaciguado, y se había apaciguado en efecto.

Harry sufría la reacción de sus violencias. Parecía abatido y casi arrepentido.

Estaba de pie ante ella en la actitud de un criminal que quiere obtener el perdón de un gran delito.

Juana comprendió que el momento era decisivo y que podía asegurar su dominio sobre aquella alma enferma, mostrándose indulgente.

Las mujeres perdonan sin trabajo los crímenes que el amor hace cometer.

—Harry—dijo con voz dulce, —debeis estar satisfecho porque vuestra voluntad no se haya cumplido en absoluto. Dios os ha ahorrado un gran remordimiento.

—No me agobieis con vuestras reflexiones. Había decidido morir y arrastraros conmigo á la eternidad. Creed que he querido morir con vos; me han faltado fuerzas para llegar hasta el fin. No sé qué misterioso poder ha dirigido mi mano; quería mataros y os he salvado. Me había apoderado de vuestra vida y os la he devuelto. Sin mí estaríais en este momento en el fondo del agua. Mi deseo se hubiera cumplido; jamás hombre alguno hubiera tocado vuestra mano, jamás otros ojos se hubieran fijado insolentemente en esa belleza todo poderosa. Me arrepiento de mi cobardía y si aún tuviese valor os arrojaría de nuevo á ese abismo de que os he sacado.

Se detuvo y dió algunos pasos sobre el estrecho espacio que les había recibido.

—¿Pretendeis amarme y hablais así?—dijo la institutriz.—¡Os compadezco, si el amor produce en vos tales efectos! ¡Debeis sufrir una cruel perturbación!

—¡Sí, sufro!—exclamó Harry.—¡Sí! ¡En vuestra indiferencia ignorais lo que es la terrible tortura de los celos! ¡Os lo juro, paso por

vos suplicios peores que los de la más terrible muerte! Ser destrozado por la punta de las rocas ó aplastado en una terrible caída, no es nada al lado de los dolores sordos é incurables que experimento. Desde el día en que he tenido la desgracia de encontraros en mi camino, he perdido todo imperio sobre mí mismo. De cerca ó de lejos, no pensaba más que en vos, no veía más que á vos, no quería más que á vos.

Jamás comprenderéis la malas ideas que han germinado en mi espíritu desde el instante en que habéis figurado vos en él. Mis mejores amigos se me han hecho odiosos, porque les acogiais con sonrisas que yo envidiaba. Mi hermano, á quien debería querer, puesto que corre por nuestras venas una misma sangre, puesto que hemos respirado el mismo aire y recibido iguales cuidados en la misma casa, es odiado por mí, porque será dueño algún día de los bienes que yo hubiera querido arrojar á vuestros pies, porque él tiene todas las seducciones y todas las elegancias, todas las ventajas del nacimiento, y hasta esa fútil y pasajera belleza que os subyuga y á la cual dais tanto valor. En la distribución entre nosotros, á mi me ha quedado la inferioridad y la fealdad. Le odio. ¡Soy muy desgraciado!

Juana se había sentado, y con la cabeza apoyada entre las manos, le escuchaba con visible compasión.

Animado por la triste sonrisa que veía dibujada en los labios de la joven, se puso de rodillas ante ella.

—Juana—la dijo,—ahora que conocéis mis miserias; ahora que habiéndoos arrojado en un peligro de muerte, he tenido la dicha de volveros á la vida, no me agobiéis con vuestro odio ó con vuestra indiferencia, más cruel aun. No veáis en mi extravío más que el poder del amor que me inspiráis. Si no podéis, y yo lo comprendo, resolveros á corresponderme, al menos tened para mí indulgencia y compasión. Sostenedme y reparad con vuestra clemencia el mal que involuntariamente me habéis causado.

Abrasadoras lágrimas corrían por sus mejillas. El remordimiento se había despertado en aquella alma ulcerada.

Juana le tendió la mano.

—Sois un niño enfermo—le dijo,—y no queréis curaros.

—¡Tan sólo vos podéis ayudarme á conseguirlo!

—Pues bien....

La joven se detuvo. Su pecho se agitó por un esfuerzo, volvió los ojos á otra parte y añadió bruscamente, y levantándose al propio tiempo:

—Trataré de hacerlo.

Evidentemente esta concesión costaba mucho

trabajo á la institutriz. Sus palabras se ahogaron en su garganta y la promesa llegó como un soplo á oídos de Harry.

Sin embargo, la había comprendido bien.

Estaba desconocido. El verdadero arrepentimiento que sentía, el valor que había tenido para mostrar sus verdaderos sentimientos á aquella á quien idolatraba; la satisfacción que experimentaba por haber aligerado la carga de los remordimientos, iluminaban su pálido rostro de una alegría singular y trasfiguraban pasajeramente su fealdad.

—Gracias— exclamó seducido por la dulzura de la joven.— Pero no es solo compasión lo que solicito, es amor también lo que espero. Prometeme reflexionar; no me perturbeis con esas burlas que me hacen perder la razón. Concededme el derecho de esperar en el porvenir, que vereis clara la sinceridad de mi amor. ¿Quereis?

La joven se apoyó en su brazo, y aproximando su cabeza á la de Harry con un movimiento lleno de gracia:

—¿Por qué no habeis hablado antes así?—le dijo.

A una milla de allí, una barca se destacaba, dirigiéndose rápidamente hacia ellos.

El reverendo Augusto Kindale la mandaba.

Cuando hubo llegado, dirigió una mirada circular á aquella escena y se estremeció al comprender la extensión del peligro que habían

corrido; abrazó á su discípulo, estrechándole contra su corazón; embarcó á los náufragos en su lancha y los condujo á un carruaje que les esperaba á corta distancia de donde saltaron á tierra.

—Hé aquí— pensaba mientras los caballos les llevaban hacia el castillo— uno de esos accidentes que no ocurrirían en tiempo de miss Catalina Krugerstein.

¿Cómo habían de ocurrir?

La pobre joven era tan distinguida en sus maneras como buena de corazón y rica de saber, pero de un aspecto capaz de asustar á un indígena del reino de Dakar, aspecto que es quizá la primera condición que debía exigirse á una institutriz.

XVI

El prodigioso salto dado por el menor de los Albany y su sangre fría ante peligro tan inminente, le devolvieron la estimación de los arrendatarios del dominio.

Se habló de esto con entusiasmo hasta en Perth. No hubo muchacha que al saber que él pasaba no corriese á la ventana á admirar al héroe de tan asombrosa aventura.

Harry hizo sin saberlo muchas conquistas que no conoció.

Lo feo de su aspecto desaparecía ante el prestigio que había adquirido.

Además era un Steward, y para las aldeanas era lo mismo que decir un príncipe de sangre real.

Debemos confesar que desde su explicación con la señorita Montaigu se había verificado un cambio completo en su manera de ser. Se mostraba más confiado y casi alegre. En su alegría no había conquistado la belleza de un Apolo, pero la mejoría se notaba bien.

Juana no decía ni sí, ni no.

Sin aventurarse más allá de las fortificaciones de una prudente reserva, sabía atemperar las fogosidades del joven, tan visibles como las llamas de un horno á través de las tinieblas de

la noche, con alguna ligera distinción, como una frase cariñosa, una mirada, tan grata al corazón de un enamorado como el bálsamo á los heridos.

El censor más exigente no hubiera podido reprender nada en la conducta de la institutriz; pero había renunciado á las frases ofensivas y á altiveces inútiles para con aquel espíritu irritable y sumiso en lo sucesivo.

Harry se contentaba con estas apariencias exteriores y entraba más y más de lleno en su pasión, esperándolo todo de su perseverancia.

A menudo, cuando en las largas *soirées del estío* los huéspedes de Glenmore se encerraban en el inmenso castillo, formando grupos como caravanas en el desierto, él permanecía apoyado en el piano, escuchando á la hermosa francesa, que recorría los antiguos clásicos, Hummel, Clementí ó Dussech, ó suspirando, con su voz, más espiritual aun que melodiosa, los tiernos ó galantes aires tomados del repertorio de las óperas cómicas, desde las timideces de Dalayrac y de Gréty, hasta los licenciosos *couplets* de las operetas á la moda.

Harry era, pues, casi feliz. No veía más que de lejos la tierra de promisión; pero más favorecido que Moisés, esperaba entrar en ella algún día.

¿Cuándo y cómo?

No lo sabía.

Juana defendía vigorosamente las fuerzas de la plaza y no aventuraba más que las avanzadas.

De una y otra parte se guardaba silencio acerca de la capitulación definitiva, y se sacaba partido de las ventajas ganadas ó perdidas. ¡Resultado extraño de los feroces juegos del amor!

Harry, que se absorbía en la contemplación de una mujer que no le amaba, y que se contentaba con las falaces esperanzas que ella le dejaba concebir, sin autorizarlas, tenía á dos pasos de sí á una encantadora joven que suspiraba noche y día por él.

El administrador principal del dominio, vivía cerca de una milla de distancia del castillo, en una casita aislada y muy artísticamente dispuesta.

Rob Freeming era un servidor á toda prueba de la familia de Albany, un intendente de la vieja cepa, de la buena.

Gozaba de la confianza de la duquesa, y la merecía.

El aspecto de un magistrado, la gravedad de un ministro y la probidad de un patriarca, residían en él.

Iba á menudo á Perth ó á Londres, en donde tenía asuntos de gran interés, y dejaba entonces á su hija única, Mary Freeming, bajo la guarda de una anciana ama de llaves, que

reemplazaba á su madre, que había fallecido hacía bastantes años.

Mary era una adorable criatura de diez y seis años, una rubia encantadora y graciosa como todas las escocesas de su edad, que saben que son bonitas.

Profesaba gran respeto á la gerarquía y no concebía que hubiera en el mundo nadie superior á los Steward.

Se había acostumbrado desde pequeña á mirar furtivamente al único de sus señores que honraba á Glenmore, permaneciendo en él algunas temporadas. Además, ¿no estaba en la edad de los arranques irreflexivos?

Por la tarde, cuando estaba sola á la ventana, contemplando la puesta del sol á través de los claros que dejaban los plátanos ó los sicomoros del parque, sus grandes ojos, de un azul claro, se llenaban de lágrimas, cuya causa no sabía explicarse.

Si Harry pasaba cerca de ella, tocando ligeramente la ropa de la joven ó acariciéndola el rostro, la decía con aire distraído.

—¡Hola, Mary! ó ¿Cómo está Freeming, monina?

La joven quería responder y no conseguía que las palabras pasaran de su garganta; pero cuando el indiferente estaba ya lejos, se ocultaba detrás de los árboles y le enviaba un beso, del cual no hacía caso el ingrato.

Se hubiera asombrado mucho si le hubieran dicho que Mary tenía los cabellos más hermosos que había en Escocia, un cuerpo de una elegancia y una delicadeza que no tenían semejanza, una epidermis tan fina como la seda y unos ojos capaces de hacer soñar al más indiferente.

Si se hubiera añadido que Mary tenía una voz encantadora y que cantaba admirablemente las baladas de Moore, hubiera contestado que á él qué le importaba todo eso y que una sola voz en el mundo tenía el don de conmover las fibras de su alma.

Después del accidente de Aberfull, Mary padecía y perdía el poco buen humor que le quedaba desde el regreso de Harry al castillo.

Con la doble vista de los enamorados, había adivinado un drama de amor en aquella catástrofe.

Disponiendo de entera libertad para recorrer los bosquecillos del parque, se había ocultado entre ellos á menudo, menos por espiar á Harry, que por contemplarle á su gusto, y entonces había sorprendido ciertos signos de inteligencia, que eran lo bastante á aumentar su inconsciente pasión, por una rivalidad que la exaltaba y la hacía más interesante.

No tenía para defenderse de ella ni la edad de Ketty, ni la firmeza de la institutriz. Esta-

ba entregada por completo á aquel pensamiento que la dominaba arrastrándola hácia el objeto de su preferencia como el polen de las flores, llevado por las brisas de junio hacia las enamoradas corolas que le esperan.

Tres amores se agitaban en Glenmore, suaves ó violentos, sinceros ó calculados, cuando el mes de setiembre, es decir el mes de la caza y de las reuniones del campo, llevó allí una nueva colonia que cambió aquella soledad en un lugar de tumulto y de placeres y el salón del castillo, silencioso y triste, en una sala de brillantes fiestas, llenas de ruido y de alegría.

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS
Año 1925 MONTEPEL, MEXICO

XVII

La duquesa estaba como hundida en un gran sillón, que tenía las armas de la corona de Escocia: los de Albany eran primos de María Estuardo.

Ketty entró sin producir el menor ruido, y la entregó una carta, en cuyo sobre conoció la letra de su noble y vagabundo esposo.

La abrió sin precipitación y arrojó el sobre á la chimenea,—en la cual, á pesar de la época del año en que esto acaecía, algunos carbones ardiendo se cubrían de cenizas de un blanco rosado—y con mirada distraída recorrió las cortas líneas que la traían noticias que ella no pedía.

«Mi querida Herminia.»

Se detuvo.

—¡Mi querida Herminia!—dijo.—¡Qué ironía! ¡Mi querida martirizada! ¡Mi querida abandonada! ¡Mi querida reclusa! En fin... pasemos adelante; lleguemos á los tigres y á los elefantes.

«Ha llegado la época de la caza.»

En efecto.

«Pienso que James va á organizar algunas batidas á esos inofensivos ciervos que se crían

cerca de vos. ¡Qué placer experimentarí yo en formar parte de esas distracciones!»

Dejó caer la carta al suelo.

—¡A qué seguir leyendo! ¡Acaso no sé qué es lo que le preocupa? Milord de Albany lamenta estar separado de sus aves y de sus animales! ¡Lo demás no le importa! ¡Que le contesten ellos!

Empujó con la punta del pie el papel sobre los carbones; el papel se inflamó, y sus restos, constelados y luminosos, se elevaron para volver á caer dentro de la chimenea.

Después de esto, la duquesa cogió de una copa de plata sobredorada, cincelada por Meurice, otra carta, que leyó con avidez.

«Querida y adorada madre:

»Salimos para esa. Llevo para distraerte una multitud de aturdidos, á mi imagen y semejanza. Vamos á dar un poco de animación á tu vida solitaria. Me entusiasmo á la sola idea de las buenas expediciones que vamos á emprender, y sobre todo á la idea de depositar en tu frente pálida el más dulce, el más afectuoso y—perdóname querida madre la irreverencia de la expresión,—el más tierno y amoroso de mis besos.

»Tu

»JAMES.»

«P. D.—Poned, mi señora duquesa, la casa sobre el pie de la mayor magnificencia. Entre nuestros huéspedes, os anuncio al muy alto, poderoso y despótico príncipe, Rama Sahib; rajah de Freypour; mi ilustre padre me recomienda que haga formar á su amigo el príncipe indio, una gran opinión de nuestra vieja Inglaterra y cuenta con vuestra bondad para corresponder á las atenciones de que el rajah le ha colmado en Freypour. Otro beso en vuestras bellas manos y, hasta bien pronto, querida y buena madre.

»J. S.»

Besó por largo rato el papel, que la traía de París la prueba de ese amor que consuela á las madres de la pérdida de los demás amores.

—¡Ketty!—dijo.

La doncella apareció.

—Es hoy, Ketty, cuando sir James debe llegar.

—¡Ah! tanto mejor milady.

—¿Dices que tanto mejor? Ketty.

—Oh! si milady.

Se notaba una gran satisfacción en el acento de la doncella, pero la duquesa no le dió importancia.

Juzgaba muy natural que la llegada de su hijo preferido alegrase toda la casa.

Pero sentía gran necesidad de hablar de él.

—¿Y por qué tanto mejor, Ketty?

—Porque eso agradará, en primer lugar á la señora duquesa...

—Es verdad. ¿Y en segundo lugar?

—A todo el mundo, milady. Cuando Su Señoría está aquí, el país está en constante fiesta. Los aldeanos tocan sus instrumentos, las jóvenes danzan con sus trajes de día de fiesta; parece que él nos trae la primavera, el sol y las flores.

La madre escuchaba con arrobamiento las palabras entusiastas de la Escocesa. Su rostro brillaba de alegría. Se había rejuvenecido diez años.

Ketty continuó:

—Que milady no se ofenda, si la digo que ella también parece otra desde que su hijo anunció su llegada. Y esto no es sorprendente, porque es tan bueno, tan alegre y tan hermoso!

—Tienes razón Ketty, James es hermoso y bueno, y puesto que le quieres tanto, corre y adviérte que se le reciba dignamente. Dí también al jefe de la cocina, que se esmere. Van á llegar invitados de la mayor distinción, entre ellos un príncipe indio.

—¿Un príncipe indio, milady? ¿Y qué es eso?

—Eso, Ketty, es un soberano que depende en parte de la tutela de la reina; pero, en fin,

es un soberano, del país de los diamantes y de las perlas. Un príncipe de las *Mil y una noches*. Trata de que Glenmore no nos haga avergonzarnos ante él. Es lord de Albany quien lo quiere así y es preciso —añadió con cierta melancolía— que sea obedecido en un todo.

La doncella salió precipitadamente.

En un momento comunicó la noticia á toda la casa, que se llenó de ruidos y de animación.

La llegada de Harry se había verificado en silencio y casi sin que nadie se enterase; pero ahora pasaban las cosas de otro modo.

Aunque el mismo príncipe de Galles hubiera anunciado su visita, no se hubieran hecho tantos preparativos.

Palafreneros, cocheros, todo un mundo de gente de cuadra, pasaba revista á los arneses y caballos y frotaba las cadenas de acero y los adornos de cobre.

La gente de cocina preparaba las provisiones necesarias para los grandes festines que habían de celebrarse.

Los jardineros arreglaban las avenidas del parque y hacían á los macizos una rápida *toilette* de gala.

Las doncellas limpiaban y disponían todas las habitaciones.

Los lacayos llevaban cargas de madera á las inmensas chimeneas, y las disponían artísticamente sobre los limpios y dorados morillos.

Era un vaivén prodigioso, semejante al de un hormiguero, sobre el cual una banda de voraces faisanes se hubiese lanzado de improviso.

Harry contemplaba desde su ventana, con el corazón oprimido, aquella insólita agitación.

—¡Cómo se conoce— pensaba con amargura, que llega el amor! ¡Aquí todo le pertenece: las piedras del castillo, los campos y los pastos, los servidores, los bosques en que yo me paseo, todo, hasta el agua de los lagos, hasta las carpas, á las cuales arrojo yo un pan que se me da por caridad en la casa de mis padres!

Y desmigó con despechó el resto de un pastel que distribuía á los peces del estanque.

En el mismo momento, una voz fresca y joven, que salía de entre un macizo de magnolias, lanzó á los aires sus argentinas notas.

Harry, que se alejaba ya, volvió á la ventana y apoyó los codos en ella. Entonces vió á Mary, que con los ojos bajos y el aspecto triste y doliente, se aproximaba al agua.

Había llorado. Por sus húmedas mejillas corría aún alguna lágrima, perla límpida que se escapaba de sus ojos de diez y seis años, como las gotas de rocío que un rayo de sol adora por la mañana.

Por primera vez se fijó Harry en que Mary era gentil y no carecía de encanto.

La llamó cariñosamente, y encendiendo un cigarrillo:

—Mary—la dijo—¿tienes penas, hija mia?
¿Cómo es eso?

Sorprendida por esta pregunta, la pobre muchacha se puso muy colorada.

—No tengo penas—respondió.—Vuestra Señoría se equivoca, os lo aseguro.

Se esforzó en comenzar de nuevo la canción, pero su corazón latía con gran violencia bajo las curiosas miradas de Harry y no pudo continuar.

—Mientes,—la dijo.—Tienes los ojos muy colorados y las lágrimas corren aún por tus mejillas.

Se llevó el pañuelo al rostro, con un movimiento rápido, como una colegiala sorprendida en falta.

—Ya ves que tengo razón—replicó Harry.

—¡Ea! sé sincera y confíame tus penas.

—¡No las tengo!

—Sí, sí; se te habrá muerto alguno de tus canarios.

—Todos están vivos y hermosos.

—¿Todos?

—Sí, Señoría.

—Vamos; entonces será tu hermoso guacamayo el que está enfermo. ¿Sabes el que digo? El colorado y azul, que te traje yo de Gosée.

—Está bueno en su jaula.

Su acostumbrada alegría se mostraba de nuevo; aquella alegría que experimentaba

cuando no sufría su corazón; se sonrió, mostrando sus dientes finos y admirablemente colocados.

—Os burlais—dijo—y teneis razón; pero me tratáis como á una niña, y en eso no la teneis; soy ya mayor. ¿No lo habeis notado?

Y su mirada, llena de caricias, parecía decir:

—¡Pero, ingrato, miradme; veis que pienso en vos, que vengo á vos y pasais á mi lado, sin pensar más en mí que en la flor que aplastais á vuestro paso.

—¡Calla, calla, es verdad, Mary—dijo el joven soltando la carcajada;—he aquí un fenómeno admirable que yo no sospechaba!—Eres ya mayor y, ¡Dios me perdone! te estás volviendo muy guapa. Habeis hecho bien en llamarme la atención, miss. En verdad mi buena y pequeña Mary, que estaba tan habituado á considerarte como á una niña, que no se me hubiera ocurrido jamás que tus dieciseis años hubieran llegado tan pronto. Tienes ya dieciseis años, ¿verdad?

—Y cuatro meses.

—¡Bien! ¡No olvidemos los cuatro meses! ¿De modo, que son dieciseis años y cuatro meses. Convenido. En lo sucesivo, Mary, si me muestras contigo irreverente, por olvidar que tienes dieciseis años y cuatro meses, llámame al orden y al respeto de esa gran edad. Pero vamos

á ver, monina, noto que eres muy elegante. Vuélvete un poco, que te pueda ver de perfil.

Se puso los lentes y la contempló con curiosidad.

La joven obedeció con graciosa y modesta coquetería.

—¡Perfectamente, hermosa! tienes un talle admirable y sabes muy bien agitar la cola de tu traje; tus movimientos son ágiles; tus mejillas tienen un color demasiado vivo; pero este color palidecerá acaso pronto; tienes hermosos ojos azules y cabellos dorados como la aurora.

Has hecho bien en hablar. ¡Ea! vete á tus asuntos, hija mia. Vuelve á tus muñecas que te llaman, y no olvidaré que eres ya una señorita.

—Qué bromista es Vuestra Señoría. ¡No me habláis en serio!

—¡Ya lo creo que os hablo!

—Decís que no soy fea y no creéis lo que decís.

—Si, Mary, sí.

La joven hizo una estraña mueca.

—Nó—repitió—nó. Si lo creyerais no me tratariais como me tratais. No habláis así á la señorita Montaigu cuando se pasea con vos por el bosque. ¡No hubiera sido á mí á quien hubiéseis sacado del lago, á costa de tantos riesgos, si hubiese caído en él con vos!

¡Calla, calla!—pensó para sí Harry, á quien

esta reflexión abría los ojos—¿á que está celosa esta muchacha?

—Es más hermosa que yo la señorita Montaigu—replicó Mary animándose—pero ella no os ama!

—¿Y tú me amas, picarilla?—preguntó Harry de pronto.

Mary palideció y apoyó su frente en la piedra de los balaustres para ocultar su turbación.

Harry contemplaba, con el asombro de un lapidario que viera convertirse bajo sus dedos el cristal en diamante, los rizos que adornaban la nuca de Mary, nuca que era de una blancura deslumbradora; estaba asombrado de la esbelta elegancia de aquella niña, que en su inespereciencia, dejaba escapar la confesión de un sentimiento que habia sido impotente para contener y se lamentaba de no haberse fijado antes en las gracias de aquella adorable criatura, que le manifestaba, sin calculo y sin reservas, la inclinación que sentía hacia él.

—Mary—la preguntó—¿no te ha dicho hasta ahora nadie que eres muy bonita?

Ella levantó la cabeza y fijando en él sus grandes ojos llena de sorpresa:

—¡Oh, no, Señoría! ¿Quién se habia de fijar en mí en Glenmore?

—Pues, mi querida niña,—añadió con intención—ten cuidado, oirás muchos cumplimientos dentro de algunos días.

—¿Por qué?

—Ya sabes que mi hermano, su alteza James Steward, llega hoy. ¡Eso es un acontecimiento que se conoce en los preparativos que se hacen para recibir á ese único y poderoso soberano!

—¿Es verdad!

—Trae consigo una multitud de personajes de la más alta sociedad, que como no sabrán en que ocuparse, te harán la corte y darán vueltas como leones rugientes alrededor de tus diez y seis años y cuatro meses. ¡Vas á ser feliz!

—¿Cómo eso, Señoría?

—Porque siempre es agradable á una joven como tú de diez y seis años y...

—Cuatro meses, ¿qué ganas teneis de burlaros!

—¡Dios me guarde de ello!... Oír palabras de amor, dichas por jóvenes elegantes, que suspirarán en todos los tonos «¡Qué linda sois, miss!» ó «¡Qué ojos tan hermosos tenéis!» ó «¿Queréis permitirme que os acompañe á los bosquecillos, miss?»

—Yo no les escucharé, Señoría?

—¿Por qué?

—¿Para qué quiero escucharles, sino les amo?

—Eso es una razón; pero te agradarán si son guapos, graciosos, atentos, generosos y galantes.

—Nó.

—Entonces, Mary, eso significa que el puesto está ocupado en ese corazón de...

—¡No digáis la edad, por favor!

Le dirigió una mirada, velada por sus largas pestañas, y huyó como una cabra, dejándole adivinar esta única palabra, que se abrió tímidamente paso entre sus labios de color de rosa:

—¡Sí!

Cuando la joven hubo desaparecido detrás de las magnolias, Harry cerró la ventana y se repitió varias veces esta exclamación:

—¿Me amaré acaso?...

Después bajó al salón y oyendo tocar el piano á Juana, olvidó su conversación con Mary, olvidando también á todas las muchachas, de dieciséis años y cuatro meses, del universo.

XVIII

A eso de las siete, en una de esas mágicas tardes de setiembre, que son quizás las más hermosas del año, para los aficionados á los colores suaves y los horizontes luminosos, un ruido de coches y el galopar de numerosos caballos, se hizo oír bajo las bóvedas que dan acceso al patio principal del castillo.

Tres breacks de cuatro caballos, guiados el uno por James Steward, el segundo por el marqués de Riozarés, y el tercero por el conde de Mortcerf, se detuvieron en fila al pie de las escaleras del vestíbulo de Glenmore.

Era un cuadro digno de tentar el pincel de los artistas del *sport* y de la *high life*.

Nadie podía negar su admiración á aquellas masas de granito, con sus torres elevándose sobre las profundas aguas y sosteniendo á gran altura sus puntiagudos tejados con enormes veletas; sus murallas llenas de ventanas, curiosamente esculpidas, y sus pabellones cuadrados ú octogonales, formando una pintoresca é imponente vista.

Desde las ventanas, contemplaban los criados á los recién venidos, y de todas partes los lacayos se apresuraban, con ese tacto inglés que guarda las distancias, á atender á las necesi-

dades de los forasteros.

Y en medio del patio, los soberbios caballos de Cleveland, que no tienen rival en el universo, permanecían orgullosamente fijos sobre sus nerviosas piernas, mostrándose á la vez activos y dóciles, como servidores que eran de casa verdaderamente real.

Hasta el mismo Oriente había prestado la magia de sus costumbres, y de sus brillantes telas, á aquella página artística. En el primer coche, Rama Sahib, acompañado de su secretario y de dos oficiales de su casa, llevaba á Glenmore un destello de los esplendores de su país.

El rajah de Freypour estaba envuelto en una especie de túnica oscura guarnecida de pieles. Una soberbia esmeralda brillaba en su gorro.

Era un hombre joven aún, de tez bronceada por el sol de las Indias, con los ojos medio apagados, por la costumbre de esa vida oriental que gasta los más robustos espíritus, ó quizás —no se podía adivinar apenas el secreto de aquel príncipe, cuya sagacidad era proverbial— por la voluntad de mostrarse impenetrable.

No permitía á nadie que pudiera leer á través de aquellas ventanas del alma, por las cuales observaba á los demás, sin consentir que se le interrogase á él. Sus rasgos, de una gran

distinción, no tenían nada que recordase el tipo de los calmucoos ó de los turcomanos.

Era tal como suele uno figurarse á los primeros emperadores bizantinos. Sus cabellos, negros como el ala de un cuervo, estaban separados por una raya parecida á la de los jóvenes elegantes del boulevard.

Llevaba en el dedo anular de la mano derecha, un diamante tan grueso como la piedra de un anillo de obispo.

James se volvió hacia él y le dijo:

—¡Príncipe, estáis en vuestra casa!

El rajah le contestó en el más puro inglés que se ha pronunciado en Kensington.

—Os felicito, es una morada verdaderamente real.

Y como la duquesa llegase en aquel momento á la plataforma de la escalera, Rama Sahib se dirigió hacia ella y la besó la mano, con la galantería respetuosa de un noble de los pasados tiempos.

—Tengo una gran satisfacción, milady—le dijo—en recibir hospitalidad en la casa del mejor de mis amigos de Inglaterra.

Mortcerf, el brillante *sportman*, contemplaba lleno de satisfacción, aquel magnífico espectáculo, y Riozará pensaba que tenía aún mucho que perfeccionar en su casa, cuando fué invenciblemente llamada su atención por una aparición que para él, admirador apasionado

de las bellezas femeninas, valía más que todos los paisajes, los castillos, las flores exóticas, los caballos y los carruajes mejores del globo.

Lucey acababa de reunirse á su madre.

También estaba allí el reverendo Kimdale, como un maestro de ceremonias, para presidir la recepción de los huéspedes de la castellana.

XIX

Si Riozarés había sentido á la aparición de Lucy una repentina é irresistible simpatía hacia ella (y el amor no es otra cosa que el cambio de una corriente cuya esencia nos es desconocida; pero que se establece á veces en el momento en que pensamos menos en ella, y nos hiere con el poder de la electricidad), uno de los recién llegados, y no el menos espiritual, Pedro Courcelles, hijo único del riquísimo banquero parisiense, heredero al cual una inmensa fortuna daba acceso y derecho á ser recibido en la más alta sociedad, se encontró, naturalmente inclinado hacia el buen vicario de Glenmore. Apenas había descendido de su breack, saludado á la duquesa y terminado la presentación, cuando ya se paseaba del brazo del reverendo clérigo, en tanto que su ayuda de cámara iba á reconocer el departamento destinado á su amo.

Courcelles y Kimdale habían sentido el uno hacia el otro una amistad que no debían olvidar nunca.

Era, para emplear los términos bastante oscuros de Stendhal, el golpe de un rayo y la cristalización de la simpatía.

Algunos minutos después, James estaba en-

cerrado en las habitaciones de su madre y sentado sobre un cogín á sus pies.

La había besado con mucho cariño.

— ¡Querida madre—la decía— ¡estais tan joven y tan bella como siempre!

— ¡Adulador!—respondía ella— pero aun cuando dijérais la verdad, ¿de qué me serviría?

Todos sus dolores de mujer, se resumían en aquella frase tan corta y tan sencilla.

James guardó silencio.

— He recibido una carta de vuestre padre esta mañana—replicó la duquesa,—en ella manifiesta su sentimiento por estar lejos de nosotros.

— ¡Cómo le comprendo!—exclamó James, estrechando las manos de la duquesa entre las suyas.

— ¡Oh! no es por lo que vos creéis—se apresuró á decir la duquesa.—Se va á cazar aquí sin él y esto es para él un desastre. Lo demás le tiene sin cuidado. Pareceis contento, hijo mío, ¿lo estais en efecto?

— ¿Como no he de estarlo? ¿No tengo vuestro cariño? ¡Oh! ¡la más amable de las madres! ¿No sé firmemente que de cerca ó de lejos nuestros corazones piensan del mismo modo, que encierran el mejor de los amores, y que si tenemos algun disgusto, nuestro eterno y vivo afecto está siempre para contentarnos? ¡Querida madre, esto es más de lo que necesito pa-

ra ser dichoso y si me quejara sería un ingrato para con Dios!

Y la abrazó de nuevo, como un amante lo hubiera hecho con el idolo de su corazón.

La duquesa pasaba generalmente por tener el corazón seco; sin embargo, de sus ojos corrían abundantes lágrimas de placer; una belleza conmovedora y sobrehumana, la belleza de las madres satisfechas, iluminaba su rostro de rasgos finos y delicadamente cincelados en delicado cutis.

Alma tierna y sencilla, petrificada por la abnegación y el deber, se había entregado con todo su corazón á un esposo, amigo de los placeres y de las diversiones extravagantes, que no había comprendido sus distinciones ni sus raras y preciosas cualidades.

Como diamante de gran precio, había caído en manos de una persona incapaz de apreciar su valor.

Lord Steward hubiera sacrificado á la mujer más hermosa, por un caballo capaz de ganar un gran premio, por un par de podencos ó de *pointers*, habría dejado pasar la hora tan deseada por los amantes en que pueden hablar á solas con su prometida, y prefería una riña de gallos, á la exhibición de los coristas de la Opera.

Su deseo en España hubiera sido asistir á una corrida de toros, en Niza tomar parte en

el tiro de pichón, en Rusia en una caza de osos, y en las Indias en una batida de tigres en los bosques.

Otros viajan para admirar las mujeres de todos los países, las morenas andaluzas, las Slavas blancas como la nieve, las Georgianas de admirables formas y las del resto del mundo, todas notables por alguna particularidad. Él no se ocupaba de ellas, más que en sus ratos de ocio y como para procurarse una distracción pasajera, de que no había de tener para que volverse á acordar.

No soñaba más que con los perros, con los caballos, las balas explosivas y las emboscadas originales, dispuestas contra animales, valientes ó peligrosos.

Había envidiado el calificativo de excéntrico de primer orden.

Y lo había conseguido.

Su vanidad debía estar satisfecha.

Aparte de su incurable egoísmo, no era persona despreciable.

Gran señor de antiquísima familia, era incapaz de una acción poco delicada ó indigna de su condición.

Sin embargo había cometido un verdadero asesinato moral; el de la mujer á la cual había prometido ayuda y cariño al pie del altar: de la esposa á la cual la debía todo sin haber pagado nada.

James era el único que había comprendido los sufrimientos de su madre, y con una dulzura y una delicadeza infinitas, se había esforzado en atenuarlos con sus caricias y sus consuelos. Con el tacto de un acabado diplomático, en las negociaciones cuyo secreto quiere guardar, evitaba hablar de su padre, no queriendo ni faltar al respeto que le debía, ni herir los sentimientos de su madre, lastimada en el alma por un abandono casi absoluto.

El heredero de Albany era una excelente persona: rubio, alto, robusto, decididor, galante, verdadero niño pródigo del dinero y del amor, derramando por todas partes sus veinte años, su oro, sus riquezas, su elegancia y todos los dones que un hada bienhechora había depositado con profusión en su cuna.

Era bueno naturalmente; pero la bondad es fácil á los que no conocen de la vida más que sus esplendores y sus placeres, su ostentación y sus prosperidades; á los que nada tienen que envidiar á nadie, pisan mullidas alfombras, viajan en silla de postas ó en *sleeping car*, se envuelven en pieles ó en seda, comen en vajilla de plata, cenan bajo los destellos de mil luces, al lado de las más hermosas hijas de Eva, sin cuidarse de los acreedores, del frío, del calor, de la nieve ni de las heladas.

La comida estaba servida y la campana lo anunció así.

La duquesa tomó el brazo de su hijo, y apoyándose en él, bajaron al comedor.

Se detuvieron en la meseta de la escalera.

James se aproximó al oído de su madre:

—¿Qué tal la señorita Montaigne?—preguntó.

A esta pregunta, la duquesa se volvió:

—¿Conoces á esa joven?—dijo.

—Mucho. ¿Cómo se conduce?

—Bien. Estoy muy satisfecha de ella. ¡Tiene un tacto exquisito, una distinción superior, una bondad natural y sin afectación y gran modestia en sus maneras!...

—En fin, madre, que es el resumen de todas las perfecciones femeninas.

—Perfecciones, no; calidades, sí.

—¡Lo reúne todo! ¡Esa encantadora os ha hechizado!

—Es verdad. Unicamente el reverendo Kimdale es quien aquí se muestra rebelde á la seducción.

—Es su deber—dijo James sonriendo.

—Preferiría á miss Catalina.

—Por su figura. No rinde culto á lo bello.

—Nó. Cree que es peligrosa. Una persona de tal hermosura es, según él, causa de disensiones en las familias. Así es que no olvida el espantoso accidente de hace seis semanas.

—Sí, ya sé; el de los caballos desbocados y detenidos precisamente en el momento en que menos se podía esperar.

—Si. El reverendo Kindale vé en eso...

—¡Un milagro tal vez!

—No; un motivo de inquietud para el porvenir.

—Inquietud que olvidará bebiendo unas copas de champagne, ó digiriendo un *puding*.

—¡Tomas con mucho calor la defensa de la señorita Montaigu!

—Como debe tomarse siempre la de las jóvenes que son bonitas, buenas, alegres y francas. Las señoritas que tienen esas cualidades no son las más temibles. ¡Buena cara, indica buena conciencia!

—Tengo una satisfacción en estar de acuerdo con vos, mi querida James; en verdad que no he esperado á que llegárais para saber apreciar á vuestra protegida.

Las puertas del comedor estaban abiertas.

La mesa, situada en el centro, con su servicio de plata resplandeciente, parecía luminosa; el decorado de la sala era admirable por su lujo y su artístico esplendor.

Los convidados estaban en plena luz y en primer término y los servidores en una discreta penumbra.

Mortcerf, Riozarés y Courcelles, no pudieron, á pesar de estar habituados á las elegancias de la vida aristocrática, contener un murmullo de satisfacción al entrar en aquel admirable comedor.

La comida fué muy alegre.

La duquesa estaba llena de satisfacción.

Estaba rodeada de una cohorte admirablemente compuesta.

Por parte de las mujeres, Lucy, con su maliciosa coquetería, y la institutriz con su aspecto de dama de honor de una reina, eran el vivo contraste, la una de las superioridades de la otra.

Entre los hombres, Harry era el único que por su aspecto sombrío prestaba sombra al cuadro.

JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFREDO RÍOS"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

XX

Harry estaba evidentemente irritado, por ver el dominio, en que reinaba como dueño absoluto algunas horas antes, invadido por aquellas gentes de maneras altivas y conquistadoras, dotadas de todas las habilidades y de todas las audacias, y por consecuencia temibles en sus empresas, fáciles de prever.

No había olvidado las intimidades de los recién llegados, en casa de la duquesa de Rochemaure, en la avenida Friedland, y temía que la soledad de Glenmore les prestase nuevas audacias. Los bosquecillos del parque, los rincones sombríos de los corredores, los paseos por el campo, todo contribuía á excitar su asustadiza imaginación. Estaba furioso al ver á todos aquellos jóvenes que comían en la misma mesa que la institutriz, de la cual estaba cada vez más enamorado.

Sin embargo, las tristes reflexiones á que se abandonaba, y su aspecto, cada vez más sombrío, no contribuían á disminuir la alegría de convidados, radiantes de satisfacción por hallarse después de un largo viaje, en un castillo hospitalario y soberbio y en medio de una naturaleza tan pintoresca. Gozaban, por adelantado, de las distracciones maravillosas, de las

cacerías dignas de príncipes, de las comidas succulentas, y en fin, de todos los placeres que veían en perspectiva, en una morada en que todo se hallaba acumulado para el encanto de los ojos y del espíritu.

Pero el que estaba verdaderamente á su gusto en aquel medio confortable y halagador, era el reverendo Augusto Kimdale.

Se extasiaba ante el asado, que estaba en su punto y regado por una salsa untosa que le hacía relamerse; ante el *pudding*, de una confección superior, y que mistres Kimdale no hubiese preparado mejor, á pesar de ser una especialidad en esto.

El digno vicario era completamente feliz.

Veía ante sí una larga perspectiva de festines, á los cuales era tan aficionado, y una serie de conversaciones salpicadas de frases del mejor gusto.

Contaba también con aventuras de caza y grandes fiestas en el lago.

Sonreía á la duquesa con su bonachona sonrisa, y sus ojos iban de uno en otro, fijándose en los tres Stewards, que mostraba con orgullo á su madre.

—¡No falta aquí más que un miembro de la familia!—le dijo en voz baja.

Lady Steward hizo un gesto reservado.

—¡Es el destino quien así lo quiere!—dijo.—
¡Seríamos demasiado felices!...

Durante la comida, Riozarés, cuyo corazón permanecía rara vez sin un objeto que sirviera de alimento á su actividad, consideraba atentamente á miss Lucy. La joven inglesa se prestaba con gracia á este examen. Ninguno de los movimientos de su admirador escapaba á sus miradas.

Cuando se levantaron de la mesa, al son del himno nacional, con el cual una media docena de aldeanos ocultos en los bosquecillos, saludaba á los huéspedes de la duquesa, el marqués ofreció á la señorita de Albany su brazo, que ella aceptó con apresuramiento.

Formaban la más completa antítesis. El español representaba á los países del sol, y Lucy á las tierras del Norte con sus muchachas de tez y de cabellos pálidos. No se parecían más que en una cosa, invisible para los indiferentes: en el brillo igual de sus miradas y en la ardiente llama de sus pupilas. Lo que circulaba por sus venas era fuego líquido.

Mortcerf, con una discreción á toda prueba, miraba con disimulo á la hermosa Montaigu, que pareció no prestarle atención, y que se cogió con abandono del brazo del mayor de los Stewards, en tanto que Courcelles entablaba familiarmente una conversación íntima con el reverendo Kimdale, conversación referente á las costumbres de los feligreses de su curato, y le ofrecía un cigarro de lo más esco-

gido, que era aceptado con agradecimiento.

Riozarés decía á Lucy:

—Habéis pasado de la edad de las muñecas, miss. ¿En qué os distraéis en Glenmore? Glenmore es un admirable lugar para un cazador y para un pintor; pero muy solitario para una joven tan hermosa como vos. ¿Os molesta que os lo diga?

—No, querido marqués.

—Es verdad que no os digo nada nuevo para vos; pero sí os añadiré que Londres ó París os convendrían más.

—Os equivocáis. No soy como vuestras parisienses, entusiastas de los bailes, de las reuniones de sociedad, del teatro, ó de los paseos, entre el polvo y la multitud. Odio esos placeres; vivo á gusto en la soledad, en los grandes bosques, en los cuales corro á caballo por los senderos abruptos y salto por nuestras rocas. Por la noche, cuando regreso, hago música de lo peor, ó hablo con mi madre. No tengo otras aspiraciones.

—En una palabra, miss, que sois romántica.

—¿Romántica? Convengo en ello. La palabra no me desagrada.

—Como una heroína de vuestro Walter Scott.

—No, de otro modo. No tengo tantas pretensiones; pero amo la poesía de nuestras montañas.

—¿Y no amáis otra cosa, miss?

Si el desgraciado poeta de Aberfull hubiese oído su respuesta, se le hubieran puesto los cabellos de punta.

La joven respondió con indiferencia:

—Hasta ahora, creo que nó, querido marqués.

Riozarés, inclinado como vencedor sobre la rubia cabeza de la joven, parecía querer fascinarla con su mirada.

Pero tenía que habérselas con una inteligencia muy suspicaz, y su aspecto de conquistador le valió sencillamente una explosión de burlona alegría, que Lucy no trató de contener.

—No me mireis así, querido marqués—exclamó.—Una niña que acaba de dejar las muñecas, no podría sostener la llama de esos ojos del Mediodía. Tened más en cuenta las inesperecias de mi juventud. Sobre todo no vayais á imitar á esos galanes jóvenes de Drury Lane, que toman actitudes ridículas para simbolizar la pasión que les devora.

Dejó bruscamente el brazo del español y corrió al lado de su madre, sin que él tratase de seguirla.

—Singular muchacha—pensó,—pero me intriga como un enigma viviente.

Lucy había producido desde el primer momento una impresión profunda en su espíritu

y puesto fuego á la materia de que se componía, tan inflamable como un montón de paja seca.

A su espalda, James Steward, se paseaba con la institutriz, cuyo brazo se apoyaba en el suyo con un estremecimiento imperceptible.

—Decidme Juana, ¿se os trata aquí bien?

—Muy bien, milord.

—¿Estais contenta?

—Sí, sobre todo desde hace algunas horas.

—Comprendo; de ordinario esta residencia es triste. Escocia no tiene nada de alegre. Echareis de menos á París y estais contenta porque venimos de allí, porque os traemos sus perfumes. La duquesa os sigue queriendo y echándoos mucho de menos. Me decía la víspera de mi salida de París: «No sé cómo me voy á arreglar para vivir sin mi ahijada! ¡Traéroslo cuando vengais!» ¿Quereis volver á París?

—No.

—¿Por qué?

—Porque tengo mis razones para ello.

—¿Qué razones son esas?

—Me las callo.

—¿Eso quiere decir que no teneis confianza en un amigo antiguo como yo?

—No del todo.

—¡Eso está mal! ¿En qué he desmerecido de vuestra amistad? Antes teniais más confianza

en mí y estais bien segura de que os profeso una verdadera amistad, Juana.

—Quisiera estarlo.

—¡Con qué frialdad lo decís!

La institutriz se calló.

—¿Ahora os callais? Pues eso es peor. Hablad. Maltratadme un poco, mucho, con apasionamiento. ¡Prefiero eso á dejar de oír vuestra voz! ¡Teneis una voz tan encantadora!

La joven se encogió de hombros, mostrando el mayor despecho.

—¿Quereis saber por qué he dejado á París?

—le preguntó.

—Sí.

—Voy á decíroslo. Lo primero porque soy de las que se ven precisadas á ganar el pan de cada día...

—Motivo bien fútil, puesto que teníais todo lo que necesitábais en casa de vuestros padres.

—Si, si se trata de no morirse de hambre, ó de no andar por las calles descalza ó desnuda.

—¿Y el otro motivo?

—El de que existen en París gentes á quienes no quiero ver. ¿Está ya satisfecha vuestra curiosidad?

—¡Eso es muy vago! ¿Creéis acaso convenirme de que teneis enemigos?—dijo mirando fijamente á Juana.

—¿Y quién os ha dicho que sean enemigos?—exclamó la joven.

El Rajáh, hundido en un sillón, paseaba su adormecida mirada por la escena que tenía ante sí.

En distintas ocasiones se había vuelto hacia la institutriz, cuya belleza admiraba; pero al mismo Brahma, ó Vischou, le hubiera costado trabajo conocer las impresiones secretas de aquella alma cuidadosamente velada; la duquesa, que hablaba con él, no notó ni un segundo de distracción en su interlocutor, que contestó con gran amabilidad á cuantas preguntas le hizo acerca de los elefantes, los tigres y los bonzos, y de las viudas que se queman sin entusiasmo por la muerte de sus esposos.

James se suponía, como todos los diplomáticos, una penetración infalible.

Reflexionó:

Existe, pensaba para sí, alguien más fuerte que el más perspicaz de los Maquiavelos y ese alguien es la mujer indiferente, ¡desconfiemos!

—Estáis misteriosa, mi querida Juana—dijo con cariñoso tono;—pero la perspicacia de un secretario de embajada, debe adivinarlo todo. Si no es un enemigo de quien huís, debe ser un amigo, un amigo peligroso, puesto que le dispensais el honor de temerle. Vos, la mujer fuerte, la señorita de las teorías profundas. ¡Oh contradicción! ¡Oh debilidad humana! Cómo exclamaría en el púlpito el reverendo Au-

gusto Kimdale. ¡Ea! haced un esfuerzo y sed sincera. Dejad á un lado los razonamientos feroces y las resistencias odiosas. Mostraos mujer y mujer de una adorable fragilidad como las demás!—¡si es un cierto James Steward, ese amigo temible! ¡Pero si por desgracia es uno de los numerosos rivales que me disputan vuestro corazón, ese reino en que yo quisiera reinar como déspota, sed fugaz como una liebre, salvaje como una gacela del desierto, y feroz como un tigre de Hircania!

E inclinándose al oído de la institutriz:

—Entretanto—añadió—confiadme vuestro misterio. Lo guardaré en lo más profundo de mi alma, bajo los mil cerrojos de la discreción, y ningún poder en el mundo lo descubrirá.

Su actitud contrastaba con sus palabras; pero su voz tenía vibraciones que llegaban al corazón y su brazo presiones muy significativas.

—No me comprendereis jamás, milord—exclamó Juana con despecho.

Y con tono de dulce represión añadió:

—Puesto que nada se os escapa ¿porqué no pensais en lo cruel que es decir semejantes cosas á una desgraciada, que no tiene derecho á oírlas?

Y después de una reverencia de las más graciosas, en la cual desplegó la felina agilidad de

sus movimientos, se alejó de él dirigiéndose hacia Riozarés.

El marqués se había apoderado ya del piano y con aquella voz de tenorino que había causado tantas victimas, recitaba un soneto del estilo de los de Duprato.

XXI

James estaba descontento.

Verdadera ó falsa, la tristeza de Juana al separarse de él, le inquietaba. Sentía al menos una gran inclinación hacia ella y la joven le había dejado entender que amaba lo bastante á un hombre para huir de él, cosa seguramente muy halagadora para aquel á quien se refiriera.

¿Quién era el desconocido?

¿El?

¡No se atrevía á creerlo!

Sin embargo, la confesión de Juana le halagaba grandemente. ¿Si no hubiera sido él de quien se trataba, porque haber comenzado aquella confidencia? Si se trataba de él en efecto, ¿por qué no haberla terminado?

Estaba preocupado por aquella atrevida maniobra de la institutriz, que absorbía por completo su atención. Sufría, él, el espíritu libre, ajeno á todas las inquietudes y para el cual el amor no había sido hasta entonces más que una distracción y no un tormento.

Pero otro sufría con más intensidad que él, y este otro era su hermano.

Los celos tienen ojos de lince.

Harry había notado al paso una mirada llena de pasión dirigida por la parisiense á su feliz

poseedor del momento; mirada que él la había devuelto con intereses.

En tanto que el reverendo Kimdale y Courcelles, *vis á vis* se entregaban en el comedor, de una botella de excelente rom, á las dulzuras de una conversación no interrumpida, lanzando al aire azules espirales de humo de exquisitos cigarros, ofrecidos por Pedro al *clergyman* y al menor de los Stewards, que completaba aquel trio de retrasados, Harry se mordía los labios de despecho y luchaba con los odios que se habían despertado en él como reptiles bajo la acción del sol.

Apaciguada por un momento, por la catástrofe de Aberfull, su pasión se había reavivado con nueva violencia desde que se encontraba frente á rivalidades que le causaban terror. Se hubiera resignado quizás á vivir cerca de la institutriz sin vencerla; pero no podía soportar la idea de verla pasar á manos más afortunadas que las suyas.

—¡Con qué familiaridad—pensaba—se apoyaba en el brazo de James! ¡Con qué atrevimiento le miraba! ¡Y todo eso delante de mí, sin pensar en lo que me hace sufrir ni en los terribles celos que despierta!

—La señorita Montaigne es una persona admirable—decía alegremente Courcelles. Paris está dignamente representado en Glenmore, en lo que á mujeres se refiere. Ahí teneis como

educamos nosotros á las muchachas, señor reverendo.

—¡Mil cumplimientos! Pienso como vos, querido señor—respondía el clérigo—no conozco nada más seductor que esa encantadora señorita. Hermosos cabellos, elevada frente, anunciando rara inteligencia, labios rojos.;

—Y sensuales, mi reverendo, un poco gruesos, signo de tendencia á las voluptuosidades de este mundo.

—No, eso es ir demasiado lejos. Esos síntomas son muy engañosos, y por mi parte no les doy importancia alguna.

—Nariz aguileña, señor reverendo, signo de voluntad energética y perseverante.

—Perfectamente; por ese lado creo en el horóscopo: la señorita Montaignu debe ser de voluntad firme, y cuando se propone una cosa...

—No renuncia fácilmente á ella, mi reverendo.

—Y—replicó el vicario—tiene una voz de un timbre suave y extraño. En eso, sobre todo, reconozco que la señorita Montaignu ha sido ricamente dotada por nuestro divino autor.

—Tiene talle de hada y manos de reina, amigo mío.

—En fin, que es un dechado de todas las maravillas imaginables. ¿No es eso, señor Courcelles?

—¡Si no os desagrada eso! Pero le falta un don que el divino autor le ha negado,

—¿Qué don es ese?

—Cien mil francos de renta. Todos los marqueses sin un cuarto, todos los duques arruinados, todos los príncipes de poco más ó menos, del *Almanaque de Gotha*, se la disputarían; pero los cien mil francos de renta, completamente ausentes, anulan el programa.

Harry se retorció de impaciencia en su asiento. Courcelles prosiguió:

—Con esos numerosos presentes de la naturaleza, ó del divino autor, la señorita Montaignu ha llegado á conseguir que la entreguen, todos los trimestres, el sueldo de una doncella. Convenid, mi reverendo, que no será una cantidad muy seductora para una muchacha que no quiere apartarse de la senda del honor.

—La recompensa de la virtud no pertenece á este mundo—observó sentenciosamente el ministro, llenando un vaso de rom.—La satisfacción de una buena conciencia...

—¡Bah! mi reverendo, ¡hay muchas de sus semejantes que no se contentan con eso! ¡Un hotelito en el boulevard Malesherbes, un buen coupé de Mulhbacher, Ehrler ó Binder, ó de otro fabricante de carruajes, caballos de Tarbes ó de Normandía, eso es muy tentador; sin contar con las sortijas de brillantes, ni los brazaletes ó los pendientes de casa Boucheron. Si

algo me extraña es que la virtud de vuestra admirable institutriz no haya zozobrado mientras estuvo en París. ¡Sólo Dios puede saber las proposiciones corruptoras y las falaces promesas que habrá recibido! Nosotros sabemos una parte de eso, porque ¿quién de los aquí presentes no la ha dirigido sus flechas? Sir Harry, Riozará, Mortcerf, James y yo; y todo sin el menor resultado, á pesar del valor incontestable de todos ellos, menos yo. ¡Otro cigarro, mi reverendo amigo! ¡Ah! ¡es una muchacha muy honrada la señorita Montaigu...

Y el escéptico añadió mentalmente:

—¡O una magnífica ave de rapiña!...

XXII

Harry se había puesto de pie y se paseaba, con aspecto preocupado, por el comedor. El vicario le observaba con disimulo y preguntándose si no estaba sobre las huellas de un secreto silenciosamente ocultado en aquella casa.

El nombre de la señorita Montaigu, que se veía á cada instante en los labios de los huéspedes, ó de los habitantes del castillo; su belleza, que llenaba con sus esplendores aquellos grandes salones, tan vacíos y tan tristes de ordinario; su voz, que turbaba el silencio y, por decirlo así, el sueño de los mismos, había metamorfoseado aquella vieja morada.

El reverendo Kimdale sentía vaga inquietud. Nada de lo que pasaba á su alrededor le parecía natural.

—Harry—dijo—estáis muy agitado; ¿por qué no permanecéis tranquilamente aquí?

—El marqués de Riozará tiene una hermosa voz, y voy á escucharle de cerca. Estoy seguro de que dice innumerables tonterías á las señoras y que ellas tienen la bastante paciencia para tolerárselas.

—¿No es esa su vocación?—observó Courcelles.—Destila sus declaraciones como los claveles de Indias sus suaves olores, naturalmente.

Harry experimentó una decepción al entrar en la sala. Ríojarés tenía una vecina en el piano, pero no era la institutriz.

La señorita Montaigu había desaparecido y Rama Sahib también.

No permanecían cerca del cantor más que James, la duquesa y Lucy, que fascinada por la gracia del español, ó pareciéndolo al menos, le oía con complacencia.

James, á los pies de la duquesa, le hablaba con cariño de sus aventuras y de sus esperanzas.

Era un grupo conmovedor el de aquellos dos seres, que vivían el uno para el otro, rebotando una de esas afecciones tiernas y santamente apasionadas, dispuestas á todos los sacrificios y á todas las concesiones, sin mezcla alguna de amargura ó de celos.

En cuanto á Lucy, no se hubiera conducido de otro modo si hubiera tratado de mostrarse seductora é impúestose la obligación de emprender la conquista de su admirador.

Negligentemente apoyada en el respaldo de un sillón, en abandonada actitud, con los cabellos cayendo en bucles alargados sobre su cuello de cisne, con los ojos medio cerrados y la boca sonriente, como la de una bacante bajo el imperio de un comienzo de embriaguez, parecía absorta en una contemplación de que Ríojarés era objeto.

Deslumbrado por la belleza sobrenatural de aquella hija del Norte, tan diferente á las que él había conocido hasta entonces, el marqués fué asaltado de improviso por el deseo de conocerla y de penetrar en las sombras de su vida pasada.

Las extrañas audacias de aquella ingenua señorita, unidas á una indiferencia á la vez sencilla y atrevida, le intrigaban.

En vano trataba de fijar su atención en otra cosa, porque era atraído á su pesar por el fuego de aquellos grandes ojos, medio velados, que le interrogaban, como si hubiesen esperado de él la revelación de un misterio que poseyera.

Sus dedos, que vagaban distraídos sobre el teclado, lo abandonaron.

Se volvió hacia Lucy. Como si la joven hubiese previsto este movimiento, no abandonó su actitud, en tanto que una vaga sonrisa se dibujaba en sus labios, tan frescos, que una mariposilla se hubiese posado en ellos creyéndolos una rosa.

—Sois muy linda, miss—la dijo, acercándose á ella hasta tocar los pliegues de su vestido.—¿No os lo han dicho nunca?

—En estas montañas, querido marqués, ¿á quién queréis que se le haya ocurrido eso?

—¿Quién sabe! Hay muchos corazones de hombre bajo la ruda corteza de vuestros vasa-

llos, y habéis debido conmover á más de uno á vuestro paso.

—Sois galante como buen francés, querido señor. Los escoceses de Glenmore no hubieran tenido nunca, ni esas delicadezas, ni esas temeridades.

—Sin embargo, os han confesado alguna vez que os hubiesen amado si hubieseis querido descender hasta ellos.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó Lucy, con la extrañeza de Susana sorprendida en el baño.

—¿Qué os importa?

—Pero...

—Lo sé por ese azulado billete que ocultáis amorosamente bajo los pliegues del traje.

Lucy bajó los ojos y se puso colorada como una amapola.

Un papel, cuidadosamente doblado, salía de entre los encajes que adornaban el pecho de la joven.

Pero se repuso bien pronto.

—Si este papel os choca—dijo,—consiento en confiaros su contenido. Son versos.

—¿De un amigo?—observó Riozarés.

—Sí, de un amigo; de un muchacho de la casa, hijo de un guarda del dominio.

—¿Que vive en...?

—En una torre abandonada en la meseta del bosque de Aberfull, bajo aquellos árboles que veis allá, en el horizonte.

—Entonces tengo un rival en aquellos lugares tan pintorescos! —dijo, riendo, el español.

—¿Rival en qué?

—En dos cosas. La primera es que no hay un rimador más intrépido que vuestro servidor, aquí presente, y ese joven campesino quiere disputarme mi lira.

La segunda es que puesto que os dirige sus versos, supongo que os ama... Vos sois la poesía en persona, y él es vuestro poeta... Y habéis de saber que yo también os amo.

—¡Ya!

—¡Mucho!

—¡Por distracción, por necesidad, puesto que los objetos de vuestro cariño están ausentes! En Glenmore faltan recursos para pasar el tiempo y se echa mano de los que se presentan.

—Os calumniáis, miss; creed en mi experiencia. No es posible veros sin experimentar un sentimiento muy vivo hacia vos.

—¿Verdadero?...

—Sí.

—¿Hablais seriamente?

—Muy seriamente.

—Me han asegurado que jamás os ha ocurrido eso de hablar en serio.

—No os han engañado.

—¿Lo reconocéis?

—Hasta el presente, es muy cierto.

—¿Y esta noche?

—¡Oh! ¡Esta noche es diferente!

Riozarés parecía en aquel momento la adorable figura de Fautasio. Su voz denotaba una ternura penetrante; quizás representaba una comedia; pero la representaba admirablemente.

Juzgó sin duda que el efecto estaba producido, porque cambió bruscamente de tono, con la destreza de los artistas experimentados, que no abusan de la cuerda simpática, á fin de valerse de ella en el momento oportuno.

—Cuando yo afirmaba que no se puede veros sin amaros, estaba bien seguro de ello. Hubiera apostado la cabeza contra un penique á que esos versos tan cuidadosamente guardados, están llenos de fuego y son tan ridículos como deben serlo los versos de un buho apasionado.

—Apasionado quizás, en la forma, querido marqués; ridículo, nó. Mi protegido tiene más mérito que vos creéis. Juzgad —dijo entregándole el papel.

Riozarés se apodero de él, y leyendo detenidamente:

—No está mal, miss; no está mal del todo, *en la forma*; pero en el fondo es una confesión de una temeridad insolente.

—Sois muy duro, marqués, con el pobre Guy.

—¿Se llama Guy? En efecto, la firma dá fé de ello.

Según hablaba, Riozarés habia escrito rápidamente en el anverso del papel de Rowen algunas líneas con una letra fina y compacta, que dió á leer á la joven.

—¡Pobre Rowen! —suspiró Lucy.

—¿Le tenéis lástima? —replicó Riozarés:— No debíais tenérsela, porque se ha atrevido á amaros; ¡Y, sin embargo, le perdonáis!

El marqués levantó los brazos al techo.

—Dáis demasiada importancia á una niñería —dijo miss Steward con impaciencia.

—Sea; será porque esté celoso.

—Os agradezco ese favor —dijo Lucy ocultando una maliciosa mueca tras el abanico:

—Parece que os burlais. ¿Y si estuviera celoso de veras, qué diríais?

Miss Steward se levantó.

—Dadme el brazo —le dijo. —El tiempo es soberbio, el día está acabando. Paseemos por las sombras del parque un instante y os contestaré.

Con una libertad completamente británica, se cogió al brazo del español y le llevó bajo los árboles del parque.

Las perfecciones del marqués, relegaban al más profundo olvido las excursiones de la torre de Aberfull.

¡Pobre Rowen!

—¡He ahí una linda pareja! —dijo James á su madre, viendo á su hermana y al marqués alejarse.

Courselles, que se aproximaba con su reverendo amigo, oyó que contestaba la duquesa:

—¿Lucy busca marido: está en la edad de las ilusiones; dichosa ignorancia!

Courcelles, pensando en el color de los cabellos de la joven, se inclinó al oído del vicario:

—Es un hermoso toison de oro, para desperdiciar su conquista, excelente amigo; yo creo que ha tentado la codicia del marqués.

—Toisón, bien guardado—replicó el buen pastor;— mucha cabeza y...

Vaciló un segundo.

—Poco corazón — dijo Courcelles acabando la frase.

—Yo no me hubiera atrevido á decirlo. Quiero demasiado á los Steward para revelar sus defectos.

—¿De dónde sacáis que sea eso un defecto? —exclamó Courcelles. — Frente á un Riozarés es preciso tener triple coraza.

—¡Oh! — exclamó el vicario. —Podeis estar tranquilo. Miss Lucy sabe mucho.

Courcelles quería poco al español y esto hizo que le agradara la afirmación del reverendo.

—¡Dios quiera que tengais que casarlos, amigo mio! ¡Riozarés casado por casualidad, sería cosa curiosa!

—¡Amén!—dijo el buen clérigo.

XXIII

La institutriz se había retirado á su cuarto. Tenía necesidad de estar sola. Un cómico no podría soportar largo tiempo los esfuerzos que se vé precisado á hacer en escena.

La joven huía de las miradas que pesaban sobre ella. Mortcerf, Harry, el español, hasta el mismo James, con su burlona galantería, se le hacían odiosos.

James, que en Paris se había mostrado con gran reserva y casi deferente para con ella, la trataba con irreverente familiaridad, como si el estar ella en Glenmore la convirtiera en una sierva suya, obligada á soportar sus caprichos.

Se consideraba por primera vez humillada por su condición y por la impertinente confianza con que el secretario de embajada la había hecho sus preguntas durante su entrevista.

Al retirarse á su cuarto, la había dirigido una mirada de reprensión, á la cual había contestado él inclinándose imperceptiblemente la cabeza.

Juana, al pasar ante un espejo, había podido ver que su rostro estaba animado por el despecho y que tenía pintado en él la contrariedad que experimentaba.

A pesar del dominio que tenía sobre sí misma, perdía, en medio de las excitaciones de que era objeto, su frialdad y su rigidez de estatua. Su sangre hervía bajo la acción de la llama que encendía en los demás, y soportaba impaciente la calma del hombre á quien hubiera querido apasionar y seducir.

Temía hacerse traición y desaparecía, como el soldado que se aterra en el momento de la lucha y deserta del campo en que va á entablarse.

Abrió la ventana y aspiró el aire húmedo de la noche.

Los árboles confundían su follaje con la oscuridad que tendía su manto sobre Glenmore. Los ruidos de la noche, elevándose desde los fosos al castillo, ó partiendo del retiro de las aves nocturnas ó del agujero de los cantadores grillos, turbaban el silencio del parque.

Juana permaneció un momento inclinada sobre las aguas, bañando su descubierto pecho en la helada niebla que partía de las mismas.

—¡No me ama!—se decía.

Y no se atrevía á hacerse la pregunta contraria:

—¿Le amo yo?

Pero añadía:

—¡Me ha hablado como á una muchacha cualquiera!

Y su conciencia la gritaba:

—¿Acaso no lo mereces? ¿Qué has venido á buscar en Glemmore?

Estaba irritada contra el destino, contra su amante preferido y, sobre todo, contra sí misma.

Se desnudó, y perdió una media hora, yendo del espejo á la ventana, ó al piano y mezclando sus reflexiones á los cuidados de su *toilette* de noche.

Había soltado sus cabellos incomparables, que cubrían sus hombros, y dejado deslizar los vestidos sobre la alfombra.

En el momento en que iba á meterse en el lecho, la contuvo un recuerdo repentino.

Vió sobre la chimenea una carta que había dejado allí, cerró su peinador de muselina blanca, y abriendo de nuevo la carta, se sentó en un sillón y se puso á leer.

Era letra de su madre.

La pobre mujer suplicaba á su hija que volviese á su lado.

«Mi querida Juana—decía.—Desde tu partida, la casa me parece vacía, silenciosa, y solitaria como una tumba.»

«Tu pobre padre no habla de ti y me prohíbe pronunciar tu nombre. Tú eras, sin embargo, su hija preferida. Esto es un gran suplicio para tus hermanas y para nosotros. La alegría de la casa ha partido contigo. ¡Regresa á nuestro lado! ¿Qué necesitas tu de nadie? La vida

es corta y la unión de las personas de una misma familia, en la buena, como en la adversa fortuna, es el más envidiable de los bienes. No somos ricos, es cierto; pero estamos al abrigo de la necesidad. Tenemos pan y no nos falta lo más indispensable.»

La buena mujer añadía:

«Los negocios no marchan mal; hay muchos enfermos y se venden muchos medicamentos.

»Voy á decirte una cosa que quizás te conmueva.

»El pobre Isidoro Bernouin ha caído en una gran tristeza desde tu partida; está desconocido. Haces mal en desdeñarle. Es un honrado mozo que sabría hacerte feliz y que tiene capacidad para crear una buena casa. No es guapo; pero tiene un corazón de oro, cosa que vale más que la hermosura, sobre todo en los hombres.

«El y tu padre están ocupados en moler alcanfor en un mortero, y tanto la cara del uno, como la del otro, inspiran compasión.

«¿Por qué nos has abandonado? ¿Qué vas á ganar en la carrera que has elegido, más que humillaciones y decepciones?

»Reflexiona, mi querida hija, y piensa que el mejor refugio para una joven es la casa de sus padres.

»Te escribo ocultándome para ello. Temo

que tu padre me vea y sospeche lo que estoy haciendo. Laura, Nichette, y Magdalena, están bien. Serán menos guapas que tú, pero acaso sea ese un favor que el cielo nos conceda.

»Adiós, mi querida Juanita, piensa en que sufro más cruelmente aun que los demás, por tu resolución.

»Te abraza tiernamente, mil veces,

»CLEMENCIA MONTAIGU.»

La institutriz dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Aquella voz de la familia, llevándola las quejas del hogar doméstico, la enterneció un instante. Tuvo un acceso de verdadera ternura y colocó los labios sobre el papel, en el cual se distinguían huellas de lágrimas; pero su emoción fué pasajera.

Guardó la carta en un cofrecillo, cuya llave quitó, y se dirigió hacia el gran lecho de columnas, instalado en medio de la alcoba.

Daban las once en el reloj que allí tenía, é iba á apagar la luz, cuando un discreto golpe llamó su atención.

Se volvió hacia la puerta y escuchó.

Volvieron á llamar de nuevo.

XXIV

Abrió la puerta y retrocedió temblando hasta el sillón que acababa de abandonar.

Era James quien entraba.

—¿Vos aquí, milord?—dijo la joven.

—Yo mismo—respondió tranquilamente.

—¿A semejante hora?—balbuceó Juana.

—Sin duda. Es la hora más á propósito para poder hablar con un poco de calma. ¿Qué tiene de particular que un joven y agradable señor, visite á una hermosa como vos, que le dispensa el honor de habitar en su casa? Pasaba por los corredores, he visto luz en este cuarto, y, naturalmente, he pensado que velabais aún. Se me ha ocurrido charlar con vos un instante, y aquí me tenéis.

Aproximó un sillón al de Juana; se instaló cómodamente en él, frente á la joven, y sin darle tiempo para asombrarse de su libertad, repuso:

—Dios mío, mi querida hermosa, no os diré nada de nuevo si os afirmo que os amo. Imito en esto á mis compañeros de viaje. He oído sus conversaciones, y aquello que no me han dicho ellos, lo he adivinado yo. Riozarés os adora á su manera; Mortcerf os desea por vanidad, para poder mostraros en su victoria en los

Campos Eliseos; Harry es víctima de una pasión devoradora, infinitamente más seria; y no veo por qué Courcelles, que conserva acerca de vuestro esplendor la calma del gastrónomo, cuyo apetito está gastado por formidables excesos, no haya de reavivarlo en presencia de la más suntuosa de las mesas.

Ya veis que estoy al corriente de lo que pasa. Por un chelin os describiría la manera como cada uno de esos caballeros entiende el culto que os rinde, y por un penique haría más, imitaría admirablemente el estilo que cada uno de ellos emplea para pintaros su amor.

Entre las mujeres como vos, las unas aceptan esas asiduidades como distracciones, las otras las sufren como insultos...

—Y yo soy de esas últimas, milord—observó Juana, que había recuperado su sangre fría.—Así es que el paso que estais dando...

—Oh!—exclamó James, interrumpiéndola con rápido gesto—este paso mio no tiene el objeto que suponeis.

Entonces, ¿á qué venís aquí, milord?

Juana se había levantado, envuelta como la Polymnie antigua en los pliegues de la muselina y con el rostro contraído por una cólera admirablemente representada.

Estaba muy hermosa y lo sabía.

James, inclinado sobre el brazo izquierdo de su sillón, con las piernas cruzadas y la cabeza

descansando sobre la mano, la contemplaba con calma.

—¡Que hermosa querida sería!—pensaba para sí.

Y añadió en voz alta:

—Concededme cinco minutos de conversación.

—¡Bien!—Dijo la joven—¿Acaso tengo libertad para negároslo?

La institutriz se paseaba distraidamente cerca de la ventana, tratando de distinguir las sombras errantes en los macizos alumbrados por la luna. Con su blanco brazo levantaba las pesadas cortinas.

—No me escucháis—dijo James, á quien la joven volvía la espalda, dejándo adivinar la forma exquisita de sus hombros y su nívea epidermis, bajo la batista trasparente que los cubría y no los ocultaba.

—Sí—dijo con sequedad.—Espero á que me confieis lo que os agrade confiarme.

—¿Permitireis que me exprese con entera franqueza?

—No dispongo de medios para impedirlo.

—Me habeis hecho entender que vuestro corazón no está libre, al menos yo lo he comprendido así, ¿me he equivocado?

—No.

—¿Y quién es el amigo peligroso de quien huís?

—Mi conciencia me impide nombrarle.

—¿Por qué?

—Es asunto entre mi conciencia y yo.

—Vamos á ver, Juana,—dijo el diplomático con su imperturbable calma.—Tenéis demasiado talento para ser mogigata, y la honradez no tiene nada que ver con las tontas afectaciones de virtud; habládme con sinceridad. Soy vuestro amigo, y á título de tal, puedo interrogaros: ¿Quién es ese hombre?

—¿Tenéis gran interés en saberlo?

—Muy grande. ¿Por qué le teméis?

—Porque es de alcurnia muy elevada para que yo tenga la suerte de ser su mujer; y yo soy lo bastante altiva para llegar á ser su querida.

—¿Ha tenido esa pretensión?

—Jamás.

—Entonces soy yo á quien os referís.

Juana se volvió vivamente.

—¿Cómo lo sabéis?...—preguntó.

—Si sois franca, confesaréis que de todos vuestros admiradores yo soy el único que no os ha asediado con sus súplicas; yo me he contentado con amaros en silencio, y me atrevo á decirlo ahora, con mayor respeto que os lo ha dicho ninguno de los otros.

—Las miradas son tan elocuentes como las palabras, milord; y sin afirmar que estéis ó no en un error, convenid en que vuestros ojos me

han dirigido súplicas más peligrosas que las palabras del hermoso Riozarés ó del conde de Mortcerf, por hábilmente que hayan querido hacer valer sus pretensiones.

—Si queriais huir de mí—replicó James—persiguiendo su idea ¿por qué os habéis refugiado precisamente aquí en donde estáis segura de volverme á ver?

Juana se turbó terriblemente, ante esta pregunta tan directa y su voz espiró en su garganta.

No pudo responder, y en su emoción se dejó caer á los pies del lecho en el cual se apoyaba.

¡Había sido adivinada!

Ocultó el rostro entre las manos y hasta pasado un instante no pudo murmurar, haciendo un esfuerzo:

—Yo no os lo he confesado, milord, y vuestra imaginación va más allá de lo cierto. Por otra parte, ¿somos acaso libres de ir donde nos plazca las pobres muchachas como yo? El espacio está medido para nosotras y nos vemos obligadas á vivir dentro de sus límites.

Lágrimas de despecho se desprendían por entre sus dedos.

La voz tranquila de James la exasperaba: Estaba muy nerviosa. Comprendía que en la lucha empeñada era él el más fuerte, y rompía entre sus manos las armas de que ella se hubiera querido valer contra él. Estaba avergon-

zada de sus inútiles mentiras, y furiosa por haberse arrojado á una empresa de la cual no sabía cómo salir.

James se aprovechó de sus ventajas, y aproximándose á ella la cogió las manos.

A este contacto se estremeció; pero no hizo ni un movimiento para librarse de él.

—Lágrimas divinas—dijo James—que quisiera enjugar con mis labios.

Y atrayéndola cariñosamente hacia sí:

—¿Por qué—añadió con voz en que vibraba el cariño—defenderos de un sentimiento que tanto os agradezco? Si me habéis preferido á los demás, si he sabido merecer el inestimable valor de vuestros pensamientos, confesádmelo y mi vida os pertenecerá.

—Milord... ¡os lo suplico!—murmuró debilmente.—¡Dejadme!

James comprendió su fuerza y no quiso perder la ocasión de una victoria que preparaba hacía tanto tiempo.

—¿Dejarte?... ¡Por el contrario! Quiero defenderte de los demás, revelándote el amor que me has inspirado... No es de ahora, ya hace tiempo que he comprendido que hemos nacido el uno para el otro... Has adivinado mis miradas y ellas te han expresado la vivacidad de la pasión que he concebido por tí. Yo no te amo como los demás; yo pondré á tus pies mi fortuna, mi porvenir, todo lo que me pertenece...

Has nacido para ser reina; eres reina por la belleza y por la inteligencia, y reinarás. No amaré á nadie más que á tí, ¡te lo juro! Te defenderé contra los ultrajes y las adversidades de la vida... arreglaremos nuestro porvenir como tú ordenes... Tú serás la dueña.

Se calló.

Juana estaba en la situación más peligrosa. Oía las palabras de James como una armonía vaga, sin fijarse en su sentido. Adormecida por la fascinación que ejercía sobre ella el único hombre á quien amaba realmente, ó mejor dicho, de quien realmente quería ser amada, no se daba cuenta más que de que James la describía la vivacidad de su amor; de que su elegido estaba á sus pies y que llegaba el momento en que las puertas de un edén desconocido se abrían ante ella.

Había caído en el lazo que ella tendiera á los demás.

La superioridad y la energía de su alma, no evitaban la rapidez de la caída.

Un destello de razón la salvó.

Por un movimiento brusco, se separó del joven, y pasando ambas manos por su frente, exclamó:

—¿Qué es lo que me habéis dicho? Os juro que no os he comprendido.

James frunció las cejas.

—Querida mía!—replicó con visible altivez.

—¡Os decía que os amo, y os lo repito! Os suplicaba que aceptaseis mi amor y que consintieseis en ser mi dueña, y parecíais asentir á ello. He sido, pues, durante cinco minutos, el hombre más feliz de la tierra. ¿Me habéis entendido ahora?

James había terminado su explicación con tono mordaz y casi desdeñoso.

A medida que el joven hablaba, Juana, notando la amargura de sus frases, recuperaba su imperio sobre sí misma. Comprendía que James, en tanto que ella se dejaba arrastrar en alas de su ciega fantasía, calculaba sabiamente los efectos de sus frases, á fin de conducirla adonde deseaba; que su lenguaje no era el del amor sincero, sino el de un capricho efímero, que no se tomaba el trabajo de ocultar.

Pálida é indiferente, permanecía de pie ante él, que estaba furioso por su debilidad, humillado por su abortada tentativa, y previendo que de nada le servía ser un diplomático insidioso y encantador.

Juana comparaba la pasión exclusiva y feroz del hermano menor, á la ligera y elegante del mayor, y estimaba en más la del primero, á pesar de su inferioridad al compararle con James.

—Milord—dijo con tono glacial,—os he comprendido y agradezco el honor que me dispensais. Lo reflexionaré.

Por más que el diplomático desplegó todos los recursos de su inteligencia, Juana permaneció inflexible.

Trató de convencerla burlándose del matrimonio y describiendo á grandes rasgos, con infinita gracia, las uniones mundanas y sus consecuencias, pero no consiguió nada.

A eso de las dos de la mañana, después de haber agotado todos los medios de seducción que su experiencia le sugería, cansado y descontento, se decidió á batirse en retirada.

Abrió con precaución la puerta, y ahogando el ruido de sus pasos en la gruesa alfombra de los pasillos, se dirigió á sus habitaciones, situadas á la extremidad opuesta del castillo.

A la dudosa claridad de una lamparilla, suspendida del techo, en una linterna gótica, le pareció ver una sombra que desaparecía en uno de los ángulos y se detuvo.

Pero no oyendo ruido alguno, continuó su camino y entró en su habitación.

Si hubiera podido penetrar en la oscuridad con la mirada, á través de los pliegues de un *portier* de terciopelo que ocultaba la puerta de la habitación de Lucy, hubiera visto dos ojos que brillaban fijándose en él con obstinación.

Aquellos ojos eran los de su hermano.

XXV

El sol salió radiante al siguiente día.

Al abrir su ventana, James, que no había podido dormir, aspiró con delicia los agradables perfumes que subían del parque, y volviéndose hacia la ventana de la institutriz, que estaba cerrada:

—¡Singular muchacha!— pensó.—¿Qué es lo que pretende? ¿Es la ambición quien la dirige, ó es la virtud quien la contiene? ¡Virtud! palabra que lo dice todo y no dice nada. ¡Una gran cosa que se sabe cuando comienza y no se sabe dónde acaba!

Se golpeó de pronto la frente y aproximándose á su *secreter*, escribió algunas palabras en un papelito con sus armas.

«Venid á caballo al bosque. Si debo renunciar á la esperanza de ser amado, dejadme al menos el placer de veros.»

Dobló el papel y lo introdujo en un sobre perfumado, por el estilo del que usan las mujeres bonitas.

—Ocupemos su espíritu— pensó mientras ponía su sello al sobre—y el diablo decidirá.

Los patios del castillo se llenaban de ruidos. Algunos guardas llegaban trayendo noticias de los lugares en que había numerosos bandos

de perdices, pobres aves que no sospechaban siquiera la triste jornada que el sol iba á alumbrar para ellas.

Las liebres, con sus largas y móviles orejas, debieran haber oído sonar fúnebres tañidos y los cervatillos refugiarse entre las más inaccesibles malezas de los montes Killiams; pero diga lo que quiera el fabulista, los presentimientos son desconocidos entre tales animalitos.

A eso de las diez, después de uno de esos sólidos almuerzos que los cazadores recuerdan siempre con gusto, un grupo de *gentlemen* se extendió por los alrededores del castillo. Los excursionistas eran los consabidos: Riozarés, Courcelles, Mortcerf, Harry y James; este llevaba el traje nacional de los escoceses. Todos iban armados de magníficas escopetas y precedidos de *pointers* y *setters*, que iban delante como una banda de espías de la mas peligrosa especie.

James tenía horror á las batidas en que la carnicería no tiene nada de común con el arte de la caza y cazaba como un verdadero artista.

Bien pronto sonó la fusilería.

Una alegría serena y tranquila, la alegría de las gentes de la buena sociedad, á quienes no preocupa el porvenir, reinaba entre los huéspedes de Glenmore.

Courcelles no disparaba sin dirigir á sus

víctimas una corta alocución, para disponerlas á bien morir, lo cual las daba á menudo, más que tiempo suficiente para desaparecer.

Riozarés hablaba en verso á las liebres y las saludaba con burlescos dísticos.

Harry era el único que parecía preocupado; pero nadie se inquietaba por eso. Todos estaban acostumbrados á verle taciturno.

El menor de los Steward era un tirador de primera fuerza

En Niza era temido de los aficionados al tiro de pichón.

No perdía ni un disparo.

A eso de las dos, la línea de cazadores se acercó al bosque de Aberfull.

Bajo un pabellón rústico les esperaba un confortable refrigerio que les habían preparado.

El espectáculo era muy agradable, y para que no faltara nada, no faltaba ni la presencia de las mujeres, sin las cuales no hay fiesta completa.

La institutriz y su discípula, montando dos caballos que Mortcerf declaró irreprochables, se presentaron hacia el final de la siesta animando el cuadro con sus gracias y dejando flotar sus velos azules bajo el verde follaje de las hayas y de las encinas.

Riozarés se precipitó al encuentro de miss Steward.

Decididamente la rubia inglesa había conquistado al A polo andaluz.

James se levantó y tendió la mano á la institutriz.

La joven le dió las gracias con una mirada, en la cual se notaba algo de reprimión por los atrevimientos nocturnos del joven lord.

Aquella mirada no escapó á la vigilancia de su hermano; pero Harry se equivocaba en esta ocasión acerca de la causa que la había motivado.

Creyó en una inteligencia completa entre los dos amantes.

Un terrible sufrimiento desgarraba su pecho; pero no se le notaba, porque había enseñado á su rostro á guardar el secreto de sus sentimientos.

—James perderá esta noche al juego—le dijo Courcelles maliciosamente.

—¡Ah! sí, eso dice el proverbio—respondió Harry con tono distraído.

—¡Es una hermosa muchacha esa señorita Montaigu!—replicó el parisiense.—Yo quisiera tener una hermana, y compartir con ella la caja paterna, con tal de que su educación se hiciese como la de miss Steward.

—James es más afortunado que todo eso—dijo Harry con amargura.—Su hermana tiene institutrices, y él nada tiene que compartir con ella.

—¡Qué queréis—observó Courcelles;—hay gentes que nacen de pie! Todo les sonríe: la fortuna, que es ciega, y las señoritas que no lo son!

Los dos jóvenes habían vuelto á montar á caballo.

—¡A la salud de las hermosas!—exclamó Courcelles levantando su vaso.

—¡Sea!—dijo James;—pero que beban con nosotros.

Presentó una copa, en que chispeaba el Roederer, á la encantadora, institutriz, y como ésta se la devolviera después de haber mojado en ella sus labios:

—¿Quedan hechas las paces?—la preguntó en voz baja.

—Sí, si renunciáis á vuestras locuras.

—Entonces prefiero la guerra. ¡Os amo demasiado para dejaros en paz!

—¡Silencio!—dijo la joven.—¡Se nos observa!

Harry les miraba fijamente.

—¡Se dan una nueva cita—pensaba;—yo la impediré!

El español hablaba con Lucy.

—Os lleváis mi alma—la decía.

—Habláis como un ángel—dijo la joven;—pero mentís como un poeta.

Y poniendo su caballo al galope, desapareció entre el bosque.

A alguna distancia, un aldeano se aproximó

á ella. Parecía salir del tronco de un árbol. El caballo se asustó y dió un bote hacia atrás.

—¡Tened cuidado, Guy!—dijo la joven con dureza.—¡Habéis asustado á Performer!

Y deteniéndose :

—¿Por qué estáis tan pálido?—replicó.—

—¿Estáis enfermo?

—Sí, miss.

—¿Qué tenéis?

—No sé explicarme lo que tengo.

—¿Dónde os duele?

Guy mostró su pecho.

—¿Desde cuando?

—Desde el día en que habéis dejado de venir á Aberfull.

—¿Cómo se os podría curar?

—Viéndoos de nuevo allí.

—Iré, pues.

—¿Cuándo?

—Mañana.

Le envió un beso con su fusta, y desapareció:

—¡Mañana—se dijo Rowen—sabré si debo vivir, ó si estoy condenado!

Los cazadores se habían puesto de nuevo en movimiento, y se diseminaban entre los brezos de la montaña. Un fuego de fusilería, tan vivo como el fuego de pelotones del ejército, brillaba y se oía entre las malezas. Acá y allá, puntiagudas rocas parecían surgir de la tierra.

Bandadas de faisanes pasaban asustados por

encima de las cabezas de los tiradores. De tiempo en tiempo, un cervatillo, sorprendido por un perro ó asustado por el ruido, se lanzaba á la carrera, afrontando la terrible prueba del fuego.

James y Harry se habían alejado de los demás cazadores, y marchaban de frente, á unos sesenta metros uno del otro.

Harry no perdía de vista á su hermano, que entregado por completo á los placeres del esmerminio, abatía numerosas liebres ó faisanes, que los guardas iban recogiendo detrás de él.

Harry cargó con bala su escopeta.

—¡Ahora veremos—dijo—de qué le sirve el amor de esa coqueta!

—Me lo ha quitado todo—pensaba, olvidando á las liebres y á los conejos, que huían ante su distraído enemigo.—Le hubiera perdonado, si no se hubiera apoderado también de lo que más deseo. ¡Sabe que la amo, y se burla de lo que pueda agradarme ó desagradarme! Él, que tiene numerosas queridas, ha querido robarme la que yo deseo, y como es guapo, elegante, gracioso, rico y espiritual, ella ha cedido, arrojándose á su cuello, llena de alegría, sin que él se haya tomado el trabajo de suplicárselo. Desde el día en que le ha vuelto á ver, se ha entregado á él, sin cuidarse de lo que á mí me hacía sufrir, ni ocultar sus sentimientos, siquiera por pudor, delante

de mí. ¡Ah! ¡qué noche tan terrible he pasado! ¡Pero, paciencia; dentro de una hora seré yo el mayor de los Albany!

Llegaban en aquel momento á la entrada de un bosque, cuya riqueza contrastaba con lo árido del terreno que acababan de dejar.

—¿En qué piensas?—gritó James.—Hace veinte minutos que no has tirado una sola pieza, tú, el rey de los cazadores.

Harry se encogió de hombros y no contestó.

Su corazón latía con extrema violencia.

La sangre subía á su rostro y le cegaba.

Avergonzado por sus celos, vacilando ante un crimen, se detuvo detrás de un árbol y se aplicó á la sien el cañón de su escopeta; pero tuvo miedo y continuó su camino.

—Si me mato—pensó,—se la entrego.

Los criados iban á alguna distancia detrás de ellos, y el bosque, cada vez más espeso, les impedía ver á sus amos.

De pronto un magnífico ciervo se levantó entre los dos hermanos, más cerca de Harry, que seguía inmóvil.

—¡Tira!—le gritó James.

De un tiro abatió Harry al ciervo á sus pies; después una nube de sangre pasó ante sus ojos.

Dirigió el arma á James, y, pasado un segundo, se oyó una nueva detonación.

XXVI

Una detonación más ó menos en un día de caza, no sorprende á nadie. Los guardas no se apresuraron, por lo tanto, á acudir y los dos hermanos permanecieron el uno enfrente del otro.

Cuando se hubo disipado el humo, el asesino miró al lugar en que estaba su hermano.

James, de pie, le miraba con calma y sin cólera.

Harry creyó ver un fantasma, y de pálido que estaba se puso lívido. Sus piernas temblaban, negándose á sostenerle:

—¡Hermano!—dijo James con dulce acento.—¿Qué has hecho?

Vencido por la dulzura que vibraba en aquella pregunta, Harry arrojó la escopeta al suelo y se precipitó á los pies de su hermano.

—¡Perdóname—le dijo,—soy un miserable... ¡Es un acceso de locura! ¡Estoy celoso, desesperado!... ¡Quisiera morir!

—Lo comprendo todo—dijo James, haciendo un esfuerzo.—Ni una palabra, ni una explicación, y déjame que yo dirija el asunto... Para todo el mundo esto es un accidente, una imprudencia mía... ¿Por nuestro honor, por

de mí. ¡Ah! ¡qué noche tan terrible he pasado! ¡Pero, paciencia; dentro de una hora seré yo el mayor de los Albany!

Llegaban en aquel momento á la entrada de un bosque, cuya riqueza contrastaba con lo árido del terreno que acababan de dejar.

—¿En qué piensas?—gritó James.—Hace veinte minutos que no has tirado una sola pieza, tú, el rey de los cazadores.

Harry se encogió de hombros y no contestó.

Su corazón latía con extrema violencia.

La sangre subía á su rostro y le cegaba.

Avergonzado por sus celos, vacilando ante un crimen, se detuvo detrás de un árbol y se aplicó á la sien el cañón de su escopeta; pero tuvo miedo y continuó su camino.

—Si me mato—pensó,—se la entrego.

Los criados iban á alguna distancia detrás de ellos, y el bosque, cada vez más espeso, les impedía ver á sus amos.

De pronto un magnífico ciervo se levantó entre los dos hermanos, más cerca de Harry, que seguía inmóvil.

—¡Tira!—le gritó James.

De un tiro abatió Harry al ciervo á sus pies; después una nube de sangre pasó ante sus ojos.

Dirigió el arma á James, y, pasado un segundo, se oyó una nueva detonación.

XXVI

Una detonación más ó menos en un día de caza, no sorprende á nadie. Los guardas no se apresuraron, por lo tanto, á acudir y los dos hermanos permanecieron el uno enfrente del otro.

Cuando se hubo disipado el humo, el asesino miró al lugar en que estaba su hermano.

James, de pie, le miraba con calma y sin cólera.

Harry creyó ver un fantasma, y de pálido que estaba se puso lívido. Sus piernas temblaban, negándose á sostenerle:

—¡Hermano!—dijo James con dulce acento.—¿Qué has hecho?

Vencido por la dulzura que vibraba en aquella pregunta, Harry arrojó la escopeta al suelo y se precipitó á los pies de su hermano.

—¡Perdóname—le dijo,—soy un miserable... ¡Es un acceso de locura! ¡Estoy celoso, desesperado!... ¡Quisiera morir!

—Lo comprendo todo—dijo James, haciendo un esfuerzo.—Ni una palabra, ni una explicación, y déjame que yo dirija el asunto... Para todo el mundo esto es un accidente, una imprudencia mía... ¿Por nuestro honor, por

nuestra madre, es preciso que así sea!... ¿Entiendes?

De pronto se llevó las manos al pecho, y cayó en brazos de su hermano.

Cuando los guardas llegaron, estaba tendido sobre la hierba y en un desvanecimiento completo.

Su rostro, blanco como el lienzo, reposaba sobre las rodillas de Harry, que mostraba la más violenta desesperación. Torrentes de lágrimas inundaban las mejillas del asesino.

Súbita luz había iluminado su cerebro, haciéndole ver la enormidad de su crimen. Los afectuosos sentimientos que engendra un mismo origen, se habían despertado á la voz verdaderamente fraternal de James.

El mayor de los Steward había nacido para el placer; las amarguras del alma le eran desconocidas; el grito de su hermano se las había revelado, y abundaba en compasión para aquel gran culpable, que era al mismo tiempo un gran infortunado.

De una parte, James había visto los sufrimientos ocultos de su hermano, de otro el arrepentimiento más completo se había apoderado del alma de Harry.

Los guardas examinaron la herida de su amo.

La bala había atravesado el lado derecho del pecho.

Fué preciso tomar infinitas precauciones pa-

ra trasladar el herido al castillo, en donde él mismo refirió el accidente.

«Un ciervo se había levantado entre ambos. En su precipitación para cargar la escopeta había salido el tiro sin que se explicara cómo. ¿Acaso se pueden explicar jamás estas cosas?»

El médico declaró que la herida era menos grave de lo que se había creído.

Los pulmones estaban ilesos.

La vida del herido no corría peligro. Con algunas semanas de reposo y algunos dolores tolerables, estaría bueno.

Harry no se separaba ni un momento del lecho de su hermano. La angélica sonrisa de James le clavaba, por decirlo así, allí á su lado.

En cuanto estuvieron solos, y lo estuvieron cuando la duquesa, tranquilizada, se retiró á su cuarto á las altas horas de la noche. James le tendió la mano y con voz débil, pero muy afectuosa:

—Vamos—dijo—confiesame lo que sientes. ¡Para haber llegado á semejante locura, preciso es que hayas sufrido mucho!

El desgraciado bajó la frente y guardó silencio.

James replicó:

—¿Crees acaso que existe mejor amigo para ti que yo? ¿Por qué no me has confiado tus pensamientos? Si deseabas algo que estuviese en mi mano el satisfacer, ¿por qué no me lo

has revelado? ¡Estás celoso! ¡Celoso de tu hermano! ¡Desgraciado! ¿Tengo yo algo que no te pertenezca? ¡Supongo que no se tratará de dinero!

Harry se estremeció.

Había tal desprecio en el acento con que su hermano había pronunciado aquellas palabras, que no se atrevió á referirle sus primeras impresiones.

—No se trata de dinero, ¿verdad? —replicó James.—No puedes haber llegado á tal grado de miseria, que envidies riquezas de que puedes disponer á tu antojo, á pesar de ese terrible derecho de mayorazgo que tantas divisiones ha llevado al seno de las familias, y que yo quisiera abolir, sino fuera la salvaguardia de la antigua raza que representamos.

Se detuvo.

La herida le hacía sufrir y se vió obligado á morder el pañuelo para apaciguar la pasajera angustia que le torturaba.

Harry quiso interrumpir la conversación.

—Trata de dormir—le dijo;—velaré á tu lado y hablaremos mañana.

—No—dijo James con energia.—No quiero que trascorra ni una hora más en tal situación. Quiero que no haya la menor nube entre nosotros. Es preciso que nuestros corazones latan al unísono. ¡Has intentado asesinarme! En venganza seré tu médico y te curaré al cu-

rarme yo, á Dios gracias, de una herida menos cruel que la tuya.

Harry se inclinó sobre la mano del herido y la besó. Su bondad le vencía.

—¡Ah, eres el mejor de los hombres!—murmuró.

—¡Pluguiera á Dios; pero no falta quien valga más que yo. Yo he sido siempre feliz, y por lo tanto, no me cuesta trabajo el ser bondadoso; pero hubiera sido mejor si hubiese pensado antes en tí. Soy el mayor, y si tengo mis privilegios, también tengo mis deberes. Pero, vamos al caso; ¿quién es ella?

Y como Harry ocultase el rostro entre las manos, añadió:

—Voy á decírtelo todo, á fin de ahorrarte una confesión. En París cortejabas á una hermosa, inteligente y lista. Esta muchacha rechazó tus proposiciones, no porque dejaras de agradarla acaso, pues la creo indiferente á esas seducciones, sino porque quería conducirte más allá de lo que te convenía ir á su lado.

Es una muchacha ambiciosa, ambición que no creo un crimen.

He visto tu manera de conducirte y me he reído.

Te conducías como los demás y te creía capaz de olvidar un capricho ó una fantasía.

Quando he venido á Glemmore la he encontrado á ella aquí. He perdido de vista tu amor,

y como aquí no tenía nada que hacer, he intentado lo que los demás habíais intentado en París, y la he hecho la corte sin éxito, sin el menor éxito.

Está llena de escrúpulos y defendida por una coraza de indiferencia. Estoy seguro de que nadie conseguirá su cariño sin autorización del ministro—entiéndase matrimonio—esa es la palabra. ¡Dame un poco de agua helada; tengo fiebre!

Harry vertió en una taza una tisana y se la presentó á su hermano.

—He sufrido, mi pobre Harry, una decepción semejante á la tuya. Ambos hemos amado, ó, mejor dicho, buscado á la misma mujer. ¿Es esa una razón para matarnos recíprocamente?

Oprimió con tanta fuerza como pudo la mano de Harry, interrogándole al propio tiempo con inefable ternura:

—¿He adivinado tu mal?—le preguntó.

—Sí; pero me dispensas un honor que no merezco.

Harry aproximó su cabeza á la del herido, y, con la efusión del arrepentimiento, le refirió sus miserias, sus tormentos, sus revelaciones contra sí mismo y sus odiosas debilidades.

Se mostró tal como había sido: cobarde contra las viles ambiciones que le habían tiranizado, envidioso de la fortuna, del nombre, del

título de los Steward, y sobre todo, agobiado por el implacable amor que sentía por Juana Montaigu.

Cuando hubo terminado su confesión, los ojos de James estaban llenos de lágrimas.

—¡Bienaventurada herida, hermano—dijo;—puesto que ella habrá puesto término á tus sufrimientos, peores que la muerte! Déjame curar tus llagas, como la Samaritana de la Biblia. Tenías envidia, ya no volverás á tenerla. El día en que esa enfermedad se vuelva á apoderar de tí, piensa en que estoy dispuesto á sacrificarte las prerrogativas de mi nacimiento. Te lo juro. Serás duque de Albany el día en que así lo quieras. ¡Bah! Mi pobre Harry, cree que es una carga pesada el llevar un gran nombre. Además, ¿no somos el uno y el otro Steward? Entre ambos no hay diferencia alguna. Tu honor es el mío, tu sangre corre por mis venas y somos de la misma materia. Por dinero no te apures: sin el menor escrúpulo puedes vaciar las cajas de la casa; eres el dueño de todo, y como yo no soy un pródigo, podré dejarte siempre el medio de vivir con el desahogo con que lo hace su Gracia, el duque nuestro padre.

Han acabado todas nuestras diferencias; ni una palabra más entre nosotros acerca de este asunto, aunque viviéramos cien años el uno al lado de otro; ¿me lo juras?

Harry se llevó la mano al pecho.

—Sí,—murmuró.

—Porque lo que respecta á esa mujer, has visto el mal, voy á decirte el remedio.

James tomó la mano de su hermano y la conservó entre las suyas.

—¿Crees que has vivido lo bastante para conocer la sociedad?—le preguntó.

—Sí.

—¿Y las mujeres sobre todo?

—Sí.

—Pues bien, esa á quien amas, no te ama ni amará jamás á nadie.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Estoy seguro de ello. Mil indicios. Palabras que se la escapan, á pesar de su gran habilidad. Su historia y sus determinaciones desde hace algunos meses. Esa muchacha es ambiciosa y quiere, con ayuda de su incontrastable belleza, hacerse amar y arrastrar á su amante á la peor de las locuras.

—¿A cual?

—A la de casarse con ella.

Harry reflexionó. Repasó rápidamente en su memoria las conversaciones que había sostenido con Juana.

Su hermano estaba en lo cierto. Sin embargo su pasión le extravió aún.

—¿Sería una gran locura—preguntó—casarse con una señorita tan distinguida como la señorita Montaigu?

—Sí, esa muchacha es de mármol y no conozco el Pygmalión capaz de animarla. Su corazón, si es que lo tiene, es tan seco como el Sahara. Su cabeza es tan fría como el polo Norte. No es mujer más que en la forma; pero confieso que en ese sentido es una admirable expresión de la belleza. Te aseguro que si no es una perfección se aproxima mucho á ello; pero la falta el corazón y si el corazón hace á las Magdalenas culpables, hace á las madres de familia sublimes y á las hermanas de la caridad angelicales.

Harry le escuchaba en silencio y la luz iba haciéndose poco á poco en su alma; pero se libraba un combate en su interior, cuyas evoluciones seguía James, no sin gran inquietud.

—Vamos á ver—le dijo—eres un hombre de honor; júrame no volver á pensar en esa muchacha, ó al menos que tratarás de olvidarla. Arráncala de tú corazón y de tú memoria, por mi parte te juro que no volveré á tener para ella, ni una palabra que tienda á recordar nuestras conversaciones pasadas y nuestras tentativas sin resultado.

No tenemos derecho á causarla el menor perjuicio.

Yo no tengo nada de qué acusarla; ella tiene derecho á pensar, y á conducirse como mejor la convenga; no seré yo quien la arroja la primera piedra; pero nuestro papel acerca de ella

debe ser el silencio y la indiferencia: ¿queda convenido?

—Convenido.

—¿Me das palabra de que aceptas este convenio sin repugnancia?

—Te la doy.

—Tu conducta tendrá su recompensa. Desde luego podrás saborear el placer, el ridículo placer de la venganza. En seguida estudiarás con curiosidad las mezquinas intrigas del enemigo y este espectáculo tendrá para tí su atractivo. Por último, te recomiendo para mayor seguridad—y no olvides este consejo—que á fin de sufrir la prueba con menos peligro, inquieras si hay en el país, ó en cualquier parte de los alrededores de Glenmore, una perla oculta, aunque sea en una choza. Podrás pulimentarla, engarzarla en oro puro y colocartela en el dedo.

Eso sería un amuleto precioso, un preservativo contra esa afección peligrosa que engendra terribles melancolías, disgustos violentos, y aloja balas en el pecho. ¡Qué mal me siento! ¡Me has comprendido!

Harry se inclinó:

—Entonces piensa en que tu hermano es tu único amigo, como tú eres el amigo deseado por él, y con el cual cuenta.

Ambos hermanos se abrazaron, permaneciendo largo rato el uno al lado del otro.

Cuando Harry se incorporó, estaba transfigurado.

Su envidia, tan viva y profundamente arraigada, había desaparecido como esas islas volcánicas que no dejan huella alguna y que son engullidas por el mar.

—Ahora—dijo James—me siento mejor. Véte á dormir, lo deseo, y está tranquilo, como esos italianos que habiéndose salvado de una desgracia, ofrecen un cirio á la Virgen.

Y como Harry vacilase:

—Si el juez viene mañana al castillo, á tratar de averiguar lo sucedido, dile que no sabes nada y que no has visto nada; que el accidente no tuvo más duración que la de un relámpago. Déjame hablar á mí.

—El juez no vendrá á Glenmore.

—Te equivocas. Un juez pasea por todas partes su celo. Un juez llega tarde siempre, pero llega. Un juez es peligroso, sobre todo cuando es de apariencia sencilla y bonachona, como el señor Smith Forgeton, y ambicioso como ese hombrecillo de ojos verdes y rostro apergaminado.

James quedó solo y presa de violenta fiebre; pero contento por la bondad que había demostrado á su hermano.

De tiempo en tiempo, la cabeza inquieta de un servidor se mostraba, asomnada por la puerta de la habitación inmediata.

Al amanecer disminuyó la fiebre, y James se durmió con un sueño agitado y lleno de extraños ensueños. Creía caer en precipicios profundos, se veía atacado por animales desconocidos, y recibía á boca de jarro formidables descargas de artillería.

A eso de las diez se despertó con la frente empapada en sudor.

La duquesa, inclinada sobre él, espiaba el momento en que abriera los ojos.

—¿Estás ahí madre?—la dijo con adorable sonrisa.

—Sí, hijo mio.

—¿Hace mucho?

—Una hora.

—¿Para qué os molestais tan inútilmente?

—Ha venido el juez á preguntar por tí.

—¡Ah!

—Viene acompañado del escribano.

—¡Pestes!

—¿Qué se le dice?

—Que pase.

—¿En el estado en que te encuentras?

—Sí, madre mía. Retírate, que deseo hablarle y no me molesta.

—No sé si debo...

—Si quereis complacerme, mi señora duquesa, dad vuestras órdenes y que pase el señor Forgeton.

XXVII

Juana se había aterrado ante una catástrofe cuya causa era la única en conocer.

Los demás sospechaban quien fuera el autor, sin atreverse á revelar sus desconfianzas. Desde los primeros momentos, Juana había visto desarrollarse las peripecias del accidente con tanta precisión como si lo hubiera presenciado.

La envidia feroz que el menor de los Steward había dejado traslucir alguna vez, á pesar de su máscara de hierro, la había dado la clave del misterio.

Cuando llevaron á James al castillo, se presentó á su paso y quiso interrogarle con la vista; pero el joven lord había perdido el conocimiento y no pudo cambiar con ella ni una palabra ni una mirada.

Harry, abatido por la enormidad de su atentado y herido por la sorda cólera que le agitaba, hasta el punto de exponerle á perder la razón, evitó las miradas de la institutriz.

Juana no pudo, pues, descubrir nada y se encerró en sus habitaciones presa de extraordinaria agitación.

El rostro pálido de James se presentaba sin cesar á su espíritu. Era por ella por quien ha-

Al amanecer disminuyó la fiebre, y James se durmió con un sueño agitado y lleno de extraños ensueños. Creía caer en precipicios profundos, se veía atacado por animales desconocidos, y recibía á boca de jarro formidables descargas de artillería.

A eso de las diez se despertó con la frente empapada en sudor.

La duquesa, inclinada sobre él, espiaba el momento en que abriera los ojos.

—¿Estás ahí madre?—la dijo con adorable sonrisa.

—Sí, hijo mio.

—¿Hace mucho?

—Una hora.

—¿Para qué os molestais tan inútilmente?

—Ha venido el juez á preguntar por tí.

—¡Ah!

—Viene acompañado del escribano.

—¡Pestes!

—¿Qué se le dice?

—Que pase.

—¿En el estado en que te encuentras?

—Sí, madre mía. Retírate, que deseo hablarle y no me molesta.

—No sé si debo...

—Si quereis complacerme, mi señora duquesa, dad vuestras órdenes y que pase el señor Forgeton.

XXVII

Juana se había aterrado ante una catástrofe cuya causa era la única en conocer.

Los demás sospechaban quien fuera el autor, sin atreverse á revelar sus desconfianzas. Desde los primeros momentos, Juana había visto desarrollarse las peripecias del accidente con tanta precisión como si lo hubiera presenciado.

La envidia feroz que el menor de los Steward había dejado traslucir alguna vez, á pesar de su máscara de hierro, la había dado la clave del misterio.

Cuando llevaron á James al castillo, se presentó á su paso y quiso interrogarle con la vista; pero el joven lord había perdido el conocimiento y no pudo cambiar con ella ni una palabra ni una mirada.

Harry, abatido por la enormidad de su atentado y herido por la sorda cólera que le agitaba, hasta el punto de exponerle á perder la razón, evitó las miradas de la institutriz.

Juana no pudo, pues, descubrir nada y se encerró en sus habitaciones presa de extraordinaria agitación.

El rostro pálido de James se presentaba sin cesar á su espíritu. Era por ella por quien ha-

bía sido herido. Le veía á sus piés como la pasada noche, suplicándola con la vista y con sus acariciadoras palabras, que cediese á sus deseos. Oía aún sus fogosas protestas, las melodiosas palabras con que trataba de vencer sus resistencias, sonaban aun en sus oídos. Se censuraba su dureza, y si se hubiese atrevido á ello, se hubiese presentado al pié de su lecho para esperar á que despertase y deslizar á su oído la confesión de un amor súbitamente revelado en su alma.

Había jugado con la pasión de los demás, como un niño imprudente con los carbones del hogar y se abrasaba ella misma en las llamas que había encendido á su alrededor.

No pudo dormir.

Aprovechando la perturbación que se notaba en todo el castillo, se mezcló entre los servidores, pudo averiguar el estado de James y tranquilizarse á medias al saber que la herida no ponía en peligro su vida.

Cuando Harry abandonó la alcoba, á instancias de su hermano, encontró á Juana que, medio loca, vagaba por las galerías.

Como al pasar cerca de ella, fiel á su promesa, hiciese como que no la había visto, la institutriz le detuvo por un brazo mirándole con fijeza.

—¿Cómo ha ocurrido eso?—le preguntó bruscamente.

—En verdad que ni siquiera lo sé—balbució Harry aturrido.

—Sin embargo, estabais con vuestro hermano.

—Sí.

—Entonces ¿cómo lo ignoráis?

—¿Qué queréis que os diga? ¡Un disparo es cosa tan rápida!...

—¡Ah!—exclamó ella con rabia—¿sois vos quien le ha herido?

Iba á responderla:

—Pues bien, sí, he sido yo quien le ha herido, porque vos le preferíais. He satisfecho mi venganza y he herido á la vez al amante adorado y á la mujer implacable.

Pero el sollozo que se ahogó en su garganta, en presencia de aquella mujer, cuya pasión animaba su rostro, coloreado por la fiebre, fué la última manifestación de sus moribundos celos. Se acordó de su hermano, de sus sufrimientos y de la fe jurada.

Se encogió de hombros, hizo un gesto de soberana indiferencia y se alejó sin volver la cabeza.

XXVIII

El juez era un hombre flacucho y bilioso. Aunque de exigua estatura, parecía alto, tal era su delgadez. Sus pupilas brillaban como carbunclos, detrás de sus gafas azules. Se traslucía en ellas la rabia venenosa que profesaba á todo el que era más elevado que él.

¡Tener bajo su talón de magistrado, á uno de esos favoritos de la suerte que tienen rentas, gran nombre y que pueden disfrutar de todos los goces de la vida, sin haber tenido otro trabajo que el de nacer, era uno de sus sueños dorados! Ejercer en Perth, jefatura del condado, y ser el jefe de los jueces, era la más acariciada de sus ambiciones!

Había oído hablar del accidente del lago de Aberfull, y las circunstancias en que ocurrió le parecieron desde luego extrañas. Estaba, pues, muy sobre aviso para todo lo que pudiera ocurrir en Glenmore.

La herida de James Steward, pocos días después del accidente del lago, despertó de nuevo su atención. Entreveía vagamente en aquel asunto un golpe de fortuna para él; como quien dice, la calva ocasión, que era preciso no dejar escapar.

Por otra parte, el Sr. Smith Forgeton sabía

aprovecharse bien de las influencias, y no desesperaba de llegar á los más altos puestos de la magistratura, si le protegían los Albany.

Entró andando de puntillas, en la alcoba en que reposaba James, después de una noche agitada y febril, como las que siguen á las heridas graves.

El digno juez había dejado en la habitación inmediata á un hombre pequeño y rubicundo, que respondía al nombre de Josué Baxwell y que le había seguido hasta allí con la gravedad de un pertiguero francés, detrás del oficiante en la procesión.

Era su escribano.

Mr. Forgeton se inclinó hasta el suelo, ante el sillón de la duquesa.

Un relámpago de malicia iluminó los ojos de James al acercarse el magistrado.

No le desagradaba lanzarse á un duelo en que abundaría la astucia para defender á su hermano de un adversario digno de él, y poner en juego todos los recursos de su imaginación, á fin de despistar al astuto jurisconsulto; ¡Sería un duelo de la diplomacia con la magistratura!

—Milord—dijo humildemente el juez—tengo una gran satisfacción en saber que no peligrará la vida de Vuestra Gracia. El deplorable accidente no tendrá, á lo que parece, las desagradables consecuencias que podían temerse; pero todo lo que atañe á los preciosos días de

Vuestra Gracia, me interesa en tan alto grado, que voy á permitirme una pregunta. ¿Ha sido en realidad un accidente desagradable?

James trató de sonreír:

—¡A menos—respondió—que vuestro Honor no juzgue que sea un acontecimiento feliz!

—¡Vuestra Gracia se bromea—dijo el juez—ese es buen síntoma; sin embargo, milord, en el aturdimiento de los primeros instantes, vuestras gentes han dejado una escopeta en el lugar de la ocurrencia, y esa escopeta no es la vuestra.

—¿Y de quién creéis que sea?

—En la culata, de finísima madera, se ven grabadas, en magnífica plancha de oro, las iniciales H. S.: Harry Steward.

—¡Pobre Harry!—murmuró James.—Arrojaría el arma al suelo para acudir más pronto á socorrerme y no se habrá vuelto á acordar de ella.

—Sin duda—replicó el juez;—pero la escopeta está descargada, mientras que la de Vuestra Gracia no lo está. ¿Cómo explicar eso?

El hombrecillo fijó sus claros ojos en el impassible rostro del herido.

James no esperaba este descubrimiento, así que un sudor frío invadió su frente.

—¿Estais bien seguro de eso?—preguntó.

—Perfectamente seguro.

—¿Y qué consecuencias deducís de ese extraño descubrimiento?

El magistrado retrocedió ante la audacia de la acusación que iba á formular.

Volvió la vista hacia la duquesa, que le escuchaba atentamente, y vaciló.

—Yo no deduzco consecuencias—dijo—busco la verdad.

—Yo las deduciré por Vuestro Honor—dijo el herido.—Todos tenemos aquí la conciencia bastante tranquila para no desear que las cosas se aclaren. Suponeis, sin duda, que mi hermano Harry ha sido el causante, por imprudencia, de mi herida, ¿no es ese el sentido de vuestras palabras?

—¡Por imprudencia, acaso!—dijo en voz baja el magistrado.—La justicia ve crímenes en todas partes.

James le interrumpió.

—Para convertirse en criminal es preciso un movíl, y no conozco ninguno que pueda llevar á eso á los Albany.

—¡Los misterios del corazón humano son insondables—dijo sentenciosamente el juez.

—¿Rendís pleito homenaje al principio clásico que dice: «averiguad quién es ella?»—observó James.

El juez tenía interés en demostrar que no se le ocultaba lo sucedido. Se callaría si así lo deseaban; pero quería que le pagasen el silencio.

—En verdad, milord; averigüemos quién es ella.

James, comprendiendo que era tiempo de terminar:

—Vuestro honor nos trata mal—dijo con cierta altivez;—pero hay alguna distancia entre Tyburn y Glenmore. Un juez puede emplear gran celo en descubrir un crimen célebre que le sirva de pedestal; pero aquí, ni hay mujeres que me diten crímenes, ni culpables que los ejecuten.

—¿Me habré explicado tan mal—dijo el juez disculpándose— que Vuestra Gracia haya creído ver una acusación allí donde no trato de encontrar más que luz? Dos circunstancias han llenado mi alma de inquietud, á propósito de esa catástrofe, que hubiera podido llenar de luto á la más ilustre de nuestras familias: la que acabo de tener el honor de exponeros, y esta otra: que es difícil de explicar que vuestra herida, teniendo en cuenta la dirección del proyectil, os la hayais causado vos mismo. ¿Necesitaré afirmar á Vuestra Gracia que estoy dispuesto á aceptar la explicación del accidente que se sirva darme? ¿Se duda acaso, de mi inquebrantable adhesión á la casa de Albany?

El hombrecillo había hecho comprender la importancia del servicio que estaba dispuesto á prestar. Era, además, demasiado hábil para ponerle precio.

—Gracias, mi querido juez—dijo James, de quien la fatiga se iba apoderando.—Tranquili-

zad al cantón y dadle estos detalles, tan naturales como sinceros: una caza muy animada; un tiro escapado en el momento en que yo cargaba la escopeta, la mía ó la de Harry... solemos cambiarlas á menudo, sin fijarnos en ello... En cuanto á la dirección de la herida, ya sabéis que esas cosas no se explica uno jamás cómo suceden... Lo que yo afirmo, por mi honor de Albany, es que yo solo he sido la causa de esta catástrofe, que por dicha me ha tocado á mí únicamente.

Harry entraba en aquel momento.

James tomó su mano y la de la duquesa y las reunió en las suyas.

—Direis al cantón, querido y digno magistrado, que tenemos al menos el consuelo de estar todos bien unidos. Esto acallará las suposiciones de las gentes que recogen las escopetas y descifran sus iniciales, y también las de los calculadores que al fijarse en la dirección de las balas, para saber de donde proceden, suelen equivocarse.

Por lo demás, mi querido magistrado, ya sabéis que contais con las simpatías de mi madre y con las nuestras. De que esto es así, tendreis la prueba tan pronto como se nos presente ocasión, á cambio del interés que por nosotros os tomáis.

El juez tocó con sus huesosos y frios dedos la mano del herido, se inclinó de nuevo ante la

duquesa, dirigió una rápida mirada á Harry, que estaba ligeramente conmovido, y se alejó seguido de su escribano, como *Saint Roch* de su legendario compañero.

La duquesa se inclinó sobre la frente del enfermo y la besó silenciosamente.

—¿Había comprendido? Una duda cruel había cruzado por su cerebro como un meteoro.

El juez y su escribano llegaron al parque y emprendieron su retirada.

El Sr. Forgeton exclamaba moviendo la cabeza:

—¿Quién es ella? Trataré de averiguarlo, aunque no sea más que por amor al arte. ¡Teneis la fortuna, milord, de que la protección de los Albany pesa más en mi balanza que el escándalo de una causa ilustre!

Fué sacado de sus meditaciones por un ruido de voces que iba acercándose. Era Riozarés que se paseaba en compañía de miss Lucy. La conversación era tierna y animada. El rostro de la joven miss estaba más colorado que de ordinario y el español parecía que lo contaba con gran calor historias muy interesantes.

—La señorita de Albany—pensó Forgeton inclinándose ante ella,—no es la mujer.

Algunos pasos más allá, vió á la doncella de rojos cabellos que recorría el parque, en tanto que desde una ventana un *groom* la enviaba sonoros besos.

—He ahí una por la cual ningún escocés tiraría sobre sus conciudadanos.

Al pasar ante el pabellón del administrador del dominio, los penetrantes ojillos del juez vieron entre el follaje la encantadora cabeza de Mary Freeming.

La soñadora niña, con una rosa en la mano, dejaba errar por el espacio sus vagas y tristes miradas.

—¿Estaré sobre la pista?—se preguntó Smith Forgeton.—¡Esta pequeña es adorablemente hermosa!

La joven le preguntó con su dulce voz:

—¿Cómo está Vuestro Honor, y cómo ha dejado á nuestro herido?

—No—pensó el juez,—esa voz suave y esos ojos tan puros, no harán jamás asesinar á nadie.

Continuó su camino, y al salir de una de las avenidas, se detuvo de pronto, siguiendo su ejemplo el escribano.

En uno de los bancos había, indolentemente tendida, una soberbia criatura.

Era Juana.

Fatigada por el insomnio de toda la noche, se había sentado á la sombra de una encina, y el sueño no había tardado en apoderarse de ella.

Con la cabeza caída sobre el respaldo del banco, la escultural garganta levantada por el

movimiento igual de su respiración, los brazos tendidos á lo largo de su traje gris de larga cola, y la punta de los zapatos asomando por debajo de las faldas, dormía.

Estaba tan soberanamente seductora, que el juez permaneció como clavado en el suelo. El escribano Josué Barxwell, con la boca abierta y los ojos saliéndosele de sus órbitas, simbolizaba al más común de los siete pecados capitales.

—¡Maese Josué—dijo el juez—es inútil molestarse en más averiguaciones! ¡Esto lo explica todo!

Juana entreabrió los labios y balbució algunas palabras felizmente ininteligibles. El juez se aproximó espiando los sonidos que se escapaban de la garganta de la institutriz, y esperando saber por ellos lo que tan preocupado le traía, pero no pudo conseguirlo. La joven levantó un brazo, se pasó la mano por los ojos, que cerraban la fatiga, y volvió á caer en el sueño, de que parecía iba á salir.

El juez murmuró algunas frases de descontento é hizo una seña á maese Josué, que emprendió de nuevo el camino, pisando los talones á su superior.

—¡Admirable criatura! — pensaba. — ¡Daría diez años de la vida de juez por besar tan sólo la punta de sus dedos!

XXIX

Lucy había cumplido su palabra. Había ido á la torre de Aberfull, pero acompañada...

Su inseparable caballero la había seguido, con satisfacción por parte de la joven. Su inconsciente confianza con Rowen, la hacía temer las molestias de una explicación.

Su antigua amistad con el aldeano, amistad sin cálculo, por cuya pendiente se había deslizado, la causaba algunos remordimientos; se acordaba de la profunda tristeza que había visto pintada en el rostro de aquel amante tan respetuoso, y hubiera deseado hacerla desaparecer.

A su llegada á la torre, queriendo evitar los sarcasmos del marqués para con su rústico poeta, le dijo:

—Penséis lo que os plazca, Guy llegará á ser célebre algún día. Me complaceréis si le animáis á que trate de vencer las dificultades que se le presentarán. ¿Entendéis?

—Bien, querida miss. Vamos á ver á Shakespeare.

—Le ayudaráis, ¿eh?

—Si no hacen falta más que cien luisas para fundar su gloria, lo haré de todo corazón, hermosa Lucy. ¡Entremos en el santuario!

Guy había escuchado los ruidos del bosque y abrigado un momento esperanzas. Toda la noche, con el valor de los tímidos, que levantarían en peso las montañas en su soledad al pensar en el objeto amado, y que tiemblan como la hoja en el árbol en su presencia, se había jurado que confesaría á miss Steward el amor que encerraba su alma. Había tenido rasgos de elocuencia que le asombraban á él mismo, y estaba seguro de que en un momento de esos de irresistible pasión, persuadiría á la señorita de Albany de su amor y conseguiría que este amor fuera compartido.

Después había entrevisto á lo lejos á la amazona, que galopaba, con el velo tendido al viento y franqueando atrevidamente los obstáculos. Entonces su corazón se había oprimido, y su bravura y aquella intrepidez, tan fáciles lejos del peligro, se habían disipado, desapareciendo como una tela de araña al aplicarla la llama de una antorcha.

Después había vuelto á mirar con atención hacia el bosque, preguntándose si no eran dos jinetes en vez de uno los que hacia allí se dirigían. ¡Le pareció ver más, con gran asombro suyo!

¡El compañero de la joven miss se inclinaba hacia ella hasta besar los rubios bucles de su cabellera!

Bien pronto pudo distinguir el rostro del

jinete que acompañaba á la joven. Era el español, de que le habían hablado los criados cuando para obtener noticias de miss Steward se había deslizado la tarde anterior en las cocinas del castillo, lleno de timidez, y había oído las murmuraciones de los criados, que decían, entre otras cosas, que era imposible que la visita de los amigos de James al castillo terminase sin una boda.

Los amos tienen pocos secretos para los criados: una palabra, una actitud sorprendida, les ponen al corriente de lo que se trata de ocultarles; y en esta ocasión no había por qué ocultar un propósito que llenaba todas las conveniencias.

Miss Steward descendía de los antiguos reyes de Escocia; Riozarés era de la más pura sangre española; Lucy era rubia, y el marqués moreno como un castellano de raza.

—¡Qué hermosa pareja formarían!—exclamaban los criados.

Guy se había ido con la muerte en el alma, no atreviéndose á confesar á nadie sus sufrimientos, tanto más punzantes cuanto que no tenía á nadie á quien confiárselos.

Al ver al Marqués, el aldeano, feroz y pronto á las resoluciones enérgicas, reapareció por un instante en aquella naturaleza bondadosa y dulce.

Tendió el brazo hacia una escopeta que ha-

bía colgada en la pared y se dispuso á empuñarla; pero aquel movimiento no duró más que un instante.

¡Un Rowen no podía cometer un crimen de lesa fidelidad hacia los Steward!

—¡Ea!—pensó;—me parece que estoy loco. ¿Acaso tiene la culpa ese extranjero si á ésa inconsiante la agrada el nombre que lleva y los títulos que yo no puedo darla?

Y como en esto llegaban ya los caballos á la puerta de la torre, saltó, á riesgo de matarse, por una ventana que daba al otro extremo y huyó por entre el bosque.

Á cien metros de la torre, al abrigo ya de todas las miradas, se sentó sobre una piedra y, viendo desaparecer su última ilusión, sintió que su corazón se desgarraba, y lloró amargamente.

Miss Steward y Riozarés, después de haber llamado en vano á los habitantes de la torre, se decidieron á entrar en ella, convenciéndose bien pronto de que no había nadie.

—Creo, querida mía—dijo el español,—que el pájaro ha volado.

—Es que vos le habéis asustado, querido marqués.

—En efecto, ese salvaje hubiera preferido veros llegar sola, y entreteneros hablándoos de ese paraíso en que desea entrar y del cual poseéis vos la llave. No he olvidado sus ditiram-

bos en vuestro honor. ¡Vamos á ver sus otros trabajos!

Los visitantes habían invadido el domicilio particular del pobre soñador.

Lucy se había sentado cómodamente, en el gran sillón en que había sostenido con Rowen interminables conversaciones, y con los ojos fijos en el ennegrecido techo, pensaba sin duda en las humildes y conmovedoras declaraciones del joven iluminado, y acaso encontraba en ellas una secreta ventura.

Riozarés hojeaba los cuadernos en desórden, de que estaba cubierta la mesa.

—¡Sois muy indiscreto, querido marqués!—observó la joven, que había sido arrancada á sus recuerdos por el ruido de los papeles.

—¡Bah!—replicó el español,—los escritos de los grandes hombres pertenecen á la posteridad. Cuanto más me fijs, mi querida miss, más me persuado de que ese insolente os rinde un culto que no tiene nada de respetuoso. Testigos son de ello estos versos, en que el autor sigue adelantando. Prefiero esta manera de expresarse, á la burlesca solemnidad de los madrigales que guardábais en un lugar en que sería yo dichoso si viera que guardábais los míos.

—¡Ah!—exclamó Lucy,—¿habéis hecho un hallazgo?

—Muy interesante—dijo Riozarés, leyéndola

unos versos en que Guy maldecía el destino, que le hacía verse abandonado de aquella á quien amaba.

Lucy se mostraba triste, decidiéndose por fin á preguntarle:

—¿Qué os parece mi poeta?

—Que no lo hace mal para ser un rústico, cuando tenga tiempo pondré en música estos versos.

—¿Y me los cantaréis?

—No, querida miss, decididamente no. Prefero sacrificar algún dinero y enviar á ese rústico á Londres, en donde de seguro hará carrera.

—Opináis como yo ¿verdad?

—Es posible. Sus versos no valen menos que los que se cantan en las *Folies* ó en otra partes, con música de Lecocq ó de Planquette.

Miss Steward se levantó.

Esperimentaba remordimientos por lo que iba á herir á su protegido la visita de Riozarés á la torre de Aberfull.

Cuando ella bajaba ya la escalera de granito, el marqués arrojó sobre la mesa el soneto del poeta, en cuyo reverso había escrito, el día que Lucy se lo dejó, una parodia del mismo.

Era la flecha de Parthos.

La señorita Steward encontró á Guy á la puerta, que tenía su caballo por la brida y que le acercó respetuosamente el estribo.

Tenía los ojos enrojecidos de haber llorado. Su actitud era una muda reprensión á su amiga, que comprendiéndolo, bajó la cabeza.

Riozarés dejó caer la fusta al montar á caballo.

Guy comprendió la intención, saludó á la señorita de Albany y subió á sus habitaciones.

—Decididamente, querida miss—dijo el marqués—vuestro protegido tiene caracter y hará camino.

Lucy no respondió y puso el caballo al galope.

XXX

El herido entraba en convalecencia, y las fiestas de que él era el alma, continuaban en Glenmore, que sus amigos no habían abandonado.

Courcelles pasaba días enteros con el reverendo Kimdale. Comía á menudo en casa del presbítero, en compañía de mistres Kimdale, que se desvivía por hacerle formar la más alta opinión de sus méritos culinarios, y de los pequeños Kimdale, que se relamían con las excelentes confituras que hacía su madre.

Courcelles bailaba á los niños sobre las rodillas, mostrándose muy amable y muy galante con mistress Kimdale, que le proclamaba el más bueno de todos los *gentlemen*.

Y, en efecto, es muy posible que lo fuera. Alegre, buen compañero, incapaz de faltar á los amigos y de cometer la menor bajeza para con las mujeres, dichoso con su fortuna y su apetito, gozando de buena salud, acogido por sonrisas y cumplimientos, risueño y espiritual, liberal y espléndido en su ostentación, amado por las bellas y mimado en todas partes y por todos, era adorable y adorado. ¿Pero qué tenía de extraño todo esto, ni qué mérito había en ello? La naturaleza le había concedido sus pri-

vilegios y la fortuna sus favores. El dinero y el honor no le costaban nada.

Es verdad que algunos, en circunstancias semejantes á las suyas, encuentran el medio de ser molestos á todo el mundo, avaros, hipocondriacos, altaneros, huraños, mal educados y malos.

Otros se erigen en puritanos y condenarían á la horca al pobre que se muere de hambre y les pide con mal tono la limosna que ellos le niegan.

A esos sería preciso exponerlos en la plaza de la Grève y conceder una recompensa al inventor de un instrumento de suplicio, ni demasiado duro ni demasiado suave, para su uso particular.

La argolla de los chinos podría utilizarse en este caso, al menos á título provisional.

Courcelles hablaba á menudo de Riozarés con su buen amigo el clérigo. El marqués se había enamorado ciegamente de miss Steward, que le llevaba al fin que ella se había propuesto, y al cual se había mostrado hasta entónces muy refractario; al matrimonio.

Una carta de la duquesa había sido llevada recientemente por un correo á Perth y desde allí á Londres por el rápido.

En Londres había tomado el vapor de las Indias, á fin de trasmitir, precedida de un despacho, la petición de Riozarés á lord Steward

y de recabar el consentimiento del padre á la proyectada unión.

El Rajah había recorrido el Norte de Escocia y visitado al duque Sutherland en sus dominios.

Estaba de regreso en Glenmore desde hacía algunos días, y había anunciado su próxima partida á la duquesa, hacia la cual manifestaba una gran deferencia.

Lady Steward guardaba en su corazón un secreto cariño hacia el hombre á quien había amado, y sentía gran satisfacción en sus conversaciones con Rama Sahib, en las cuales el nombre de su marido figuraba á menudo.

Sin embargo, veía con extrañeza la estancia de tres semanas enteras que el príncipe había prolongado en Glenmore.

Rama era hombre de una sencillez muy atractiva; contaba en pocas palabras, pero de una manera agradable, las grandes cacerías de su país; se mostraba tan elevado y generoso en toda ocasión, que la casa entera le profesaba una especie de culto.

No había más que una sola persona acerca de la cual guardaba una reserva fría y silenciosa.

No dirigía jamás la palabra á la institutriz y no se mezclaba ni en los elogios ni en las censuras que se la dirigían, en cualquier circunstancia que esto ocurriese.

Juana estaba abandonada de todos.

James evitaba el mirarla.

Harry no la hablaba jamás.

Mortceef había tomado el camino de París, de donde no podía estar alejado por mucho tiempo.

Nadie se atrevería á imputar á Juana las desgracias que se habían sucedido en Glenmore; pero había en la atmósfera una acusación flotante, una sospecha vaga, y sin embargo visible; una duda que nadie se atrevía á formular, pero que estaba en la mente de todos.

Evidentemente figuraba una mujer en aquellos accidentes extraordinarios.

¿Y qué mujer si no ella, á quien su belleza denunciaba, pedía causar impresiones tales?

Sea de ello lo que quiera, Juana sufría mucho en su orgullo.

Comprendía la repulsión instintiva de que era objeto.

Tan solo Courcelles habia conservado hacia ella las atenciones que acostumbraba á tener con las mujeres.

Cuando el vicario se lo hacía notar:

—Mi reverendo—decía,—jamás me causará miedo ninguna mujer, á no ser que sea de una fealdad horrible. Soy hombre valeroso; con tal de que no consigan que me case, no las temo. Además, ¿qué tenéis que echar en cara á la señorita Montaigu?

—Nada, convengo en ello; pero en los tiempos de miss Catalina estábamos más tranquilos.

Miss Steward tenía otras preocupaciones que las de su instrucción, y para que le fuera imposible distraerse, Juana no tenía ya ni los cuidados de una educación que Riozarés iba á ser el encargado de completar.

XXXI

Una tarde, después de comer, se paseaba sola, ó, más bien, erraba á la ventura por el parque, dando libertad á las reflexiones tristes de que se veía asaltada.

El día se ausentaba rápidamente, y en las obscuras avenidas caminaba sobre una espesa alfombra de césped, indiferente á los esplendores de una admirable postura del sol.

De pronto la pareció oír un murmullo extraño detrás de un macizo, á algunos pasos de donde ella se encontraba.

El ruido parecían producirlo repetidos besos. Juana se detuvo.

Hablaban bajo; pero por bajo que hablaran, creyó distinguir la voz del más joven de los Steward.

Se deslizó detrás del tronco de un enorme árbol y esperó.

Bien pronto dos sombras estrechamente enlazadas, salieron de entre la espesura y se aproximaron á donde estaba oculta la institutriz.

Era Harry, en efecto, con el brazo amorosamente pasado al rededor del talle de una joven, cuya falda barría las primeras hojas arrancadas á los árboles por los vientos de otoño.

Cuando hubieron llegado cerca del árbol, ambos amantes se detuvieron.

—Juradme que me amais más que á esa mujer Harry—dijo una voz que Juana conoció en seguida por la de la linda hija de Freming.

—¿Qué niña sois, Mary,—contestó el otro.—Ya sabéis que no amo más que á vos.

—¿La francesa es más hermosa, Harry, y no conseguiré hacerósla olvidar!—dijo Mary colgándose del cuello de su amado.

—Sois tan linda como ella, y más buena que ella; de modo que os querré siempre á vos.

—¿Sois sincero?

—Sí.

—¿Seré muy dichosa si decis la verdad! ¡Hace ya mucho tiempo que pensaba en vos, sin que siquiera lo sospecharais! ¡La institutriz es muy ambiciosa y yo no deseo más que vuestro cariño! ¡Lo demás no me importa! Si seguís queriendome, os prometo que no tendré un solo pensamiento que no sea para vos, ni un latido de mi corazón que no os pertenezca. De cerca ó de lejos mi alma está con vos.

—¿Sois un ángel!

—¿Con qué frialdad lo decís! ¡Veó que me engañais y que seguís pensando en esa mujer, que no causará más que males!

Por toda respuesta Harry la cogió en sus brazos y ahogó sus quejas con un beso.

Cuando se alejaban, Juana oyó estas últimas palabras de Harry:

—Os prohibo, Mary, que pronunciéis el nombre de esa mujer. No quiero volverlo á oír en mi vida.

Para mí, como si ya no existiera. No amaré á nadie en el mundo más que á vos. A vos sólo y para siempre.

Los dos enamorados desaparecieron en la oscuridad de la noche.

Juana abandonó vacilante su escondite.

Aquel de sus enamorados á quien había creído sujetar para siempre con la cadena forjada por ella, la había roto. Su prisionero se había evadido, y recuperando su libertad, disponía de ella en favor de otra.

Aquella súbita revelación, aumentaba su inquietud, no por Harry que la importaba muy poco, sino por James, cuya conducta trataba de explicarse. ¿Se habrían puesto de acuerdo los dos hermanos para renunciar á ella? ¿Cómo comprender sino su actitud?

Irritada, humillada, con el alma enferma, se dirigía hacia el castillo, decidida á poner fin á una situación intolerable, anunciando su partida á la duquesa, cuando cerca de una especie de cortinaje de rosales, dispuestos en forma de anfiteatro y coronados por las últimas flores de la estación, se encontró con un paseante que la detuvo, diciéndola con voz breve:

—¿Tendríais la bondad de escucharme un instante, señorita?

La joven se inclinó, sorprendida.

—Vuestros deseos, príncipe, son órdenes para mí—balbució.

Era el rajah de Freypour.

La indicó que le siguiera y se internó en los jardines, caminando al lado de la joven.

XXXII

Después de un corto silencio:

—Sois muy hermosa, señorita—comenzó el Rajah con mucha calma, y de igual modo que hubiera podido decir que el tiempo era bueno ó malo.

—Así me lo han dicho algunas veces, príncipe; pero yo soy muy modesta para creérmelas esas cosas.

—Hacéis mal. Sois, de seguro, la persona más perfecta que he encontrado desde que me embarqué para Europa.

Juana se inclinó y esperó.

—Además, tenéis notables disposiciones. Vuestra voz es de esas que se complace uno en escuchar, como la de los ruiseñores en las hermosas noches del estío. Tocáis muy agradablemente el piano, y á mí me gusta mucho ese instrumento, del cual se burlan á veces vuestros compatriotas.

La institutriz no contestó.

—Sois también más...—¿cómo se dice?...—más elegante que las demás mujeres.

—En una palabra, príncipe, si no comprendo mal los elogios que vuestra Alteza me prodiga, lo que quereis decir, es que tengo el honor de agradaros.

—Sí, eso es, me agradais, señorita, me agradais mucho.

—Tengo una gran satisfacción en ello; pero aquí no se dice de esa manera. Aquí se dice ¡os amo!—observó maliciosamente la institutriz, mostrando sus finos dientes en su sonrisa.

—Sí, comprendo—replicó el príncipe;—pero yo no os amo; en Oriente no amamos á las mujeres; nos parecen hermosas ó feas y eso es todo. Por otra parte, he estudiado las costumbres de este país, y me he convencido de que si es cierto que se expresan de otra manera, piensan de igual modo.

—Bien—dijo Juana—pues convengamos en que tengo el honor de agradar á Vuestra Alteza.

—Sí, y yo podría añadir que siento hacia hacia vos una sincera amistad; quizás porque aquí se muestran injustos para con vos. No estais en vuestro centro.

Juana trató de protestar.

El Rajah continuó:

En las Indias estimamos á las mujeres por el valor que en sí tienen y por la sangre que circula por sus venas. Estais... ayudadme á explicarme, no puedo explicarme bien... Sirviendo en casa de lady Steward; en Freypour podríais ser una princesa, siendo amiga del príncipe.

¿Quereis?

—¿Y cómo se verificaría ese cambio?

—Sencillamente, miss, muy sencillamente. Cuando una mujer nos conviene, nosotros la compramos; ¿quereis venderos miss? Yo os compraría.

—¡La proposición es extraña; me permitireis, pues, que reflexione!

—¡Como se conoce que sois europea! ¡Os pagais siempre de palabras, y solo de palabras! Mi ofrecimiento os chocha, y sin embargo, ¿qué haceis aquí más que venderos? Solo que aquí vendeis vuestro tiempo, vuestra vida, por una suma miserable, que nosotros arrojaríamos á un pária á la puerta de una pagoda. Me he informado y sé que os sacrificais por algunas monedas de plata que yo no me atrevería á ofrecer á un cocinero, ni aun á una bailarina, por algunas horas de su tiempo.

—¿Me será permitido preguntar á qué servicios me destinaría Vuestra Alteza?

—Sin duda; á los servicios que un hombre rico, generoso y hasta pródigo, puede esperar de la mujer á quien colma de riquezas y á la cual asegura en pocos años la independenciam, la verdadera independenciam, la que procede de la fortuna para el resto de su vida.

—Pero...

—¿Quereis que me explique más?

—Ciertamente. ¡La proposición es tan extraña que hay necesidad de que las condiciones sean claras!

—Bien; yo adoro la música: cantaréis aires de vuestro país: tocaréis los que tanto me ha agradado oír en Glenmore. Me gusta mucho vuestro talento; hablaréis y yo os escucharé.

—¿Y es eso todo, príncipe?

—No; sois hermosa, y me permitiréis veros...

—Bien; pero Vuestra Alteza me permitirá una nueva pregunta. Ese favor que me otorgáis, ¿lo compartiré con otras mujeres? ¿Creéis que una francesa pueda resolverse á semejante humillación?

—Yo os hablo mostrándoos mis ideas y vos me respondéis manifestando vuestras preocupaciones!—dijo el Rajah con cierta impaciencia;—temo que no nos entendamos jamás! No os amo, ya os lo he dicho. He visto muy de cerca á la humanidad para estimarla, y no se ama aquello que no se estima; al menos vuestros filósofos así lo aseguran, y yo lo repito, aunque sin comprenderlo muy bien. Os he visto, y me habéis agradado; he creído descubrir un error de la fortuna, una injusticia del destino—en mi país al destino se le llama Bouddha—y os ofrezco reparar esa injusticia. ¿Cómo? Es muy sencillo. En Glenmore os veo irritada por las humillaciones á que se os somete; yo os haría igual á esos que os tratan como á inferior. ¿Sois pobre? Pues yo os cubriré de oro y pedrerías. Yo habito en el país del sol, y los brillantes son tan comunes

en Freypour como los guijarros en los caminos de Sutherland. ¿Perteneceís á una casa modesta? Pues yo os engrandeceré y os daré un palacio. Seréis mi amiga y os trataré como á favorita. Me distraeréis de la monotonía de la grandeza. Habéis hablado de amor, y acaso logréis hacerme comprender el sentido de esa palabra, que desconocemos nosotros los orientales y que se pronuncia á cada momento en Francia y en este dominio, en que estoy entusiasmado de haber recibido hospitalidad, puesto que en él os he conocido.

Hé ahí lo que yo puedo deciros. He reflexionado mucho, antes de dirigiros estas palabras; ellas son la explicación de mi larga permanencia en este castillo.

Existe una corriente que me atrastra hacia vos y experimento por vuestra belleza... ¡Ayúdame á poderoslo explicar!...

—Una viva inclinación, ¿no es eso lo que quiere decir vuestra Alteza?

—Sí, una inclinación muy viva, que os demostraré cuando gustéis.

Juana se había conmovido al fin ante aquella declaración tan extraña y al mismo tiempo tan halagadora para ella.

Se volvió hacia Rama y le tendió la mano.

El oriental la estrechó entra las suyas, y sus ojos lanzaron una de esas llamas rojas que son como las flechas del deseo.

—Doy las más expresivas gracias á Vuestra Alteza—dijo la joven con voz en que vibraba la pasión,—por la bondad que me manifiesta. Estoy profundamente conmovida. Reflexionaré; pero cualquiera que sea mi resolución, creed príncipe que las palabras que acabo de oír permanecerán grabadas en un corazón que os es fiel. Son las primeras palabras que oigo tan agradables, y me acordaré de ellas hasta exhalar mi último suspiro.

Llegaban en aquel momento á la escalinata del castillo.

¡Croisette no hubiera dicho mejor las frases pronunciadas por la institutriz! ¡La pobre joven había equivocado su vocación! ¡Qué maravillosa actriz hubiera sido, y qué exitos tan grandes hubiera logrado!

Al llegar al último escalón, se despidió del príncipe y le saludó con una reverencia cuya melancólica gracia equivalía casi á una sumisión.

Rama entró en sus habitaciones soñador y preocupado. Estaba más que nunca bajo el encanto que Juana había acabado de completar.

—¿Comenzaré á comprender el valor de la palabra amor?—pensaba.

En el dintel de su cuarto encontró la institutriz á su discípula.

—Os buscaba—le dijo Lucy;—tengo un favor que pedir.

—¿Cuál?

—¿Me prometéis el secreto?

—Sí.

—¿Conocéis á Guy Rowen?

—¿Es de él de quien se trata?

—Sí; figuráos que me ama. ¡Eso es una verdadera locura! Acaso yo haya sido imprudente y le haya alentado sin saberlo. Pero sea lo que quiera, le estimo y no quiero que sufra por mí. El señor de Riozarés, que me ha acompañado á la torre de Aberfull, le ha herido con algunos sarcasmos. Es muy cáustico el señor de Riozarés; pero ved la carta que ese pobre muchacho me ha escrito. Y entregó á la institutriz un papel, en que se veían escritas estas líneas:

«Miss:

»Os amaba y os habéis burlado de mi amor, haciéndome comprender al mismo tiempo que había caído en una ridícula demencia. Tengo, sin embargo, el corazón lacerado por vuestros desdenes. Mañana, á la misma hora en que habéis estado hoy aquí, sabré si las mujeres son tan crueles en el otro mundo como en este. ¡Que Dios olvide vuestra conducta!

»GUY ROWEN.»

—¿Quién os ha entregado esta carta?—preguntó la institutriz.

—Ketty. Dice que parecía estar tan desesperado Guy, que no se atrevió á negarle ese favor.

—¿Y qué quereis hacer?

—¿Creeis que se matará en efecto?

—Es muy posible, miss. ¡Esas gentes del pueblo, añadió con velada amargura, tienen á veces extravagancias!...

—¡Pero eso sería horrible, y además me comprometería, y puesto que no quiero que le ocurra ningun mal por mí!...

—¿Qué es lo que ordenais en vista de todo eso?

—No ordeno, señorita, os suplico que vayais á ver á Guy en mi lugar, que le hableis con cariño y le asegureis que posee mi amistad, que pensaré en él amenudo; que seguiré de lejos, de lejos ¿entendeis? sus esfuerzos; que le ayudaré con todas mis fuerzas. Decidle que tenga confianza en el porvenir; que sea perseverante y un verdadero hombre, tanto por el talento como por el valor y que, ¿quién sabe? ¡qué acaso más adelante nos volvamos á ver!

Miss Steward se expresaba con gran volubilidad.

Por primera vez observaba Juana una expresión enérgica en su rostro, cuya palidez había desaparecido bajo una nube de sangre rosada.

—¡Bien!—dijo la institutriz—iré á ver á Guy Rowen.

—Decidle lo que gustéis; pero sobre todo que no se mate; que lo espere todo del tiempo, todo—repitió alejándose y colocando un dedo sobre los labios.

—¿Se animará acaso la estatua?— se preguntó Juana.

XXXIII

James estaba tendido en un sillón, cerca de un fuego digno de un rey, que llameaba en la gran chimenea de su cuarto, cuyas ventanas estaban abiertas.

A lo lejos, en el campo, se oían los disparos de los cazadores.

En el jardín, Courcelles, cogido del brazo del reverendo Kimdale, debatía con él sobre cuestiones teológicas que se perdían en nebulosas espirales como el humo de su cigarro.

Se abrió la puerta y entró Harry.

James sonrió al verle.

—Ya estoy curado—le dijo;—¡ya ves que no ha durado mucho tiempo! ¿Y tú?

—Yo también.

—¿De veras?

—Sí.

—Tu afirmación carece de seguridad. Sin embargo, Mary Frymeeng es muy hermosa.

—En efecto,

—¡Es asombroso que no me haya fijado antes en ella! Ha crecido como una criptógama, en una noche. ¡Es un encanto!

—Tienes razón.

—Te ama, ¿no es verdad? ¡Eso se vé á la lengua! ¡Qué sinceridad en sus miradas!... ¡Qué

abandono en sus actitudes! ¡Es la perla de que yo te hablaba!

—Sin duda.

—¡Entonces eres dichoso!

—¡Tanto como se puede ser!

James se levantó.

—Pues bien, no, no lo eres. Me engañas. Pareces contrariado: esas respuestas cortas y secas, indican que no eres franco. ¿Qué te pasa? Y con un ligero movimiento de impaciencia:

—¿Es que sigues pensando en la señorita Montaigu? ¡Confíesamelo! Cuando ella se haya alejado, acaso consigas querer más de veras á Mary.

Tiró de un cordón que tenía al alcance de la mano y entró un criado.

—Job—dijo el joven lord.—ved si la señorita Montaigu está en su cuarto.

—¿Qué vas á hacer?—preguntó Harry.

—Lo que es preciso que haga. Después de nuestra explicación, he vacilado, y acaso he hecho mal, en disponer que se la despida. Las circunstancias podían acusarla y yo he querido evitar el escándalo. Hoy todo ha cambiado. Lucy va á casarse y no necesita, por consiguiente institutriz. Tiene, pues, una explicación natural el que la francesa se vaya de Glenmore. ¿Comprendes?

—Te anticipas á mis deseos. Iba á rogarte eso mismo.

—Luego sigues pensando en ella.

—La amo y me avergüenza el que así sea: Mary es de una gracia angelical y yo debería besar donde ella pisa.

—Bien. Dí que te ama y lo habrás dicho todo. Quiere agradarte la pobre muchacha y no lo logra. ¿De qué te quejas, pues, con esos tonos siniestros?

—¿Qué se yo—dijo Harry,—sufro y no se explicarme por qué sufro!

—Pues bien, yo te comprendo. Tratas de llevar tu pensamiento hacia ese derivativo que se llama Mary Freeming y encuentras entre vosotros el fantasma de los recuerdos pasados; á esa otra, siempre presente y siempre atractiva. Eres como un lector que hubiera abandonado su libro en un pasaje interesante para comenzar la lectura de otro y que sintiendo tentaciones de volver á su primera lectura, no presta más que una atención distraída á la segunda, cualquiera que sea su atractivo y su seducción. Continúa, hermano, la novela que lees actualmente y arrojemos al fuego la primera. ¿Es eso lo que quieres?

—¿Qué bien me has comprendido! He cumplido mi promesa. No he hablado ni mirado á la institutriz. He huido de ella como de un peligro; pero hay momentos en que, á mi pesar, no sé que poder extraño me arrastra hacia ella y entonces lamento el compromiso conque me

ligaste y que cumpla. Sin Mary, me hubiera quitado la vida para terminar. Ella me ha cogido de la mano y me ha salvado de mi mismo. La amaré, pues, mientras viva; pero ¡por Dios, que esa fatal encantadora no permanezca un día más en Glenmore!

—¿Me prometes no seguirla?

—Te lo prometo por tu nombre y el mío.

—¿No lo intentarás siquiera?

—Te lo juro.

James, á pesar de el predominio que tenía sobre sí mismo, había palidecido ligeramente al dirigir esta pregunta á su hermano.

—Está bien—dijo,—partirá mañana.

El ayuda de cámara entró en aquel momento.

—¿Dónde está la señorita Montaigu?—preguntó James.

—En la torre de Aberfull.

—¿Sola?

—Con el señor de Courcelles.

Harry se estremeció involuntariamente.

—Veo que es indispensable que parta al instante—dijo James en voz baja á su hermano.—¿Aun estás celoso!

—¿Quién os ha dado esa noticia?—preguntó James al ayuda de cámara.

—Miss Lucy. Es miss Lucy quien ha encomendado á su institutriz una misión acerca de los Rowen.

—Está bien, Job. Déjanos.

Job salió.

James le llamó de nuevo.

—Job—dijo,—cuando la institutriz regrese al castillo, rogadla que suba á las habitaciones de mi madre. No lo olvideis.

Job se inclinó y desapareció.

—Puedes estar tranquilo—dijo James á su hermano.—Esta noche la ejecución, y mañana por la mañana la señorita Montaignu estará lejos.

Cuando se encontró á solas se enjugó la frente con el pañuelo, que quedó empapado por el sudor.

—¡Nunca hubiera creído—pensó—que me costara tan caro! ¡En fin!...

Salió de su cuarto y con el corazón oprimido se fué al de su madre.

XXXIV

Juana estaba contenta con el mensaje de que le había encargado miss Steward. Había entre ella y Guy Rowen el lazo de simpatía que nace de la igualdad de situaciones. Las burlas de Ríoazarés acerca del poeta no habían escapado á su penetración. El noble marqués clavaba sus acerados alfileres en la epidermis del ausente, que no tenía más que un defecto: el de haber nacido sin tener un penique y en humilde cuna. Trasplantado á un medio lujoso, Guy Rowen, con un poco de impertinencia en sus maneras y el atrevimiento que da, hasta á los poetas de veinte años, una bolsa repleta, hubiera brillado entre los iguales de Ríoazarés.

La institutriz había tomado en el secreto de sus pensamientos la defensa del abandonado. Los dardos que herían á Rowen, eran otras tantas flechas que la alcanzaban á ella, y las piedras lanzadas en el jardín del solitario de Aberfull, repercutían en sus habitaciones.

Seguía al trote de su caballo los senderos del bosque, y Courcelles, que la acompañaba á ruegos de miss Steward, alegraba el camino con sus ocurrencias.

—¿Qué vamos á hacer, querida señorita—

preguntó—á la ermita de Aberfull? ¿Podríais revelarme el misterio?

—Si tenéis gran interés en ello, acaso.

—Sé algo; vamos á animar al joven Chatterton, que palidece en su zaquizamí sobre sus papelotes.

—Puesto que lo sabéis. ¿para qué lo preguntáis?

—Por pasatiempo. ¿Y qué vais á decir á ese infortunado Milton, que canta su paraíso perdido?

—¡A excitarle á que persevere! ¡Las gentes que tienen la suerte suya, necesitan ser perseverantes hasta llegar al fin que se proponen!...

—¡Querida mía!—respondió Courcelles—¿tantos atractivos tiene el llegar á ese fin? ¿Creéis que sea indispensable tener la frente cubierta de laureles, como Dante ó Petrarca, para vivir tranquilamente en este mundo?

—Rowen es juez de lo que le conviene—dijo Juana.—Si se equivoca, no lo van á pasar mal los demás por él.

—Tenéis razón; pero, creedme, á pesar de mi apariéncia frívola, he reflexionado mucho; he mirado fijamente á mi alrededor, por encima y por debajo de mí, y visto que las situaciones intermedias en la vida, suelen ser las más envidiadas. Sostenido en una inferioridad modesta, como el ratón en su agujero, el sabio vejeta en ella, sin temer los reveses ni á las

caídas que sorprenden algunas veces á los que están en la mayor prosperidad. Vuestro amigo, el gentil hombre de la torre, ¿no podría contentarse con la vida que lleva?

—El contestaría que esa teoria es buena para los pobres de espíritu: ¿Os conformaríais vos, amigo mio, si os alcanzase uno de esos reveses que sorprenden alguna vez á los que disfrutan de grandes prosperidades? ¿Os conformaríais, repito, con esa medianía que creéis suficiente para que los demás vivan?

Courcelles la miró asombrado.

—¡No he pensado en ello!—repitió,—pero me permitiréis haceros notar, que tengo costumbres diferentes y horizonte más extenso y que en fin, no es la misma cosa!

—Naturalmente—dijo la institutriz;—¡la sangre de Rowen no tiene los mismos componentes que la vuestra! Perdonad estas reflexiones y esperadme; me reuniré dentro de un instante de nuevo á vos... Lanzó su caballo á través de las landas y desapareció en dirección de Aberfull.

XXXV

Rowen estaba en la ventana, y al ver á la institutriz, comprendió. Era un mensaje; el último acaso. La cadena se había roto y la ilusión desaparecido. Se llevó la mano al corazón y sus dedos tuvieron una especie de convulsión involuntaria. Después, su rostro tomó una expresión tranquila y reposada como la de los moribundos después de las últimas sacudidas de la agonía.

Bajó, ató el caballo de Juana á una argolla de hierro sujeta á la pared y cogiéndola por la mano, con la gracia de un noble de raza:

—Teneis que hablarme, señorita,—la dijo.—Venid.

Al llegar á su habitación, ofreció una silla á la institutriz.

—No era á vos á quien yo esperaba hoy aquí. esperaba un último favor, bien ligero por cierto, de aquella que os envía. Me lo niega y creo que tenga razón. La llevareis mi último pensamiento y la dareis las gracias en mi nombre por haberos elegido para endulzar la dureza de su repuesta.

—¿Conque es decir, mi querido Rowen—dijo la institutriz—que amais á mi discípula? Ambos pertenecemos á una misma clase social y

me vais á permitir que os haga notar, como si fuera vuestra hermana, que estais loco.

—No lo ignoro, señorita. He sido muy insensato, en efecto, al soñar en no se que posibilidad y al vivir en un mundo ideal que no tiene nada de común con el nuestro. ¡Ah! ¡que sueños más hermosos! Pero, ¿quereis saber lo que me ha abierto los ojos? No han sido los caprichos de miss Steward, ni ese cambio brusco que la ha hecho olvidar el camino de Aberfuff, ni tampoco la noticia de su matrimonio con ese marqués español, á quien detesto; nó, ha sido la burla de mal gusto que de mí ha hecho con su amante, descubriéndole el respetuoso amor que me había inspirado.

Alargó á la institutriz la parodia de Riozars, escrita en el reverso de la carta que él había dirigido á miss Steward.

Hablaba con calma, como un hombre indiferente á todo lo que pueda ocurrir y para quien ya no existe el mundo. Añadió:

—Direis á miss Steward que he cometido un crimen con atreverme á amarla y que me he hecho justicia.

Y, bruscamente, cogió una pistola, que tenía ya montada y al alcance de su mano, y la aproximó á su sien. Juana exhaló un grito y con un movimiento más rápido que el pensamiento, separó el brazo del desgraciado Rowen. La bala fué á alojarse en una de las vigas del techo.

Arrancando el arma de las manos del poeta, la institutriz la lanzó por la ventana, y colocándose delante de Guy, le obligó á mirarla como una madre que riñe á un niño:

—¿Sabéis—le dijo—hasta qué punto sois débil y cobarde? ¿Habéis pensado lo que ibais á hacer?

—¡No comprendo!—murmuró Rowen:

—¿Y vuestro anciano padre? Ese hombre de corazón rudo y leal, cuya única pasión sois vos, ¿no pensáis en el espectáculo que le preparabais á su vuelta? ¿No habéis visto jamás rodar las lágrimas por su blanca barba, cuando os deja pálido y melancólico en medio de la niebla de vuestros ensueños? ¡Si no lo habéis visto es que estáis ciego!...

Guy dejó caer la cabeza entre las manos.

—¿Y por qué ese acto de desesperación? Guy, pesad bien mis palabras y aplicáoslas. Ambos somos pobres: yo os considero como un amigo y quiero curaros del mal que sufrís.

Habéis visto venir á vos á una joven elegante y graciosa. Os ha concedido esa familiaridad que hubiera concedido á un negrito, ó á un loro de una especie rara.

Habéis creído que compartía con vos la exaltación de los sentimientos que os inspiraba, y ese error es el que ahora os hace sufrir. ¡No sois nada para ella, ni siquiera existís ya en su recuerdo! Vos y yo somos de otra casta infe-

rior é indigna... Una leona no se une jamás á un chacal... Escuchadme, y acordaos de esto. Esas naturalezas altivas y altaneras, se doman; pero por la fuerza, no por la sumisión y la humildad. Además, miss Lucy, y siento nombrarla, no tiene entrañas. Está formada de la altivez y de la ambición. Ha jugado con vuestro corazón por entretenerse, sin pensar en las consecuencias de tan cruel pasatiempo. Conducido por ella, habéis llegado á la fatal situación en que os halláis. Si fueseis una mujer, no hubiera quizá separado la pistola de vuestra frente. Hay ciértas cobardías que son perdonables en una mujer; pero el hombre no tiene derecho á desfallecer hasta hacerse despreciable.

—¿Por qué me habláis así?—preguntó Rowen?

—Porque nuestros destinos son iguales. Yo sufro de igual manera que vos. Sólo que vos sois más feliz que yo. Para una mujer esas cosas no tienen remedio. Para vos os bastará armaros de valor y seguir vuestro camino con energía. Por grandes que sean vuestras ambiciones, con el tiempo y la perseverancia podréis llegar á verlas satisfechas.

—¿Y dónde encontrar á alguien que me anime y me dirija? Escuchadme, miss. Vuestras palabras son duras, pero hay en vuestra voz una ternura que conmueve y en vuestros ojos un calor que penetra. ¡Si estuvierais á mi lado,

si vuestra agradable sonrisa iluminara mi habitación como un rayo de sol, creo que sería capaz de todo! ¡Un mundo de extrañas ideas se agita en mi cerebro! Las mujeres de Shakespeare, las hadas de Moore, las monjas y las castellanías de las antiguas fábulas, se mueven en él como en dominio propio, al mismo tiempo que otros personajes extraños y creados por mí. En Oxford se alababa mi estilo, mis versos pasaban de mano en mano, y una noche, al pasar cerca de uno de mis profesores, el viejo Macpherson, el más ilustre de entre ellos, decía, designándome á uno de sus colegas: «Ese salvaje se elevará más alto que esas montañas.» Esto fué un mal para mí, porque á partir de aquel día no he tenido más que un pensamiento: ¡realizar la profecía del maestro! De día trabajaba con encarnizamiento, de noche mil quimeras interrumpían mi sueño; mi salud se alteró, siendo ese el menor de mis males, pues el aire puro y la vida que aquí llevo me han devuelto las fuerzas que me faltaban; mas para afrontar á la sociedad y abrirme camino, necesito un atrevimiento de que carezco. Además me ha retenido aquí la esperanza que conocéis. ¡Estaba tan hermosa cuando se sentaba aquí á mi lado!... ¡Su voz tenía inflexiones tan cariñosas y sus ojos miradas tan apasionadas! ¡Cómo creer que me ha engañado!

—Sin embargo, es preciso que lo creáis. Ya

véis que en cuanto ha venido otro os ha olvidado. Eso no quiere decir que en el fondo no os estime, acaso; pero ni tenéis castillos que ofrecerla, ni títulos que aportar al matrimonio. Ella se llama *de Albany*, y vos sencillamente; Rowen. Ella es de la sangre de vuestros amos, y vos no sois más que uno de sus servidores. La habéis proporcionado algunos ratos de entretenimiento; pero como ya no os necesita, os arroja á un rincón, como hacen los niños con los juguetes cuando les dan otro nuevo. Esa es la verdad; si es cruel, no por eso debéis dejar de mirarla de frente y ajustar á ella vuestra conducta.

Guy se levantó, enjugó con ademán febril una lágrima, y cogiendo la mano de Juana:

—Gracias—la dijo—por la franqueza con que me arrancáis las ilusiones. Vivía en un error, y vos le habéis disipado. ¡Que lástima que no permanezcáis á mi lado para guiarme! ¡Que yo no pueda oír siempre la celeste música de vuestra voz y contemplaros, á vos, que sois cien veces más bella que la que os envía! ¡Animado por vos, no sé de todo lo que sería capaz! ¿Queréis asociar vuestro destino al mío y salvarme de mí mismo?

Juana movió lentamente la cabeza, y sus labios mostraron una especie de compasión:

—No—dijo—no quiero. Admitiendo que pusiérais mano á la obra, con la energía de un es-

píritu robusto y que pone gran empeño en vengarse de las altiveces y desprecios que le han humillado; suponiendo también que no fueran vanas vuestras aspiraciones, que fuerais capaz de llegar á las alturas, tardaríais en lograrlo lo menos quince años, y yo no puedo confiar mi porvenir á plazos tan inciertos. ¡Deéis que soy hermosa! y dentro de quince años, ¿dónde estará esa belleza de que habláis, y que os hace ser tan pronto infiel á otra... oh, Rowen... como lo seríais mañana conmigo! Yo os habría ayudado á soportar los momentos difíciles y, aun en el caso del más favorable éxito, otra me sucedería en las horas de prosperidad y de triunfo. ¿Tengo razón?

No—dijo Rowen abatido.—Decidme lo que debo hacer y os obedeceré.

Por primera vez le miró la institutriz atentamente.

Los cabellos del joven, formando bucles, caían abundantes sobre sus sienes; el brillo de sus ojos, enrojecidos por una exaltación febril, la expresión altiva y salvaje de su fisonomía y el conjunto de su persona, á la vez elegante y extraño, la impresionaron, y, como el viejo profesor de Oxford, pensó que Rowen no era un hombre vulgar y que su espaciosa frente denotaba una inteligencia superior.

Así es que le contestó con tono en que se notaba la envidia:

—¡Os quejáis de la suerte, y yo, que os veo joven y con un gran porvenir ante vos, os envidio esa misma suerte. ¡Ah, si yo fuera hombre y libre como vos, para trazarme un camino y tuviese la voluntad y los medios de que vos disponéis, no pasaría esas tristezas! Id á Londres y trabajad en cualquier cosa hasta conseguir vuestra independencia; olvidad á las mujeres que os rechazan y no penséis más que en una cosa, en la gloria; y si en efecto tenéis talento, si véis en vuestro horizonte la estrella que ilumine vuestro camino, llegaréis hasta la celebridad. Por la noche, á la temblorosa claridad de una lámpara, ó de un mechero de gas, escribiréis vuestras obras y llegará día en que serán aclamadas.

Entonces, aquellos que os desdennan os adularán.

Si no tenéis nada aquí—y puso un dedo sobre la frente—aun cuando poseyeris por derecho de nacimiento los millones y los dominios de Albany, no llegaríais á ser nada y moriríais en la oscuridad en que habéis nacido. ¡Los hombres sois más dichosos que nosotras, puesto que tenéis el derecho de trazaros una línea de conducta y el de seguirla. Nosotras las mujeres, menos favorecidas, no podemos enriquecernos más que por la infamia, ó por un capricho de la fortuna, y tenemos que morir allí donde el destino nos encadena. Adiós.

Tendió la mano á Rowen, que la llevó á sus labios.

—Gracias—la dijo.—En cualquier lugar y en cualquier situación que necesitáis de mí, no tenéis más que indicarlo, y aunque esté en el otro extremo del mundo, me apresuraré á reunirme á vos.

XXXVI

Courcelles, mientras esperaba á la institutriz, recorría los alrededores de la torre, curioseándolo todo y contemplando el admirable horizonte que aquellas alturas le ofrecían, cuando el ruido de una detonación le hizo acercarse á la torre, creyendo que encontraría por allí algún cazador; pero por más que miró, no vió á nadie.

Al cabo de un rato, exclamó:

—¡Calla! ¡Una pistola á estas alturas inverosímiles!

Y examinando su hallazgo:

—¡Una pistola que acaba de ser descargada! —añadió.—¿Sería ese el ruido que acabo de oír? ¡Bah! ¿Y qué tendría eso de extraño? ¿No estamos en el país de lo pintoresco y de lo imprevisto? ¿En la tierra clásica de las dramas y de los lagos profundos y misteriosos?

Y se puso á silbar un aire de caza, al cual respondieron los ladridos de algunos perros de la torre.

Al cabo de un rato apareció Juana, arrancando un murmullo de admiración al parisiense.

—¡Es una hermosura de primera fuerza—pensó,—y de un valor á toda prueba! Algo ex-

Tendió la mano á Rowen, que la llevó á sus labios.

—Gracias—la dijo.—En cualquier lugar y en cualquier situación que necesitáis de mí, no tenéis más que indicarlo, y aunque esté en el otro extremo del mundo, me apresuraré á reunirme á vos.

XXXVI

Courcelles, mientras esperaba á la institutriz, recorría los alrededores de la torre, curioseándolo todo y contemplando el admirable horizonte que aquellas alturas le ofrecían, cuando el ruido de una detonación le hizo acercarse á la torre, creyendo que encontraría por allí algún cazador; pero por más que miró, no vió á nadie.

Al cabo de un rato, exclamó:

—¡Calla! ¡Una pistola á estas alturas inverosímiles!

Y examinando su hallazgo:

—¡Una pistola que acaba de ser descargada! —añadió.—¿Sería ese el ruido que acabo de oír? ¡Bah! ¿Y qué tendría eso de extraño? ¿No estamos en el país de lo pintoresco y de lo imprevisto? ¿En la tierra clásica de las dramas y de los lagos profundos y misteriosos?

Y se puso á silbar un aire de caza, al cual respondieron los ladridos de algunos perros de la torre.

Al cabo de un rato apareció Juana, arrancando un murmullo de admiración al parisiense.

—¡Es una hermosura de primera fuerza—pensó,—y de un valor á toda prueba! Algo ex-

traño acaba de pasar ahí dentro, y, sin embargo, en su rostro no se nota ni la menor emoción.

Detrás de Juana apareció Guy, con el rostro iluminado por singular animación.

—He aquí nuestro héroe—se dijo Courcelles.

Y dirigiéndose á él:

—Señor Rowen—dijo,— os devuelvo esto que habréis perdido.

Y le presentaba el arma que había encontrado sobre el césped.

—En efecto, caballero—balbució Rowen aturrido,—esa pistola es de mi padre. Se le habrá perdido.

Courcelles iba á demostrarle que lo que decía era mentira. Había encontrado al viejo guarda cerca del lago y era evidente que la detonación que había oído, provenía de la pistola que acababa de encontrar. Pero la institutriz evitó toda explicación.

—¡Ea! mi querido Guy, ¡mi mensaje ha sido cumplido! ¡Animo, idos á Londres y trabajad con energía y constancia! Adiós.

Guy la besó la mano, se encogió de hombros y desapareció bajo el pórtico de la torre.

Courcelles estaba descontento é intrigado. Había allí un nuevo misterio, y la institutriz figuraba en él como en todos los demás.

Dejaba caminar á su caballo cerca del de Juana, sin pronunciar él ni una palabra.

—Es igual—dijo por fin, con tono agresivo á pesar de sus hábitos de urbanidad.—¡No sé si ocurriría siempre lo mismo en Escocia; pero estan pasando cosas tan sorprendentes!...

Juana comprendió el ataque y se puso en guardia.

—¿Desde cuando, caballero?—preguntó.

—Desde que estais vos aquí.

La joven refrenó su caballo.

—¡También vos, señor de Courcelles! ¿También vos me acusais?

—¡Qué quereis, señorita. Yo me dejo llevar por la corriente, y bien sabe Dios que estoy siempre dispuesto á encontrar disculpa en todo lo que se relaciona con la mujer; pero todo el mundo aquí os acusa de los pecados de Israel. Hasta el estimable y reverendo señor Kimdale, ese tipo asombroso de la caridad evangélica, está lamentando siempre el que hayais sustituido á la fealdad en persona; es decir, á miss Catalina-Krugerstein. Pretende, y yo no estoy muy lejos de creer que tiene razón, que si esa horrible y honrada alemana continuase en Glenmore, los caballos no se desbocarian tan facilmente, las escopetas serian menos peligrosas y los jueces no vendrian al castillo, más que cuando la duquesa les invitase á comer.

—¡De modo que opinais como el abate Kimdale!

—Quisiera deciros lo contrario, mi bella compatriota; pero, ¿cómo no entrar en dudas, cuando basta que hayais venido á la torre de Aberfull, para que yo oiga ruidos sospechosos y recoja sobre el césped, pistolas de forma antigua. Poneos en mi lugar y siendo franca responded.

—Si yo me llamase Pedro Courcelles—replicó Juana—pensaría que había nacido bajo la influencia de un astro de oro y que un hada bienhechora me había dotado con la suficiente esplendidez para ponerme al abrigo de las miserias de este mundo. Pensaría que muchos otros no tienen tal suerte y están expuestos á todas las tempestades que sorprenden á los marinos sin estrella y sin brújula; que son ya lo bastante desgraciados para que además se les acuse de las faltas de todos. Yo no acusaría á nadie de un crimen, ó de una mala acción, sin buenas y sólidas pruebas, y evitaría el fiarme de engañosas apariencias que pudieran prevenirme contra gentes que en realidad no tienen nada que ver con las torpezas de los demás. Y por último, si una mujer como la que os habla en este momento, altiva y leal, y que soporta sin quejarse las molestias de una condición inferior, contra la cual se rebela su naturaleza, aunque en silencio, os dijese: «sé que se me acusa injustamente, pero no debo alejarme de aquí porque sería dar la razón á mis destructo-

res; soporto la carga de las faltas que no son mías y soy, por consiguiente, más digna de lástima que de censura; os juro, por el honor de mi madre, que he sido extraña á todo lo que ha pasado á mi alrededor...» Yo, en vuestro lugar, daría fe á sus palabras, y si no tomaba su defensa, me abstendría al menos, de unirme á los que la declaran la guerra... Me habeis dispensado el honor de preguntarme y os contesto. Os he considerado siempre como á un perfecto caballero, y no creo llegado el caso de que rompáis con vuestras costumbres.

Saludó con un movimiento de cabeza, como lo hubiera hecho una soberana, y varió de conversación.

Courcelles se inclinó sin contestar y continuó á su lado en silencio.

Pensaba en que si la institutriz tenía razón, hay bellezas funestas que aún á su pesar engendran el mal á su alrededor; como esas plantas venenosas que matan á los que las respiran y crecen gallardas é indiferentes á los sufrimientos de que son la causa.

Cuando llegaron al patio de Glenmore, saludó con frialdad á la joven y desapareció.

—Después de todo—pensaba—¿que me importa que sea ella ó no, la causa de lo que ocurre! El mal, felizmente, no es muy grave... y quien sabe, acaso si yo hubiese nacido mujer en su condición y dotada de su admirable belleza,

me hubiese dejado arrastrar á mayores excesos, perdiendo á los demás conmigo. ¡Aquel que esté limpio de pecado, que la arroje la primera piedra!

En el momento en que Juana atravesaba el vestíbulo, Job se aproximó á ella y la dijo:

—La señora duquesa ruega á la señorita que pase á verla.

—¡Ah! ¿Ha sido milady quien os ha dado esa orden?—exclamó Juana sorprendida.

—No; ha sido lord James. Su Gracia espera á la señorita.

—Está bien; voy allá.

XXXVII

La duquesa estaba bordando en su habitación, pero gracias á su negligencia, su bordado debía ser tan interminable como el de la tela de Penélope.

James, sentado ante una mesa llena de papeles y de libros, escribía.

Juana entró, oprimida por una especie de adivinación de la escena que la esperaba; se sentía mal y así como paralizada por la terrible superioridad de la fortuna y del rango.

—Sentáos, señorita,—dijo la duquesa con su voz débil y sin siquiera volverse hacia ella.

Juana dirigió una mirada suplicante á su antiguo adorador; pero el hermoso secretario de embajada parecía muy ocupado con sus papeles y no levantaba la vista de ellos.

La desgraciada institutriz se encontraba en la situación de un naufrago que tiende en vano sus brazos al compañero que ha logrado permanecer en tierra y que se defiende contra las olas que le engullen. La joven se ahogaba.

—Os he rogado que viniéseis, señorita,—replicó lady Steward,—á fin de participaros lo que ocurre. Vuestra discípula se casará dentro de poco.

—¡Ah!—exclamó sencillamente la institutriz.

—Sí, el señor marqués de Riozarés ha pedido su mano. El matrimonio se celebrará dentro de unos días.

—¡Ah!—exclamó de nuevo Juana.

—Cuando digo dentro de algunos días—prosiguió la duquesa,—es que cuento con recibir pronto el consentimiento de lord Steward, á quien hemos remitido la petición del marqués.

De todos modos la educación de mi hija ha terminado.

Juana guardó silencio, esperando á que terminase la duquesa.

—Lamento, pues, señorita, no necesitar ya de vuestros servicios.

Y añadió:

—Dejareis el castillo cuando os parezca. Mañana, si quereis. Pasareis antes por casa de Freeming, que os abonará vuestros sueldos y una gratificación de cien libras.

La institutriz se levantó:

—¿Milady no tiene nada más que decirme?

—Nó, señorita, podeis retiraros.

James seguía trabajando con ahinco. Volvía las hojas con rapidez vertiginosa y sin mover siquiera la cabeza.

Juana se estremecía interiormente de cólera. La humillación era doble, puesto que aquel cuyos atrevimientos había rechazado y que en

realidad era el elegido de su corazón, estaba presente.

Salía, vacilante y aturdida por el golpe que acababa de recibir, cuando la duquesa la llamó.

La joven se volvió con alegría. Pensaba que era imposible que la escena terminase de aquella manera, sin un gesto ni una palabra de James, que atenuase la herida que se la infería.

—¿Y qué vais á hacer ahora, señorita?

—No sé, milady—baldunció la joven.—No he reflexionado. Ya veré.

—Un consejo. Yo que vos, renunciaría á la carrera que habéis elegido. Tiene graves inconvenientes. Yo os he recibido por la recomendación de mi antigua amiga la duquesa de Rochemaure. He hecho mal, sin embargo. Otras madres de familia no me imitarán.

Ante esta censura, envuelta en la miel de una frase rebuscada, Juana se estremeció y el instinto de la defensa se reveló en ella, al ser objeto de un ataque que no prevía.

—¿Tenéis la bondad de decirme, milady, por qué no os imitarán otras madres de familia?

La duquesa de Albany no perdió ni por un momento su reposada actitud, y con el mismo tono indiferente dijo:

—Porque el deber de la dueña de una casa, es proteger á sus hijos y á sus huéspedes de tentaciones demasiado vivas, y vos sois muy

hermosa,—es un elogio, no una censura—para que dejéis de ser un verdadero peligro, aun á pesar vuestro.

—¿Milady no me acusa de los accidentes ocurridos en Glenmore, y que yo he deplorado más que nadie?

—No, no os acuso. Hay en ellos una oscuridad que no trataré de disipar. Por otra parte, ¿de qué me serviría el disiparla, puesto que ya han pasado!

—Yo no me he quejado, milady, jamás; y aun cuando he corrido un gran peligro, no he pensado en hacer á nadie responsable de él. Sería injusto pensar que yo me haya expuesto voluntariamente á la muerte, arrojándome en el lago de Aberfull, ó que haya arrastrado á vuestro hijo Harry á ahogarse conmigo. ¿Sería esa vuestra intención, milady?

—No, sin duda; sin embargo, puesto que se toca ese asunto, contra mi voluntad, os diré que en otras ocasiones los caballos no se desbocaban con tanta facilidad en Glenmore y que en tiempo de miss Catalina Kegerstein, segun la observación de mi respetable amigo el vicario de Glenmore, los dos pobres caballos que se desbocaron eran los más pacíficos del mundo. Hay, pues, en esto una influencia misteriosa, cuya causa no trato de averiguar, pero que me aterraria si, lo que Dios no quiera, pensase de nuevo en ello.

La institutriz notaba que sus nervios estaban agitados por rabiosas convulsiones; sabía que en el fondo tenía razón la duquesa y se irritaba de su impotencia para convencerla.

La sangre fria y la altivez de lady Steward, la desconcertaban. Se parecía á un duelista, excitado por la cólera y enervado por la fiebre ante un adversario dotado de la mayor sangre fria.

—En fin, milady, si no puedo persuadiros de mi inocencia, en un asunto en que he tenido la desgracia de ser víctima y no culpable, reconoced al menos que en lo que se refiere al triste accidente de la caza, no he tenido nada que ver en lo sucedido.

—Sin duda que no; pero es extraño que no acusandoos nadie, os tomeis el trabajo de defenderos!

Juana esperaba que James, el galante diplomático, su adorador, dijera algo que la favoreciese y pusiera término á aquella discusión en que ella sufría tanto por su orgullo herido; pero el joven continuó escribiendo y aparentando no oír lo que se hablaba.

La desgraciada perdió entonces la paciencia y elevando la voz, aquella voz tan melodiosa y tan suave, en la cual se notaba ahogados sollozos, dijo:

—¿Que por qué me defiende, milady? Porque aquí nadie piensa en lo injusto que es acu-

sar á una pobre muchacha, sin sostén y sin amigos, de todo lo que ocurre de funesto en esta casa. ¡Porque veo en la frialdad con que se me trata, en la reserva con que se me aleja y en el malestar que causo á mi alrededor, una acusación muda y una sospecha mal disimulada! ¡Porque en vuestras palabras, milady, comprendo lo que ocultáis y que no escapa á mi penetración, aunque ésta no sea muy grande! ¡No, milady, yo no he hecho nada de todo eso de que creéis que soy yo la causa! ¡No sé si soy, por desgracia mía, tan hermosa como vos me dáis á entender; pero aunque así fuera, estaré tan inocente de lo ocurrido como la paja con que un incendiario prendiese fuego a una ciudad! ¡Adiós, milady; dejaré esta casa mañana! ¡La hubiera dejado hace ya mucho tiempo, comprendiendo que había dejado de ser bien admitida, si al alejarme voluntariamente no hubiera autorizado las acusaciones contra las cuales se rebela mi altivez!

Hizo un movimiento para salir.

James buscaba un libro que había dejado caer, produciendo mucho ruido, y que parecía costarle mucho trabajo encontrar, aunque era un *in quarto* de gran volumen.

La duquesa tendió el brazo con esfuerzo hacia la chimenea.

—Con vuestra alteración, que excuso, señora—dijo,—me habéis hecho perder la memo-

ria; aquí tenéis una carta de vuestro padre. A lo que parece, se trata de un proyecto de matrimonio que os concierne. ¡La modesta realidad, vale mucho más que las soñadas grandezas!

Entregó á la joven una carta, en que se veía el timbre de París.

—Gracias, milady—dijo Juana con frialdad.

Y desapareció tras los pesados tapices de la puerta.

James levantó la cabeza y respiró.

—Decididamente, querida madre—dijo,—esa muchacha tiene un gran carácter. ¡Los temperamentos de esa naturaleza son raros!

—Felizmente—replicó la duquesa.—¿No pensáis lo mismo?

—No sé. Quizás hubiera yo debido defenderla, porque, después de todo, no hay motivo para censurarla en nada.

Y rechazando los papeles, tras de los cuales se había parapetado:

—En verdad—pensó—que he sufrido más que ella por su humillación. ¡Pobre joven!

XXXVIII

Juana atravesó los corredores del castillo con paso rápido. Tenía miedo que se leyesen en su contraído rostro los pensamientos que la agitaban. Los sarcasmos de Courcelles, tan bondadoso de ordinario, herían aún sus oídos; las incisivas frases de la duquesa la agobiaban y se sentía pequeña, débil y desarmada ante aquella autoridad de la fortuna.

Su majestad el dinero la dominaba como una torre de iglesia las casitas de la aldea. ¿Qué había ido á hacer á aquella morada casi real? Todas sus esperanzas se desvanecían como el humo, y veía ante sí el implacable rostro de James, que la negaba hasta una mirada de compasión, impasible y glacial. ¡Aquel amante de ayer, la habiaaban donado hasta el punto de que ni siquiera la había hecho la limosna de una frase, cuando humildemente le invocaba! ¡Todo la faltaba á la vez! ¡No le quedaba, en cambio de las grandezas perseguidas por ella, más que la caída ridícula en un matrimonio mezquino y el regreso á casa de sus padres, con la vergüenza de su abortada tentativa. Se encerró en su cuarto y reflexionó. ¡Era imposible, no podía creer en el abandono de James!

¡Quizás no había tenido valor para ir en contra de la opinión de su madre!

Quiso saber á cualquier precio si esta última ilusión desaparecía también. Trazó con temblorosa mano algunas líneas, y llamó.

La doncella se presentó:

—Ketty—dijo la institutriz,—haced el favor de entregar este billete á lord James.

La campana anunció la comida.

Al cabo de algunos minutos, volvió Ketty trayendo la respuesta.

Juana no se atrevió á abrirla delante de la escocesa. Quería estar sola.

—¿La señorita no baja al comedor?—preuntó la sirvienta.

—No, Ketty; estoy indispuesta.

—¿Quiere la señorita que se la sirva aquí?

—Gracias; no necesito nada.

Ketty insistió. Juana había sabido inspirar un verdadero interés á aquella muchacha, cuyo natural era excelente.

Tenía un corazón muy tierno y accesible, y no sabía negar nunca lo que la pedía su señorita.

Hay alguien—añadió tratando de vencer la resistencia de la institutriz—que pasará mal rato si no ve á la señorita en el comedor.

Esperaba entablar conversación con Juana; pero perdió el tiempo, viendo lo cual se dispuso á retirarse.

—Si la señorita muda de parecer—dijo al salir, después de haber tenido cuidado de reavivar el fuego en la chimenea de la habitación—no tiene más que llamarme.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Juana rompió el sobre y leyó la contestación apresuradamente.

Pero apenas si había tenido tiempo de pasar la vista por ella, cuando un grito de dolor y de rabia se escapó de sus labios.

Cayó sobre su asiento, dejó deslizar de sus manos la carta, que atraída por la corriente de la llama se consumió en un segundo, y ocultando el rostro entre sus crispados dedos, permaneció abismada en dolorosa postración.

Había recibido el último golpe y el más cruel de todos. James la devolvía su propio billete, en el cual solicitaba una entrevista de un instante, á cambio de la que le había concedido tiempo atrás. James había escrito tan solo por debajo de la firma de Juana esta negativa: ¡Imposible!

A pesar de su fuerza de voluntad y de la energía de su alma, era mujer, y sintiéndose desfallecer se confesó que estaba vencida.

Después de gran rato se acordó de la carta de su padre y la abrió.

Era breve. La anunciaba en pocas palabras la petición que le habían hecho de su mano. Añadía que aleccionada por la experiencia es-

peraba que volviese á casa, aceptando la modesta posición que la ofrecían.

Y esto era todo. Ni una palabra de cariño.

Evidentemente el padre, molesto y herido hasta el fondo de su alma por las altiveces de su hija y el poco respeto que había tenido á su autoridad, no olvidaba sus rencores.

Es de creer que su actitud le hacía sufrir y que si Juana hubiese dado un paso, resignándose á la sumisión que debía, se hubiese apresurado á atravesar el mar para arrojarle en sus brazos y cubrirla de caricias.

Los padres se parecen y el regreso del hijo pródigo será eternamente celebrado en las familias.

Pero en aquella carta incluía otra; comovedora por su sencillez é impregnada de la casta pasión del que la había escrito. Héla aquí:

«Señorita Juana:

»Mi frente abrasa; tengo el corazón enfermo, y voy á decirlo por qué. Os amo. No he tenido necesidad de decírselo á vuestros padres. Según parece, lo presumían hace tiempo. Os escribo con su autorización, y creo que se mostrarán muy contentos si escucháis la súplica que os dirijo. ¿Queréis ser mi mujer? No me atrevo á esperarlo. Me hago justicia. No he nacido para halagar el amor propio de jóvenes como vos, y mi alma no es de esas de las cuales puede un

enorgullecerse; pero os amaré mucho y emplearé mi vida en labrar vuestra dicha.

»Mi tía, la de Limoges, acaba de morir á los setenta y nueve años. Era hermana de mi padre, y sin embargo—¡qué egoistas y qué malos somos!—me he consolado bien pronto de su pérdida, y me censuro á mí mismo por mi poco agradecimiento hacia la pobre mujer. Era más rica de lo que se creía, y como gastaba poco, ha dejado importantes economías.

»¿A quién creéis que se las ha dejado, por un testamento en toda regla? ¡Al ingrato que os escribe!

»No tenía menos de noventa mil francos, y, aunque después de todo, esto no es una fortuna, me he decidido á hablar á vuestro padre, á quien quiero desde hace cinco años como si hubiera reemplazado al mío.

»Tendríamos con esto para empezar á vivir al menos.

»Os suplico, mi querida Juana, que no rechazéis la mano que os tiendo tembloroso. Escuchadme; os juro que seréis dichosa, aunque debiera yo sacrificarme por conseguir todo lo que deseáis.

»Espero vuestra respuesta con ansiedad. Mi esperanza se cifra en vuestra contestación. Desde vuestra partida no he dejado de tener la vista fija en vos, porque ya sabéis que no he pensado en otra cosa desde el día en que os ví,

y que, cualquiera que sea vuestra respuesta, no tendré otro pensamiento que vos mientras yo viva, aunque cuando muera de tanta edad como mi tía Rosalía.

»Vuestro respetuoso servidor

»ISIDORO BERNOUIN.»

Aquella carta, en que el amor honesto brillaba en cada línea, calmó los nervios de la joven.

Una nube oscureció sus miradas, vueltas hacia el tranquilo horizonte de las alegrías de la familia. Su corazón se oprimió y silenciosas y dulces lágrimas corrieron por sus mejillas.

Tuvo un momento de vacilación y durante este momento que decidió de su suerte, entrevió en una ráfaga luminosa la tranquila dicha de los que marchan por el camino recto, cogidos de la mano, fieles á la ley del deber, y extraños á las locas pasiones que turban la serenidad del alma, y que envenenan á menudo el resto de la vida por un momento de placer. Después escribió rápidamente algunas líneas.

«Mi querido Isidoro:

Se detuvo.

—¡No me casaría jamás con un marido que se llama Isidoro!—dijo.

»Vuestra oferta me conmueve y os estoy

sinceramente agradecida; pero no quiero causar vuestra desgracia; no me siento con bastante valor para ser una buena mujer. Estúpidas ideas de lujo y de orgullo me han arrastrado. No he nacido para ser tan feliz como lo será la esposa que elijais. Olvidadme bien pronto, os lo ruego y hareis bien en obedecerme. No quiero que nadie lo pase mal toda la vida por mí.

»¿Quereis un consejo? Mi hermana Marta es tan hermosa como yo, si verdaderamente merezco los elogios que me han perdido. Marta es mejor y creo que os amará si os dirigís á ella en la forma en que os dirigís á mí. Tiene cualidades que á mí me faltan y podéis disfrutar reunidos de una dicha que yo no os proporcionaría.

»Adiós, mi querido amigo, pensad alguna vez en mí; no me volvereis á ver; pero creed que tendreis siempre, en cualquier lugar en que yo esté, una buena y cariñosa amiga en mí.

»JUANA.»

Cerró la carta con cuidado. Puso la dirección en el sobre y la colocó sobre la chimenea en una copa.

Después de esto, dió algunos pasos por la habitación y se aproximó á la ventana que abrió.

A lo lejos vió una mesa, en las habitaciones de la servidumbre, cubierta de platos y de botellas, magníficamente alumbrada por una araña de treinta bujías, y sentados á su alrededor á los criados de la casa, que comían alegremente.

Las risas y las frases alegres dominaban todos los extremos de la mesa.

—¡Son más felices y más libres que yo!— pensó la institutriz.—¡Yo no tengo ni aun el derecho de compartir con ellos sus placeres!

En el salón se oía la voz de oro de Riozarés, que suspiraba una serenata á su bella.

Y en la penumbra de los *parterres*, Juana vió dos sombras estrechamente enlazadas que se perdían en las avenidas del parque.

Eran Harry y la graciosa y buena Mary Freeming.

XXXIX

Se arrojó desesperada sobre el lecho. ¡Cálculos, ambiciones, sueños de amor, ilusiones de fortuna y de grandeza, todo había desaparecido arrastrado por la tempestad!

Pero como había calculado sus probabilidades de éxito, había medido también las consecuencias de la derrota y preparábase para este caso.

Se levantó, abrió un cajón, sacó de él un cofrecito de ébano, cuidadosamente cerrado, en el cual, sobre un estuche de seda de color malva, reposaba un frasco pequeñito de color verdoso.

Sus labios tuvieron un estremecimiento nervioso y su pecho una agitación involuntaria, como si hubiera visto ante sí á un reptil de la especie más peligrosa.

—¡Yo te saludo—dijo—á tí que puedes darme el reposo y la independencia! ¡Estuve inspirada el día en que te robé en el laboratorio de mi padre; pero no sabía que tuviera que reclamar tan pronto tu ayuda!

Desempeñaba su papel como si hubiese sido en la Comedia Francesa la heroína del último acto de un drama.

Llamaron á la puerta.
Era Rowen.

—Vengo á despedirme de vos, señorita, y á manifestaros mi agradecimiento. Sigo vuestros consejos y marchó de aquí. No sé lo qué haré; pero confío en que llegaré á conseguir lo que me propongo.

Iba vestido como un aldeano sencillo que va á hacer un viaje á la ciudad vecina. Su aspecto decidido llamó la atención de la institutriz.

—¡Sea enhorabuena, Guy—dijo;—os conducis como un hombre!

—Todavía no. Pero acordándome á menudo de vuestra visita y de vuestros consejos, llegaré á serlo.

Se acercó más á ella, y la dijo en voz baja...

—La he visto hace un momento y...

—¿La habéis hablado?

—Sí.

—¿Mucho?

—Un minuto, un relámpago de dicha!

—¿Seguís amándola?

—Sí.

—¿Qué os ha dicho?

—«Os seguiré de lejos, y donde quiera que estéis, mi corazón estará con vos, y... ¡quién sabe, acaso volvamos á vernos!...»

—¿No os ha dicho más?

—Sí, me ha dicho: «Trabaja y elévate. Los grandes artistas son iguales á los grandes señores.»

—Es verdad.

—Ahora parto, y os juro que llegaré á ser lo que ella quiere, ó moriré en la lucha.

—¿Os habéis convencido, Rowen, de que yo tenía razón? ¡Sois feliz!

—¿Y vos, Juana?

—¡Oh, yo, os lo repito, no soy más que una mujer! Meditad en esto que os voy á decir. Ella os servirá para vuestras obras futuras.

Guy no respondió desde luego.

Se inclinó sobre la mano de la joven y la retuvo largo rato entre las suyas.

—¡Me habéis salvado de mi locura!—la dijo al fin—y no lo olvidaré jamás!... Pensad en mí! Salió.

La joven permaneció un momento con los ojos fijos y meditando, semejante á un sabio que busca la solución de un problema desconocido. Después, saliendo bruscamente de aquella contemplación dolorosa é incierta, se aproximó al piano.

Tocó, á la sordina, con exquisito sentimiento, el Adiós, de Schubert, y sucesivamente, prestando atención á todos los ruidos del castillo, como si hubiera esperado hasta el último momento una visita inesperada, el Ave-María, de Gounod, y la canción del rey Thulé del *Fausto*, y á cada nueva decepción sentía que su pecho iba á estallar bajo la violencia del dolor que se apoderaba de ella por momentos.

El silencio predominaba en la extensa morada. Se habían apagado todas las luces y el sueño parecía apoderarse en la oscuridad de la magnífica residencia de Albany.

—Es preciso acabar—pensó Juana, aproximándose al cofrecillo; pero á la vista del frasco retrocedió como Cleopatra á la primera vista del áspid que la llevaba á la muerte.

—¿Acaso me faltará valor?—se dijo, cerrando con disgusto el cofrecillo.

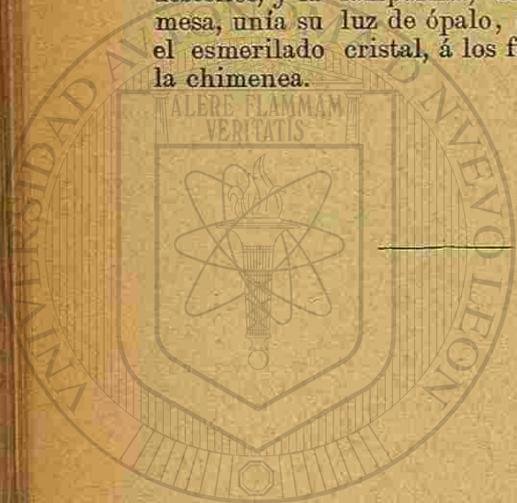
Para alejar el momento echó mano de los recursos, ó de los subterfugios que el espíritu más enérgico emplea para no desprenderse de la última y suprema esperanza.

—Mañana por la mañana—pensó—estaré á tiempo de hacerlo.

Entonces, satisfecha por haberse concedido ese plazo de gracia, se dedicó tranquilamente á su *toilette*, como si hubiera tenido ante sí la eternidad de medio siglo de vida.

Deshizo las trenzas sin rival de sus magníficos cabellos y cubrió con ellos sus hombros, de una forma y de una elegancia divinas. Se envolvió en una de esas camisas de dormir, hechas de muselina tan ligera, que los patricios de la decadencia, enemigos de los pliegues de la hoja de rosa, no hubieran sospechado que existía, y fresca y perfumada como una novia, se tendió sobre su lecho, cuyos colores sombríos formaban gran contraste con su blancu-

ra, que hacía mayor el encanto. La leña que ardía en la chimenea, arrojaba moribundos destellos, y la lamparilla, colocada sobre una mesa, unía su luz de ópalo, amortiguada por el esmerilado cristal, á los fugaces brillos de la chimenea.



XL

Juana se había sumergido en uno de esos estados nerviosos en que ni se duerme ni se vela.

La pareció que la puerta del cuarto giraba silenciosamente sobre sus goznes, que un ruido ligero se sentía cerca de ella y que una sombra de mujer desaparecía tras los *portieres*, que caían pesadamente.

¿Era una ilusión?

Levantó la cabeza y miró á su alrededor.

Un hombre estaba de pie cerca del lecho, é inmóvil como una estatua.

—¡Silencio!—dijo poniendo un dedo sobre los labios.—No temáis nada. Es un amigo que viene á hablaros por última vez.

Juana trató de responder; pero la voz se ahogó en su garganta.

—Parto mañana—replicó Rama Sahib, pues era él,—y tengo una súplica que dirigiros, súplica que acaso escuchéis con gusto. Vuestro orgullo, ese orgullo, que comprendo tan bien, en una adorable criatura mal comprendida, ha debido ser cruelmente ofendido hoy, ¿no es verdad?

—¡Oh! sí, príncipe—balbució la joven.

—Lo sé todo—prosiguió el Rajah,—se os ha

rrojado de aquí como á una esclava indigna. ¿Queréis elevaros á la altura de esos que os han humillado?

—¿Qué es preciso hacer?

—Seguirme al país del sol; allí tendréis servidores que realizarán de rodillas vuestros caprichos; resplandecientes palacios y oro para arrojarlo á manos llenas. Os elevaréis tan por encima de los que hoy son vuestros iguales, que su frente no alcanzará á tocar más que la suela de vuestros zapatos. Aquí sois una criada; allí seréis una reina.

—¿Y de dónde llegarán á mí esos honores y seas riquezas, príncipe?

—De mi voluntad, puesto que os las ofrezco.

—Y en cambio ¿qué exigís de mí?

Rama sonrió.

—Vuestra amistad, tal como puede ser la amistad de una mujer que ha recibido del Señor ese don sin igual de la belleza, para admiración del hombre que la eleva por encima de las demás mujeres. ¿Queréis?

Juana bajó la cabeza y se calló.

Vacilaba. Se libraba en ella un combate, cuyo éxito no hubiera sido dudoso en otra ocasión. Su honor se revelaba contra el paso que se la proponía. La repugnaba venderse, fuera cualquiera el precio que aquel Nabab pusiera á su persona. Además, por grande que fuese la elevación que tenía en perspectiva, tendría que

vivir en una dependencia incompatible con la altivez de su carácter.

Por último, lo que ella quería era gozar de su triunfo y que lo presenciaran sus detractores de la vispera, sobre todo James, cuya injuria la oprimía el corazón y la trastornaba la cabeza. ¿Qué la importaba, pues, un reinado en las Indias, si al fin y al cabo no era otra cosa que una servidumbre disfrazada con los brillantes colores de las cortes de Oriente?

Rama Sahib contemplaba en éxtasis las maravillas de aquella juventud que se desbordaba, respiraba los olores de heliotropo y de rosa que se desprendían de la joven, admiraba los marmóreos hombros, que parecían más blancos aun bajo los cabellos, que los velaban sin ocultarlos á la vista.

—¿Qué decidís?—preguntó con voz en que se revelaba la pasión, que iba agrandándose en él.

Esperaba la respuesta con ansiedad.

—¡Freypour está muy lejos!—murmuró por fin la institutriz.

—Comprendo—replicó Rama;—quieres vivir cerca de aquellos de quienes deseas vengarte. ¿No es eso lo que piensas?

Juana se calló; pero inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Rama se acercó más aun á ella.

—Te encuentras sin elementos para tu ven-

ganza, puesto que eres pobre. El dinero da la fuerza. ¿Quieres ser rica? ¿Quieres ser independiente? Puedes serlo. Eres la única mujer que ha conmovido las fibras de mi alma. Escúchame. He estudiado la vida y costumbres de tus compatriotas. Para que una mujer se vea libre de los cuidados de la existencia, y se maneje á su gusto; para que se pertenezca; para que vaya adonde su capricho la lleve, como una golondrina que viene en la primavera y parte á los primeros vientos del invierno, son precisas, puesto que vosotras os contentais con poco, dos ó tres mil libras esterlinas al año.

Juana escuchaba, dominada por las palabras del Rajah.

Sus ojos le interrogaron con una mirada profunda y sombría, en la cual brillaba sin embargo, una ráfaga de luz.

El príncipe sacó del pecho un collar de diamantes, que inundó la habitación de luces semejantes á las de las estrellas en una noche de verano.

—Este collar dijo—es uno de los más preciosos que existen en el mundo. Te lo dejaré. Lo enviarás á Londres á mis banqueros Dixon é hijos, Regent Street. En cambio te entregarán cincuenta mil libras esterlinas.

Colocó sobre la mesa el collar, con un billete concebido en estos términos:

«Los señores Dixon é hijos, banqueros en

Londres, Regent Street, entregarán á la señora Juana Montaigu, institutriz al servicio de la duquesa de Albany, en el castillo de Glenmore, á cambio de este collar, la suma de cincuenta mil libras esterlinas.

Glenmore 15 de noviembre de 1877.

RAMA SAHIB.»

—Ya ves que he pensado en todo—continuó—lo he preparado todo con solicitud para tu porvenir, seguro de que llegará un día en que cansada de esta sociedad injusta é indiferente, te reunirás á mí en un lugar de delicias y de encantos. Aquello es el paraíso; los lagos son azules: los guijarros son diamantes; las flores crecen en todas partes; los valles son jardines de rosas y de las flores más admirables y tú encontrarás en aquellos lugares encantadores á tu mejor y acaso tu único amigo.

Juana estaba fascinada, soñaba; las frases del príncipe llegaban á sus oídos como esos murmullos vagos que nos mecen en las montañas, murmullos del mar y de los vientos.

El Rajah tenía las manos de la joven entre las suyas.

—Quería llevarte conmigo—prosiguió—tan lejos, que el recuerdo del presente se perdiese entre las brumas del horizonte. Tú hubieras llevado á Freypour algo así como un reflejo de

vuestra civilización; me hubieras hecho oír las melodías de París, la patria de los conciertos armoniosos y del lujo inimitable. Esperaba poder comprar tu vida entera y encadenarte á mí; no sé aún qué precio hubiera puesto á esa adorable posesión. Tú reflexionarás más adelante, atraída por los esplendores mágicos del Oriente y estoy seguro de que irás al refugio que te he preparado contra las incertidumbres de una vida aislada y sin objeto. Atravesarás los espacios que nos separarán y volveré á verte allí; hoy no exijo tanto.

Vaciló un segundo. Estaba admirable por su pasión, y brillaban en su mirada todos los atrevimientos.

Juana, asustada, anhelante, le miraba con inquietud.

—Juana—dijo el príncipe tocando ligeramente con sus labios los cabellos de la joven—creo comprender ya esa palabra amor, ignora da por nosotros los orientales, y te agradezco el habérmela hecho conocer. ¿Aceptas el ser mi dueña y señora?

Con un movimiento lleno de pudor, la joven ocultó el rostro con la mano derecha, y dejó deslizar la otra en las de Rama.

¡El pacto estaba concertado!

XLI

Al día siguiente, al despuntar el alba, la institutriz fué despertada por un gran ruido de caballos y de coches. La luz penetraba á través de las persianas, llevando consigo la alegría. Cansada y medio desvanecida, se había dormido. El sueño se había disipado. No se acordaba de nada. Pero pronto volvió á la realidad.

Entonces se levantó agitada y nerviosa.

Vió el collar de diamantes que brillaba cerca de ella, y leyó, costándola trabajo creerlo, la orden de cincuenta mil libras esterlinas dejada allí por el príncipe.

—¡Es verdad, no es una ilusión!

Esperimentó una alegría mezclada de vergüenza.

—¡Soy libre! ¡Soy rica por fin!—exclamó corriendo hacia la ventana.

Rama, en un breack con cuatro caballos, daba la mano á James que le despedía.

Guy Rowen, confundido entre las gentes del séquito del príncipe, aprovechaba la partida del cortejo para irse á Perth y de allí á Londres.

Su resolución le había metamorfoseado. Es-

taba de buen humor y parecía tener grandes ánimos.

Le pertenecía el porvenir.

La institutriz, apoyada en la ventana, parecía trastornada, como si acabase de despertar bruscamente de una pesadilla, é indiferente al desórden de su traje, se mostraba medio desnuda á las miradas de los criados, que la señalaban con el dedo, enviando al príncipe un saludo que se semejaba á un beso.

Rama Sahib la respondió con un gesto que equivalía á esta interrogación:

—¿Venís? ¡Os espero!

La joven movió lentamente la cabeza y enrojeciéndose al encontrarse su mirada con la mirada de James, que había sorprendido lo que uno y otro se habían dicho, desapareció.

XLII

Juana al hallarse sola, se sintió dominada por invencible disgusto. Estaba humillada por su caída y se avergonzó por la ambición que la había arrastrado al abismo como á una muchacha cualquiera.

Con la cabeza levantada y los ojos cerrados, como si temiese ver la realidad que la rodeaba; sufrió un ligero desvanecimiento. Al volver en sí, sus dedos, contraídos, desgarraron los encajes de su peinador; su pecho se agitaba convulsivamente y mordía con rabia el pañuelo que ahogaba sus suspiros. Era la suprema rebelión de la juventud contra la destrucción de la vida, contra la nada.

Se levantó bruscamente y se fué ante un espejo, que la reflejó por completo.

—¡Lástima—dijo,—pero para vivir despreciada y escarnecida!...

Dió algunos pasos en la habitación, sin resolverse aún, escuchando los ruidos del exterior.

El castillo se animaba. Las idas y venidas de los servidores se hacían más frecuentes,

—¡Es tiempo de acabar!—murmuró.

Era una de esas mañanas que los artistas encuentran tan bellas, por sus suaves tonos, variados hasta el infinito.

El sol brillaba acariciador, como un amigo que se aleja y que quiere que se lamente su ausencia.

Su luz jugueteaba sobre las ropas de seda del lecho.

—Me extinguiré con este rayo de sol— murmuró la joven.

Se sentó ante su secreter, y escribió las siguientes cartas:

La primera era corta.

«Mis queridos padres:

»Lamento los disgustos que os he causado, y me castigo quitándome la vida.

»Vuestra hija,

»JUANA MONTAIGU.»

La segunda era para la duquesa de Albany.

«Milady:

»Vuestras injustas sospechas han herido mi corazón. Comprenderéis el mal que me habéis causado, al recibir esta protesta de un alma tan altiva como leal. A pesar de la elevación de vuestro rango, vuestra dicha no es tan completa que pueda envidiarse. He lamentado á menudo vuestras desgracias; hoy os perdono.»

La tercera estaba dirigida á lord James Steward.

«Mi querido James:

»Si pensáis alguna vez en mí, cuando ya no exista, y os preguntéis por qué he dejado de existir, imagináos que me lo habéis preguntado á mí y que os he contestado lo siguiente:

«Vuestro olvido, las durezas de vuestro desden, el inexplicable silencio que habéis guardado en presencia de vuestra madre, cuando debíais estar convencido de mi inocencia, vos, de quien tuve que defenderme, resistiendo acaso á una de las más vivas inclinaciones de mi corazón, eso es lo que me ha matado.»

»¡Desgraciadas las jóvenes á quienes la naturaleza dota de ese presente funesto de la belleza, sino añade á él la fortuna para protegerlas. Me habéis juzgado mal. Habéis supuesto que sentía una indigna pasión por el dinero. Encontraréis cerca de mis restos la prueba de vuestro error. Si lamentáis mi muerte, aunque no sea más que por un momento, y yo lo sé en el país á que me dirijo, seré muy dichosa. Adiós.»

La última carta era para el Rajáh.

La dejó abierta.

«Querido príncipe:

»Únicamente vos habéis sido bueno para conmigo y podéis contar con mi agradecimiento, pero no pudiendo resolverme á segui-

ros, ni á aceptar vuestras generosas ofertas, os devuelvo vuestro real presente. Adiós.»

Añadió á aquella carta un billete concebido en estos términos:

«Ruego á milady Steward, que haga llegar á poder de su alteza Rama Sahib el collar de diamantes y esta carta.»

Se levantó y dirigió una última mirada á los maravillosos alrededores de Glenmore.

Dos lágrimas, inmediatamente reprimidas, asomaron á sus ojos, y como era de la raza de esas adorables criaturas creadas para la delicia de la vista y los goces de la contemplación, se puso á hacer su última *toilette* con amargo placer.

—Quiero disponerme para mi último amante, lo desconocido—pensó.

Suponia que James iría á contemplarla y quería seguir mostrándose bella para él.

Luego, y habiendo colocado previamente las cartas de manera que llamasen la atención, se tendió en el lecho.

Estaba cubierta por un peinador de batista, con el pecho, espléndida obra maestra de la naturaleza, descubierto, los cabellos tendidos sobre los hombros, de la blancura mate del marfil y con los brazos desnudos.

Una sonrisa se dibujaba en sus labios al pensar en lo que dirían cuando la contemplaran.

La parecía que una multitud de espectador-

res invisibles aplaudían su valor; que aquel instante difícil que franqueaba con tanta tranquilidad y sangre fría, era un momento de triunfo para ella.

Su caída, disimulada por su astucia, los remordimientos que dejaría tras sí, la certeza de que no se la podía inferir ya humillación alguna y de que se lamentarían sus desgracias, la prestaban una fuerza sobrenatural.

Iba á la muerte como una novia al altar.

Había llegado el momento.

Ruido de pasos que partían de los corredores, llegaban á sus oídos.

Tuvo miedo de ser sorprendida en su obra de destrucción, y destapó vivamente el frasco de cristal que había colocado al alcance de su mano.

Un olor penetrante de violetas y de almendras amargas se extendió por la habitación, impregnando las ropas y revelando la naturaleza del terrible veneno que había elegido la joven.

Después, rápidamente, como si hubiera temido vacilar en el último momento, se hizo con un alfiler de plata una ligera herida en el brazo derecho y aplicó la boca del frasco sobre la herida.

El efecto fué como el de un rayo.

Cerró los ojos y se mordió los labios para ahogar un grito de dolor.

Su cuerpo se encogió como un arco bajo el violento esfuerzo de un arquero, y, distendido después por un espasmo convulsivo, cayó rígida sobre la seda azul de la colcha de la cama.

Poco á poco perdió la pasajera rigidez y una celeste tranquilidad, la quietud de los muertos, se pintó en su palido rostro; uno de sus brazos se deslizó sobre el borde de la cama y el otro se replegó sobre el pecho.

Se hubiera dicho que dormía.

¡Dios había empleado veinte años en perfeccionar aquella obra de la creación!

¡Un segundo había bastado para destruirla!

XLIII

Acababan de dar las once.

Los huéspedes del castillo estaban sentados á la mesa. Reinaba entre los comensales y los anfitriones un malestar incomprensible, un malestar de esos que pesan sobre una reunión de amigos ó de familia, como los calores que preceden al simoun y abaten las energías más robustas.

Tan sólo Courcelles lanzaba de tiempo en tiempo una frase alegre, que causaba el efecto de fuegos artificiales con pólvora mojada.

El reverendo Kindale, con la nariz sobre la servilleta, sufría, á pesar de su buen humor tradicional, la influencia de los malos vientos que habían soplado sobre Glenmore.

Riozarés conversaba en voz baja con su prometida, que le escuchaba distraída, acordándose aun del adiós que le había deslizado furtivamente al oído Guy Rowen.

Las dos ausencias, que se notaban en la suntuosa mesa, eran más lamentadas que todos se las pudieran haber supuesto.

Con el Rajah y su séquito, habían desaparecido los brillantes colores del Oriente. Las tinieblas se extendían allí en donde él lo había iluminado todo con su pintoresca frase.

Con la institutriz, había perdido el soberbio refectorio la escultural obra maestra que le decoraba; estaba desnudo, como un vestíbulo de un palacio del cual se hubieran llevado las estatuas.

James se mostraba sombrío.

Tan sólo Harry, por un cambio sorprendente de las cosas humanas, se mostraba tranquilo y casi alegre. Oía cantar dentro de sí al ruiseñor de los amores dichosos, la serenata de la pasión nueva y compartida, que un capricho de la fortuna le había proporcionado.

Cansado del triste silencio que reinaba á su alrededor, Courcelles, adivinando la causa de aquel disgusto general, se decidió á romper el silencio con un trivial elogio de la ausente.

—¡Dígase lo que se quiera—se atrevió á decir, dirigiéndose al vicario,—era una encantadora persona la señorita Montaigu!

James le oyó y levantó la cabeza como movido por un resorte.

—¿Se sabe á qué hora ha partido de Glenmore?

Nadie la había visto.

—¡Job!—replicó James con impaciencia mal disimulada—¿se ha visto partir á la institutriz?

—No creo que haya partido, milord; la señorita Montaigu debe estar en su cuarto. Después de la partida de su alteza no ha salido ningún coche.

—¿Estáis seguro?

—Perfectamente, milord.

Una vaga inquietud se apoderó de James. Se acordó del aspecto extraviado de Juana en el momento de partir Rama Sahid; del desorden en que se había mostrado á la ventana, ella siempre tan cuidadosa de sí misma; creyó haber notado un signo de inteligencia entre ella y el Rajah, y sintió mordido su corazón por ese reptil venenoso llamado celos. Violentamente turbado, llamó á la doncella de la joven.

—Ketty—la dijo—Ved si vuestra señorita necesita algo y dónde se encuentra en este momento.

Se levantó la mesa.

XLIV

Algunos minutos después un grito de horror se oyó en el castillo.

Ketty acababa de encontrarse frente á frente con el cadáver de la institutriz.

La inocencia de la joven brillaba con su muerte.

El cuidado que había tenido de revelar la causa, los diamantes del Rajáh y la fortuna que rechazaba con tanto desinterés, la rehabilitaban hasta en la opinión de la duquesa.

El digno vicario se golpeaba el pecho con contricción y se acusaba de haber faltado gravemente á la caridad, dejándose arrastrar por indignas sospechas.

Courcelles, á pesar de su excepticismo, había caído en la red tan diestramente tendida.

Milady Steward era buena en el fondo. Así es que sintió tierna compasión por aquella desgraciada, víctima de una belleza peligrosa, de que era inocente, censurándose con amargura la dureza con que la había tratado.

Pero á quien más impresionó de todos, fué á James.

Juana había calculado bien. Su carta produjo el efecto esperado. ¡James era el preferido, y ni siquiera lo había sospechado!

Había perdido la ocasión de una victoria ardientemente deseada. Por su crueldad en rechazarla, había determinado una catástrofe cuyo recuerdo turbaría eternamente su reposo.

No dejaba de contemplar aquel rostro, ya frío, esperando sorprender un indicio de la vida que la había abandonado. Pero todo había concluído.

Además, no había medio de equivocarse acerca del género de muerte elegido por la infortunada joven.

El violento olor que se percibía del frasco caído sobre la alfombra, denunciaban el terrible veneno que había terminado su obra.

James envió, sin embargo, á buscar á toda prisa un médico, y la rubia Ketty fué la encargada de velar los inanimados restos de la institutriz.

Trascurrió una hora antes del regreso del mensajero.

Pero mientras galopaba por el camino de Glenmore, trayendo consigo á un discípulo de Hipócrates, un fenómeno extraordinario se produjo.

Ketty, de rodillas cerca del lecho, creyó ver que los ojos de la muerta se entreabrían; la pareció que sus dedos se agitaban y que un suspiro se abría paso entre sus descoloridos labios.

Se levantó bruscamente, más aterrada que

cuando se había encontrado frente á la joven, tendida en su lecho, considerándola muerta.

Se inclinó hacia ella y notó que su pecho se agitaba imperceptiblemente.

Abrió la puerta y pidió socorro.

La habitación se llenó de nuevo de curiosos, dominados por sentimientos diversos. Courcelles se mostraba furioso por haberse dejado llevar de un sentimiento demasiado favorable á la joven, y no estaba muy lejos de creer que todo había sido una comedia, con la cual se había burlado la institutriz de su credulidad; pero el médico, práctico muy estimado y célebre, declaró que Juana debía la vida á un milagro y que este milagro era el haber perdido el ácido una parte de su poder á consecuencia del tiempo pasado desde su preparación.

Juana se restableció pronto. Rodeada de cuidados casi maternos por parte de la duquesa; tratada con todas las consideraciones con que debe tratarse á la virtud, no tardó en hallarse completamente buena, después de su intento de suicidio.

Tres días después de haber recibido la carta de la institutriz y el collar que en su nombre se le devolvía, el Príncipe, á quien se había hecho saber la noticia de la vuelta á la vida de la joven, envió á Glenmore á uno de sus servidores, con un bono de cincuenta mil libras y una carta concebida en estos términos:

«Cualquiera que sea vuestra determinación, no recogeré lo que he regalado. Quiero que conserveis un buen recuerdo del mejor de vuestros amigos.

RAMA.»

—Mi reverendo—dijo Courcelles al vicario, —estos nababs nos asombrarán siempre con sus originalidades. Son príncipes encantados y sus historias cuentos de *Las mil y una noches*.

Una tarde, Harry, que notaba la creciente tristeza de James, y que había sorprendido las miradas ardientes que su hermano dirigía furtivamente á la institutriz, que estaba más hermosa que jamás en su interesante palidez, le dijo:

—Te relevo de tu promesa. No quiero que sufras por mí. ¿La amas todavía?

—¿Y tú?

—¡Yo ya no la amo!

—¿Desde cuándo?

—Desde que sé todo lo que tiene de celestial el corazón de esa niña.

Y mostró á su hermano á Mary, que deshojaba en aquel momento una rosa en el *parterre*.

Hubiera sido preciso el pincel de Chaplin ó de Jatquet, para pintar la gracia, la trasparen-

cia, la nacarada blancura de aquella linda cara, cuya sonrisa respondió al beso que la envió Harry.

—¿Conque es decir que eres dichoso?—preguntó James.

—Sí—dijo Harry, que estrechó en sus manos la de James, llevándola al mismo tiempo á sus labios.

Al día siguiente ya no se encontraba Juana en el castillo.

Había dejado á la duquesa una carta, en la cual le daba las gracias por sus bondades, en términos en que brillaba la más conmovedora sencillez.

No la decía adónde iba ni cuáles eran sus proyectos para el porvenir.

XLV

Si estuviérais habituados á los paseos del bosque y diéseis á menudo la vuelta alrededor del lago, os cruzaríais á caballo algunas veces con un *coupé* de Ehrler, sin iniciales en la portezuela, arrastrado por un solo caballo y guiado por un cochero viejo y muy correcto.

Una joven con traje oscuro y el rostro cubierto por un velo, ocupa el *coupé*, cuyos cristales se ven rara vez bajados.

Los que han tenido la fortuna de ver su rostro, la proclaman de una belleza sin rival, pero ninguno se vanagloria de haber cruzado con ella una palabra.

Por todo conseguir, han conseguido averiguar que la desconocida vive en el boulevard Malhesber, en un hotelito recientemente comprado por una extranjera.

Los dos servidores que tiene, son escrupulosamente mudos, de un mutismo oriental, y se asegura en la vecindad que la dama se ausenta de tiempo en tiempo para viajar durante algunos meses.

Pero nosotros que no ignoramos el secreto de su existencia, os diremos que la dama en cuestión lleva por nombre el de Juana Montaigne.

James Steward ha ido muchas veces á dejar su tarjeta en la portería y no ha sido nunca recibido.

Desde hace algunos meses la escribe cartas en que expresa un amor extravagante.

Estas cartas han quedado todas sin contestación; pero el joven, loco, no desespera—estos insulares tienen la virtud de la perseverancia—de obtener al fin el perdón de la joven.

Harry deja rara vez, con gran alegría de la duquesa, y de otra persona de nuestro conocimiento, el castillo de Glenmore. Ha cambiado mucho. Es tan afable ahora como era sombrío antes y tan franco, como fué huraño.

La dicha y el cariño compartidos, son los grandes médicos del alma.

Lord Steward anuncia su regreso definitivo á Inglaterra.

El reverendo Kimdale goza de buena salud. Mistress Kimdale y los pequeños, se encuentran admirablemente.

Guy Rowen está próximo á ser célebre. Por un esfuerzo inaudito de voluntad, ha triunfado de los obstáculos que se presentan siempre ante los principiantes.

Se sabe que es preciso un cuarto de siglo de paciencia y de humildad—mejor dicho de bajezas—para que un desconocido pueda conseguir tan sólo la lectura de una obra maestra.

Sin embargo, Guy Rowen, ha conseguido ya

que se represente, con prodigioso éxito, una comedia muy entretenida en el teatro de Drury Lane.

La comedia tiene por título: *Un amor en las montañas*.

Un detalle singular: El melancólico soñador se ha convertido en un burlón tan espiritual como implacable.

La marquesa de Riozarés le sigue paso á paso en su nueva existencia; pero no pronuncia jamás su nombre ante el hermoso español, á quien tiraniza sin que él se queje.

El despotismo de su nerviosa compañera le divierte grandemente.

Courcelles, siempre indulgente y escéptico, sigue tras de las trincheras del celibato.

Los parisienses se casan cada día menos, y, cada día también, se hace más urgente inventar otro desenlace á las comedias de nuestra época, que el del casamiento.

FIN DE LA NOVELA

